

EL ESPAÑOL

168
2'50
Ptas

SEMANARIO DE LOS ESPAÑOLES PARA TODOS LOS ESPAÑOLES

Madrid, 28 junio - 4 julio de 1953 - Dirección y Administración: Zurbano, 55 - Il Epoca - Número 23

AQUI, RADIO ANDORRA Y SU LOCUTORA

"TOCAME SI TE ATREVES"

PARA LOS ANDORRANOS CON "HAIGA" Y NEVERA
ELECTRICA CUALQUIER TIEMPO PASADO NO FUE MEJOR

Una información exclusiva de nuestro
enviado especial RUIZ CATARINEU

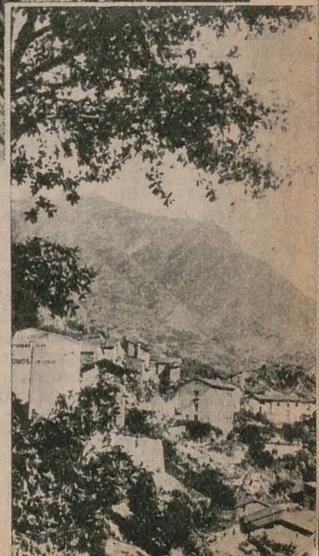
MIL FRANCO DE IMPUESTO HAN DE PAGAR LOS FRANCESES POR ENTRAR EN EL PRINCIPADO

ANDORRA «LA NUEVA»

LEGAR al Principado de Andorra desde Madrid no es cosa fácil. Un viaje excesivamente lento, incómodo y lleno de dificultades fatiga el cuerpo y también el espíritu. Sin embargo, una vez aquí, en Andorra la Vieja, capital del Principado, uno se da cuenta de que el objetivo supera en interés nues-

tras previsiones y de que merecían la pena las incomodidades y la fatiga sufridas.

Este país, cuyas pequeñas ciudades se extienden a lo largo de un angosto pasillo entre impresionantes montañas, desde Sant Juliá hasta el Pas de la Casa, en la frontera francesa, es probablemente uno de los paisajes montañosos más recios y atractivos que pueden en-





Edificio de la Aduana y Gendarmería francesa en el Pas de la Casa

contrarse. No es tarea sencilla describir acertadamente el panorama de esta zona del Pirineo; la belleza de estos montes altivos; la inverosímil carretera que lleva desde Seo de Urgel a la frontera; el encanto del río Valira, un río estrecho, de cauce impetuoso, en cuyas aguas se adivinan las truchas.

Andorra la Vieja es una ciudad cosmopolita en pequeño. Su calle principal, que se alarga carretera adelante hasta juntarse casi con el pueblo siguiente—Escaldes—constituye un verdadero muestrario de comercios y establecimientos de toda índole. Hoteles, garajes, bares cinematográficos, le prestan un ambiente moderno, totalmente distinto del ambiente rural que yo había imaginado. Porque debo confesar que tenía una idea bastante equivocada de Andorra. Me imaginaba un pequeño país de égloga, de rebaños y de pastores; algo así como un conjunto de aldeas semejantes a las de cualquier región montañosa de España.

Ya en el viaje, desde Seo de Urgel, el gran número de automóviles con matrícula de Andorra que pasaron por la carretera me hizo pensar que mis ideas respecto al Principado eran erróneas; la vista de la calle principal de Sant Juliá—primer pueblo andorrano—aumentó mis recelos; la llegada a la capital acabó de convencerme de mi equivocación.

DOCE HOTELES Y SEIS MIL HABITANTES

Andorra fué, en efecto, en otros tiempos un país de égloga. Hoy no. Hoy es un país eminentemente comercial, invadido por turistas franceses que cruzan sin cesar la frontera para comprar allí artículos españoles. El andorrano se ha hecho comerciante, aprovechando las para ellos favorables circunstancias creadas por la guerra de Liberación española, primero, y por la europea, después, y ha sacado partido de su privilegiada situación geográfica entre Francia y España. Así se

da el caso de que la mayor parte de los habitantes de Andorra tienen automóvil y de que en un país cuya población total no rebasa la cifra de 6.000 almas existen más de una docena de hoteles, muchos de los cuales no tienen nada que envidiar en lujo y confort a los de cualquier capital europea.

La iglesia románica, la casa del Consejo de los Valles, los viejos edificios de otras épocas, las calles empinadas y tortuosas, no son ya más que reliquias del pasado; de un pasado al que los andorranos con «haiga» y nevera eléctrica no quisieran volver, pero cuyo retorno, a causa de las medidas adoptadas recientemente por el veguer francés se perfila en el horizonte como una amenaza sombría.

Hablaré algo de esto más adelante. Creo que un poco de orden no vendrá mal en este reportaje, vivido febril y apresuradamente, con las limitaciones impuestas por el tiempo.

TABACO Y SALTO DE AGUA

En otros tiempos tuvo cierto desarrollo en Andorra la industria metalúrgica, debido a los yacimientos de hierro existentes en algunas de sus montañas. La producción era escasa y muy costosa a causa de la gran altura a que se encuentran los yacimientos. A fines del siglo pasado había cesado ya por completo el trabajo de esta industria. Entre Ordino y La Massana, junto al Valira, se conservan todavía las ruinas de la «fargue» d'E-Rossel.

Subsisten algunas pequeñas industrias, como la textil, establecida desde antiguo en Escaldes, donde se aprovecha el agua caliente de los manantiales para el lavado de la lana. En el siglo pasado eran muchos los obreros ocupados en este trabajo, pero actualmente no queda más que una fábrica que produce mantas, bufandas, fajas y otros artículos de lana.

En Sant Juliá y Andorra la Vieja hay seis fábricas de taba-

cc, algunas de las cuales han modernizado su maquinaria gracias a los enormes beneficios obtenidos en los últimos años.

En 1929 el Consejo de los Valles y los Co-principes autorizaron la construcción de una Sociedad hispanofrancesa, llamada de «Forces Hydroelectricques d'Andorra, S. A.» (F. H. A. S. A.), para la utilización de las fuerzas hidráulicas del país como fuente de electricidad. De los tres saltos de agua proyectados por la F. H. A. S. A. soamente ha sido construido el de Escaldes.

«AQUI, RADIO ANDORRA»

Se llama Nieves Ferrándiz, es de Barcelona y de profesión artista por tradición familiar. Una chica de figura menuda, cabello rubio y ojos azules. Es muy simpática, sabe contestar con claridad y precisión y practica el deporte del esquí. Su trabajo en los estudios suele durar de siete a ocho horas diarias.

Ya habían supuesto ustedes que me estoy refiriendo a la locutora—a una de las locutoras—de la popular emisora Radio Andorra. Venir a Andorra y no hacer una visita a estos estudios, desde los que diariamente se transmiten unas docientas peticiones de discos de otros tantos radioescuchas, sería lo mismo que visitar Madrid sin pasar por la Puerta del Sol.

Los estudios de Radio Andorra se hallan situados a la izquierda de la carretera, entre Andorra la Vieja y Escaldes. Me abre la puerta un enorme perro lobo. Esa es, al menos, la impresión que yo recibo, hasta que observo, más atrás, la presencia de una mujer enlutada que llama al can para apartarle de mi lado.

Cuando expongo mi deseo, la mujer y el perro desaparecen por un pasillo y momentos después hace acto de presencia en el vestíbulo el director (francés) y el abogado de la radio (español).

Durante estos días, con motivo de las medidas recientemente adoptadas por la Veguería francesa, han venido a Andorra muchos periodistas galcos, desecros,

como yo, de pulsar el ambiente andorrano, la reacción de los hombres del Principado. Soy acogido con cierto recelo por el director de Radio Andorra, y sólo cuando se entera de mi nacionalidad y de mi propósito de realizar un reportaje sobre Andorra para los lectores de EL ESPAÑOL accede a facilitarme la entrevista con «Aquí, Radio Andorra».

Nieves Ferrándiz no tiene ningún recelo contra los periodistas. Sonríe, habla y se coloca de perfil junto a la barandilla de la terraza—al fondo, el majestuoso panorama de las montañas—para que tire unas fotografías.

Nieves Ferrándiz ha trabajado anteriormente en Radio Barcelona y obtuvo esta plaza de locutora de Radio Andorra presentándose a un concurso anunciado por la misma. Ella asegura que la competencia fué escasa, pero yo estoy convencido de que en cualquier caso hubiera sido elegida. Su voz, al natural, es agradable, y su persona—aunque esto tal vez no interese a los radioyentes, que no pueden verla—tiene eso que los franceses llaman «chic».

Dice que Andorra es muy aburrida en invierno, cuando las nieves cierran el paso de Francia, y la afluencia de turistas disminuye. No se decide a explicarme claramente si su permanencia en el país obedece a una fuerte vocación por el oficio o a las condiciones económicas de que disfruta en esta emisora. A través de sus palabras me parece intuir que hay algo de las dos cosas, aunque con predominio de la parte crematística.

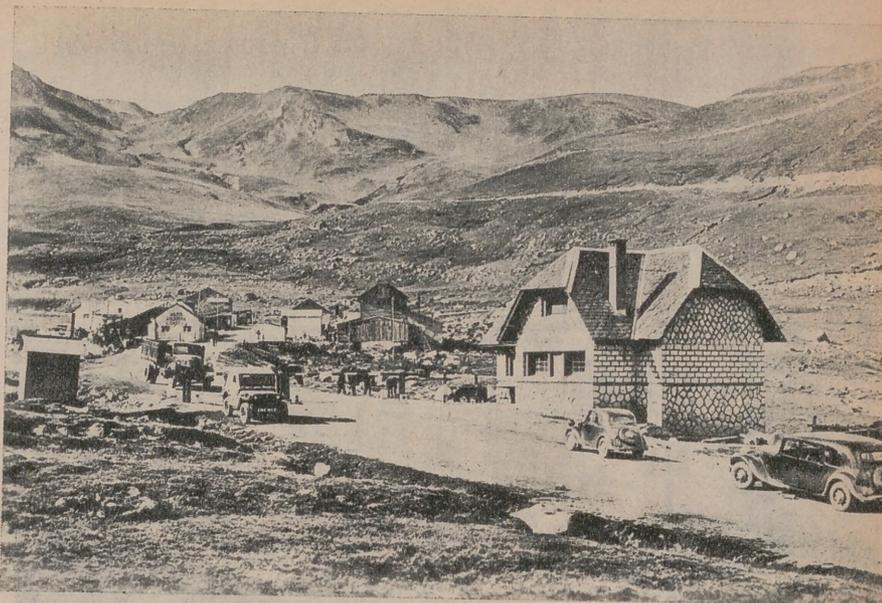
«HABLAN COMO COTORRAS»

Radio Andorra confecciona, al parecer, sus programas, calculando el tiempo con décimas de segundo. Sólo así pueden ser atendidas las infinitas peticiones del oyente, base principal de sus emisiones. Esta premura de tiempo explica—copio textualmente las palabras de Nieves Ferrándiz—que las locutoras «hablen como cotorras».

Los minutos de que dispone para la entrevista conmigo son pocos. El micrófono reclama nuevamente su atención y me veo obligado a suspender la charla. El abogado de la emisora me enseña cortésmente los estudios y me ofrece para el día siguiente un automóvil, con el que podré ir a visitar las instalaciones técnicas, situadas unos kilómetros más al norte.

Salgo de Radio Andorra al atardecer. Hace ya mucho rato que no se ve el sol. Aquí el sol se le oculta pronto. Le ocultan las montañas, eternos centinelas que guardan celosamente los valles. Una sensación absoluta de aislamiento del mundo pesa sobre el forastero. Andorra está muy lejos y parece como si una vez aquí fuese imposible el regreso.

Mientras camino hacia Andorra la Vieja recuerdo la voz de Nieves Ferrándiz lanzando a las ondas su «Aquí, Radio Andorra», que lleva a miles de hogares la ingenua alegría de una felicitación de Pascuas o de cumpleaños; transmite saludos entre las pa-



Frontera francoandorrana en el Pas de la Casa, a 2.085 metros de altitud

rejas de novios y llena de ilusión a multitud de niños que oyen sus nombres a través del mágico aparato, con los mejores deseos de papá.

Por algo Radio Andorra le resulta simpática a todo el mundo.

TASA DE MIL FRANCOS PARA ENTRAR EN ANDORRA

Me lo habían advertido en Seo de Urgel, pero no quise creerlo:

—No encontrará usted ni un solo andorrano capaz de aventurar una opinión sobre los problemas de su país.

¡Y vive Dios que era auténtico! La gente de los valles tienen una psicología cuya faceta fundamental es la cautela. Indudablemente los intentos franceses de anular la concesión de la emisora que en la actualidad funciona, para establecer otra de tipo paraestatal, y la tasa de mil francos impuesta recientemente a

los galos para entrar en Andorra—lo que ha supuesto un colapso fulminante en la afluencia de turistas—representan un serio problema para los andorranos. Y, sin embargo, son inútiles los intentos para sensacrarles una opinión, una idea, un punto de vista. Los andorranos aseguran que ellos viven de Francia; mas claro que son los franceses los que gastan allí generosamente su dinero. Y temen, por consiguiente, que si la actual situación se prolonga, si el verano transcurre sin que las calles de Andorra se vean abarrotadas de pequeños «Renault» 4-4 y de «Peugeots» 203, y las francesitas de pantalón corto y boquilla de ámbar en los labios dejan de exhibir sus pantorrillas en las terrazas de los bares el feliz panorama económico del país pueda sufrir un duro quebranto.

Pero no espere usted, si va a Andorra, que sus hombres hablen de esta palpitante cuestión con



Refugio de esquiadores en el puerto del Valira, a 2.400 metros de altura



Casa del Consejo de los Valles en Andorra la Vieja



Entrada de la Casa del Consejo de los Valles

claridad. A lo sumo harán una insinuación velada, expondrán una idea tan vaga que no podrá usted entenderla, y acto seguido comenzarán a preguntarle si le gusta el lugar y si piensa quedarse allí mucho tiempo.

TRUCHAS DE MADRUGADA

Yo encontré en Andorra a una persona que hablaba por los codos. Desde luego, no era andorrano, sino español. Lleva allí muchos años y maneja el próspero negocio de un hostel en el que me alojé. Es un hombre grueso y simpático, buen aficionado a la pesca y a la caza. Cuando supo que yo no era un turista me aseguró que no me preocupara con respecto al precio del hospedaje, que se portaría conmigo consideradamente. Esta es otra de las cosas más pintorescas de Andorra. Los comerciantes no tienen tasa ninguna y no existen leyes

o disposiciones que fijen los precios—mínimos o máximos—de los artículos o servicios que allí se explotan. Muchas veces cobran por intuición, con arreglo al aspecto del cliente. Si va bien vestido, se le supone rico y... ¡duro con él! Si tiene cara de pobre, conviene tratarle mejor, para que vuelva, y se le cobra menos.

Mi amigo el dueño del hostel no solamente me cobró barato—barato según él—, sino que después de la cena me invitó a café y a coñac francés y luego abrió una botella de champán. Yo le hablé de truchas. Como suponía, abundan en el Valira. El hostelero puso un gesto compungido y aseguró que de haberlo sabido me hubiese ofrecido truchas para cenar.

Estuve dando una vuelta por Andorra la Vieja; visité varios cafés, entablé conversación con muchas gentes, que evadían con singular astucia mis preguntas, por muy indirectas que fuesen. A mi regreso al hostel, de madrugada, el grueso dueño me estaba esperando. Se había hecho con dos hermosas truchas para no dejar insatisfecho mi deseo y poco después estaban ante mí, recién preparadas, en una fuente metálica. Como no soy norteamericano, jamás he comido nada a las dos de la mañana. Pero en esta ocasión, aunque mi estómago se encontraba completamente abarrotado, hube de comerme las truchas. Estaban bastante buenas.

«PELIGRO DE MUERTE»

Por la mañana, a las nueve, salí en un taxi con dirección a la frontera francesa. El taxi era un soberbio «Packard» moderno, y su dueño me aseguró que lo había comprado por pesetas 40.000.

De camino, pasado Escaldes, entré a ver el edificio donde se hallan las instalaciones técnicas de la emisora. Es seguro que la visita de las mismas haría las delicias de un ingeniero. A mí, sin entenderlo, me gustó mucho todo aquello; pero la innumerable serie de llamativos carteles con

la señal de «No tocar. Peligro de muerte» que se hallan repartidos por las amplias naves me hicieron aligerar la visita y moverme con cierta prevención, a pesar de que el encargado, en respuesta a una pregunta mía, me aseguró que a aquella hora—las diez de la mañana—, como no había dado comienzo la emisión, todo estaba desconectado y no existía peligro.

Soy muy aficionado a los automóviles, como cada hijo de vecino. Sin embargo, en el viaje a la frontera francesa—más de 30 kilómetros—he tenido miedo por primera vez a estos artefactos. La carretera es de tierra, llena de piedras y baches, disminuida su anchura en muchos puntos a causa de los temporales, que arrastraron una parte del firme vertiente abajo; las curvas se suceden una tras otra, formando algunas verdaderas herraduras, y la impresión de que el coche iba a despeñarse de un momento a otro por el abismo me acompañó durante todo el recorrido. La subida al puerto del Valira, en cuya cima pueden verse aún pequeñas extensiones nevadas, me hizo pensar en la ascensión al Everest.

SETENTA KILOMETROS DE CARRETERAS

Las carreteras de Andorra están todas en bastante mal estado. La primera fué construida a principios de siglo, desde Seo de Urgel a Sant Juliá, prolongándose en 1916 hasta Andorra la Vieja. Francia construyó otra desde L'Hospitalet a Soldeu, por el puerto del Valira, y posteriormente Escaldes y Encamp quedaron unidas por un camino vecinal.

En 1929, al obtener la F. H. A. S. A. la concesión para explotar la fuerza hidráulica del país, amplió la anchura de las carreteras que existían y las enlazó con nuevos tramos de Andorra la Vieja a Escaldes y de Encamp a Soldeu, con lo que en 1933 España y Francia quedaron unidas por una carretera de 43 kilómetros, que atraviesa todo el territorio andorrano. En total, la red de carreteras de Andorra comprende 70 kilómetros de recorrido. In-



El representante francés, monsieur Cairat, síndico general de los Valles, presta juramento de su cargo

dependientemente de éstas existen algunos caminos vecinales o senderos de herradura que comunican las pequeñas aldeas o conducen a los puertos principales.

UN POBLADO DEL FAR-WEST

El Pas de la Casa, donde se hallan situadas las barreras fronterizas de Andorra con Francia, no es un pueblo. Hay un gran edificio de piedra—la Aduana francesa—y unas cuantas casas, cuyo conjunto recuerda inmediatamente al de esos pueblos del Oeste americano en los que se desarrollan las películas de «cow-boys».

Pasaron dos o tres coches, después de una minuciosa inspección por parte de los aduaneros franceses. La propietaria de un restaurante donde entramos a tomar un bocadillo fué un poco más locuaz que sus paisanos. Según ella, si la cuestión del pase de frontera no se modifica, les llegará a todos la ruina. El turismo es para ellos vital y la visita del pequeño comedor con las mesas totalmente vacías ponía en los ojos de la posadera una nube de tristeza.

—Esto se arreglará, ¿verdad? —preguntaba con voz angustiada.

—Sí, claro; se arreglará—la contesté, por decir algo—. Ahora, dígame una cosa: si les pusieran a ustedes dificultades en la frontera española, ¿qué ocurriría?

La mujer me miró, espantada, y al cabo de un rato sólo supo decir:

—¡Oh! Eso no es posible.

VENDEN A LOS FRANCESES LO QUE COMPRAN A LOS ESPAÑOLES

Puede que no sea posible, pero es indudable que el cierre de la frontera española sí que significaría la ruina total de Andorra. Ellos viven del comercio, vendiendo a los franceses. Ahora bien: ¿dónde compran? En España. Y, sin embargo, obsesionados con su problema actual, no piensan o no quieren pensar en esto: no se si todos ellos se dan cuenta de que España es su despensa, ya

que, además, se da la circunstancia de que la frontera francesa permanece cerrada, por imperativo de las nieves, durante seis meses.

Esto demuestra que la preocupación económica sea muy aguda en el andorrano. No sienten esta preocupación a largo plazo, sino que ven sobre todo el momento presente: el verano, el mes, la semana, el día.

Si tuvieran dificultades en la frontera española... Bueno. Esto no ha ocurrido nunca y ¿por qué especular sobre semejante posibilidad? De momento preocupa sólo Francia, y el desecho de los andorranos es ver suprimido ese impuesto de mil francos y la necesidad de proveerse de pasaportes, que ha anulado el turismo francés.

CINCUENTA KILOS AL HOMBRO A TRAVÉS DE LAS MONTAÑAS

Pregunté a la misma posadera sobre los medios de que se valían durante los meses en que la carretera permanece cerrada al tránsito para hacer llegar los suministros a aquel lugar comunicado y lejano.

—Los «portadores»—respondió—se encargan de ello.

—¿Los «portadores»? ¿Qué es eso?

Pues, sencillamente, lector, los portadores son hombres. Hombres que transportan pesados fardos de mercancía hasta el Pas de la Casa a través de montañas en las que la nieve alcanza varios metros de espesor. Cobran por este servicio a razón de doce pesetas el kilo y cada individuo es capaz de llevar fardos de cuarenta y cincuenta kilos de peso. Un bonito oficio.

DOS «VIAJEROS» MISTERIOSOS

De regreso a Andorra nos detuvimos primeramente en lo alto del puerto del Valira, a 2.400 metros de altitud. Hay allí un restaurante con un amplio comedor y varias habitaciones, que alquilan en invierno a los muchos esquiadores que frecuentan aquellos parajes.

Un poco más abajo, también

junto a la carretera, está el refugio de Fra Miquel, similar al del puerto. Hicimos allí otra parada, y mientras tomábamos un café observé, de pronto, a través de la ventana, la presencia de un grupo de individuos que se acercaban. La muchacha que atendía al mostrador también los vió y cambió unas palabras en catalán con el chófer. Poco después entraban dos de los individuos. Pantalones de pana, cazadora de cuero, barba de muchos días en los rostros curtidos y una acusada expresión de fatiga en los ojos. Me miraron de un modo extraño y preguntaron algo, también en catalán. Contestó el chófer e inmediatamente los dos hombres salieron a buscar el resto del grupo. Eran ocho en total, todos jóvenes. Se dejaron caer materialmente sobre los bancos de madera y sorbieron con ansia el café con leche que les fué servido. Luego, dos de ellos comenzaron a anotar en unas libretas los encargos que hacían los demás, y muchos billetes—españoles—cambiaron de mano. De vez en cuando me miraban fijamente y hablaban en voz baja.

UN OFICIO PELIGROSO Y POCO DURADERO

Los que habían anotado encargos salieron al mismo tiempo que nosotros y contemplaron con pena el enorme «Packard» que nos aguardaba.

—¿Dónde van?—pregunté al chófer.

—A Escaldes, a comprar comida. Marchan sólo dos, porque no quieren ser vistos todos en el pueblo.

—Dígame que los llevamos, si a usted no le importa.

Los dos sujetos aceptaron la invitación en el acto. Subieron al asiento trasero y yo me acomodé junto al conductor. Uno de ellos dió las gracias en castellano.

Al cabo de un rato de camino aventuré la primera pregunta:

—¿Vienen de muy lejos?

—Veinte horas andando—repuso uno de ellos con diplomacia.

—Ya. Mala vida, ¿eh?

—Muy dura, sí; pero ya estamos acostumbrados.

—Claro que... ganarán mucho dinero.

El individuo esbozó una sonrisa y no contestó. Observé que su compañero le daba un codazo. Intervino el chófer:

—Estos son unos pobres diablos. Trabajan a jornal para un patrón.

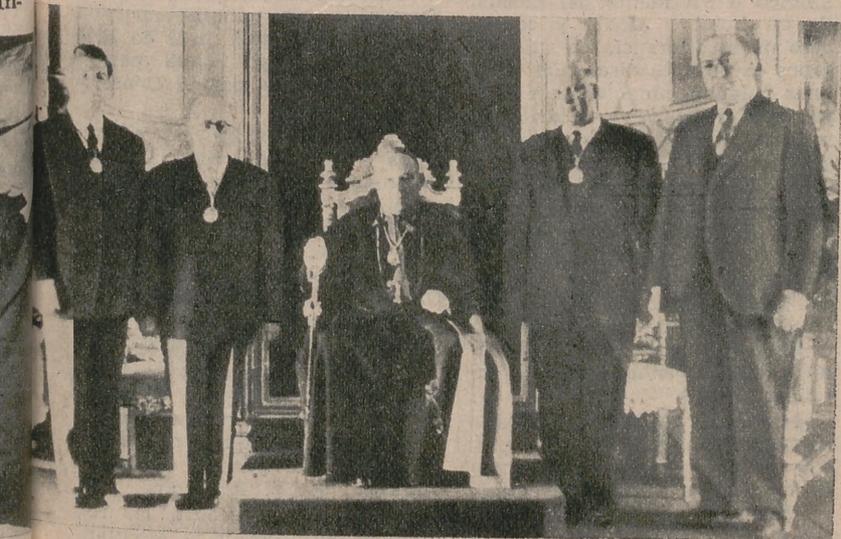
—Ya entiendo.

El único un poco locuaz de los dos sujetos admitió:

—Es cierto. Nosotros, en realidad, no ganamos mucho. Y no es oficio duradero. Llega un momento en que uno decide casarse y lo abandona.

—¿Mucho peligro?

Un nuevo codazo del otro sujeto, que no despegó los labios en todo el camino, terminó con la escasa locuacidad del más joven, que al poco rato, reclinando la cabeza sobre el respaldo del asiento, se quedó profundamente dormido. Al llegar a Escaldes hubo que despertarle. Se apearon, dieron las gracias y los vi alejarse, separados, con andar casinso; encorvadas las espaldas, como si



Los síndicos de los Valles de Andorra en una visita al Copríncipe, el obispo de Urgel

aún gravitara sobre ellos el peso de los fardos con los que atravesaban las fronteras.

Me pregunto cómo será el «patrón». Por fuerza hay que imaginárselo gordo y lustroso, con los dedos llenos de sortijas y fumando continuamente habanos.

«NO PUEDE USTED PERMANECER AQUÍ»

De regreso a Andorra la Vieja observo que la plaza está abarrotada de automóviles. Pronto me informo de las causas. El Consejo de los Valles se halla reunido, y, aunque nadie lo dice, es de suponer que van a tratar de los recientes acontecimientos.

Me encamino al vetusto edificio donde tiene su sede y atravieso el ancho portalón de piedra sobre cuyo arco figura el escudo de Andorra y la inscripción: «Virtus, Unit a Fortior». Asciendo con sigilo las irregulares escaleras de piedra y llevo a la amplia sala de entrada del piso superior, presidida por un enorme óleo, copia de una «Cena» del Tiziano, que fué regalado por el Presidente de la República francesa, M. Faure, en 1895.

La sala de Consejos debe estar atestada de público. Algunos que no han podido entrar se agolpan a la puerta. Al acercarme crujen los tabloncillos del suelo, pero nadie repara en mí de momento. Todos están pendientes de las palabras que alguien pronuncia en la sala. Lamentablemente, el orador se expresa en catalán y mi deseo periodístico de enterarme de lo que están tratando queda frustrado. Un guardia andorrano —uniforme caqui y boina negra— me ve al fin. Se dirige a mí en catalán.

—No entiendo—digo sonriendo. Ahora me habla en francés.

—No entiendo—y repito la sonrisa.

—No puede usted permanecer aquí.

Como no puedo alegar también ignorancia del castellano, abandono la casa del Consejo.

CONSIGNA DEL SILENCIO

Paseo por las afueras, junto al Valira, y contemplo durante un rato los pequeños terrenos donde se cultiva el tabaco, los escasos abedules que crecen junto a las márgenes del río y las enormes montañas, en cuyas vertientes pastan algunos rebaños de ovejas.

Esta es la Andorra bucólica que yo me imaginaba. No muy lejos veo un pasador que cuida de su rebaño. Me acerco a él lentamente; pero de repente desaparece de mi vista entre unos riscos y llevo a cabo una búsqueda infructuosa. Me quedo, además, con las ganas de saber si se ha marchado porque tenía que hacerlo o si ha huído de mí, de mi máquina fotográfica. Seguramente ha sido por esto último. Me consta que

en otros tiempos ningún andorrano se negaba a dejarse retratar por los turistas. Ahora parece como si todos tuvieran la consigna del silencio, y uno no acaba de explicárselo.

Cuando vuelvo a la ciudad la reunión del Consejo no ha terminado aún. Se ve que va para largo aún.

Mientras almuerzo logro entablar conversación con un vecino de mesa, andorrano; desde luego no quiere saber nada de la situación actual del país, pero me cuenta, en cambio, algunas cosas interesantes que demuestran la extraña mezcla de las costumbres del Principado, en las que, al lado de una vida moderna y confortable, existen también acusados rasgos de un primitivismo casi ancestral.

«MUERTO, ¿QUIEN TE HA MATADO?»

Cuando en Andorra fallece de muerte violenta alguna persona el «batlle» se traslada al lugar del suceso acompañado de su secretario, el cual, con la cabeza descubierta, se dirige al muerto y exclama:

—Muerto, contesta, que la Justicia te demanda.

Repite esta pregunta por dos veces y luego inquiere:

—Muerto, ¿quién te ha matado?

Acto seguido manifiesta al «batlle»:

—Es muerto que no habla.

Después de oír el relato de esta antigua costumbre, cuyos orígenes se desconocen, no pude por menos de decir al que me lo había contado:

—Entonces, ustedes, los andorranos, deben ser todos muertos en vida. Porque cuando se les pregunta algo, nunca contestan.

¿QUIEREN LOS FRANCESES ANULAR LA CONCESION DE RADIO ANDORRA?

A la terminación de la reunión del Consejo pude hablar con el Síndico o Presidente del mismo. Es un hombre afable y cortés, pero no se diferencia de sus paisanos en punto a discreción. Tras unas palabras amables de disculpa, me envía al secretario. El secretario está cansado de la larga reunión, no ha comido y tiene prisa. Tal vez son pretextos para eludir la entrevista. Inútilmente trato de que me diga algo respecto a los asuntos discutidos. (Posteriormente, en Seo de Urgel, averigüé que la decisión del Consejo del Valle en relación con el asunto de la emisora había sido favorable por un voto a la actual empresa.)

¿Logrará Francia su propósito de instalar en Andorra una emisora paraestatal, anulando la concesión de que disfruta la empresa que hasta hoy la ha dirigido? No es fácil de contestar a esta pregunta; pero el hecho de que la Prensa francesa esté en con-

tra de la decisión de su veguer parece abonar la teoría de que los proyectos del Gobierno no podrán prosperar. Los andorranos, por conveniencias de tipo comercial, desean que las cosas continúen como hasta aquí. Y, por otro lado, temen oponerse a los proyectos del veguer francés, pensando en la perturbación que para la economía del país puede representar la prolongación indefinida de las actuales medidas fronterizas. El Consejo del Valle —según los informes a que antes aludía, recogidos en Seo de Urgel—ha tenido la valentía, aunque haya sido sclamente por un voto, de mantener su postura favorable a la emisora actual. En realidad se encuentran cogidos entre dos fuegos, y esto puede justificar en parte el ambiente de recelo y disgusto que se respira en el Principado.

Hay que tener presente que cualquier cuestión de índole administrativa o jurídica, en Andorra, resulta siempre complicada, debido al extraño régimen administrativo de este país.

LOS «VEGUERS», REPRESENTANTES DE LOS CO-PRINCIPES

La soberanía de los Valles es compartida por el obispo de Seo de Urgel y el Jefe del Estado francés, Co-príncipes del país, y cuyas atribuciones son idénticas. Ambos pueden legislar con arreglo a su propio criterio, nombrar jueces y notarios, etc.

La autoridad directa la ejercen en realidad los «veguers», por delegación de los Co-príncipes, cada uno de los cuales nombra el suyo. Los «veguers» son los jueces del Tribunal Criminal y de la fuerza armada, y pueden, de común acuerdo y en nombre de los Co-príncipes, dictar decretos que tienen fuerza de ley.

A su vez, cada «vegur» tiene como representante un «batlle», que ha de ser andorrano y con residencia permanente en el país. El «batlle» es nombrado por el «vegur» entre una lista de seis nombres—uno por cada parroquia—presentada por el Consejo de los Valles.

Existen en Andorra seis parroquias o «comúns», cada una de las cuales elige un Consejo de parroquia o de «comu», compuesto de dos consejeros («cónsol mayor» y «cónsol menor»), que se renuevan cada dos años, y que cuidan de la administración de los bienes comunales.

El Consejo General de los Valles es el más alto organismo administrativo del país, y se compone de veinticuatro miembros, cuatro por parroquia, presididos por el síndico general o, en su ausencia, por el subsíndico.

Los síndicos convocan las reuniones del Consejo y ejecutan los acuerdos de éste dictando las pertinentes disposiciones, pudiendo



Edificio de los estudios de Radio Andorra

do, en casos de urgencia, adoptar las medidas que estimen oportunas, con obligación de dar cuenta de las mismas al Consejo.

EL PARAISO PERDIDO

Andorra, rico, diminuto, feliz, en opinión de la mayoría de los que le conocen tan sólo de referencias, tiene sus problemas, y muchos de ellos, como el actual, presentan graves complicaciones.

Acaso los andorranos hubieran sido más felices de haber continuado en su vida primitiva, dedicados al cultivo del tabaco y a la ganadería, olvidados de ese fenómeno de la época presente que es el turismo. La felicidad es algo que nunca se sabe dónde puede encontrarse. Quizá tenía razón Unamuno al decir que la felicidad está antes de la felicidad. En este caso no cabe duda de que los andorranos habrán sido felices todos estos años, imaginando siempre nuevos progresos, nuevos negocios; viviendo esa felicidad anticipada de Unamuno, que debe ser como un constante desdoblamiento del deseo de ser felices, proyectado siempre hacia el futuro y nunca hacia el recuerdo.

Andorra ha tenido, y tiene, fama de ser un paraíso perdido. Tal

vez lo es para el forastero; para el forastero que va con ánimo de disfrutar unos días de vacaciones, admirando el paisaje y gozando de la vida grata que allí se ofrece. No me atrevería, en cambio, a afirmar que lo sea para sus habitantes, a pesar de los buenos negocios, de los automóviles y del progreso urbano que el país experimenta.

UNA INDEPENDENCIA RELATIVA

La privilegiada situación de Andorra puede también, en alguna ocasión, volverse en contra suya. Su independencia como nación es muy relativa y la mezcla de las funciones de gobierno allí existentes tiene sus inconvenientes.

Que esto lo diga un español, acaso no tenga valor. Pero yo creo que los andorranos debían mirar un poco más hacia España; valorar el trato de que disfrutaban por parte de nuestras autoridades y del obispo de Seo de Urgel, y no obsecarse en contemplar la vida a través del prisma egoísta de los billetes franceses.

Desconozco la opinión de las autoridades españolas y no pude entrevistarme con el obispo de

Seo de Urgel por encontrarse ausente. No obstante, el hecho de que cuando fué clausurada la emisora por orden del veguero francés el obispo diera orden de abrirla nuevamente a las tres horas justas de su clausura es bastante elocuente.

Esperemos que todo se resolviera favorablemente para ese país, que, como carece de fuerza, no puede esgrimir nunca más argumentos que los de la razón.

Ellos han prosperado, han construido hoteles suntuosos, han comprado modernos automóviles, aprovechando las favorables coyunturas que se les presentaron. ¿Se equivocaron al cambiar su antigua y sosegada vida por la de ahora? Yo creo que sí; pero ésta no es más que la opinión de un periodista un poco sentimental que ha admirado durante unas horas las fantásticas bellezas del paisaje, el silencio de los montes, el raudal correr de las aguas del río, el color de los valles.

Asegúrese usted
EL ESPAÑOL
todas las semanas
solicitando una suscripción.

CARTA DEL DIRECTOR PARA LOS MUERTOS

Sr. D. LUIS RUIZ CONTRERAS

USTED se comprometió conmigo, amigo don Luis, al día siguiente de cumplir los noventa años, a que nos escribiría cada semana para EL ESPAÑOL una sección titulada «Epílogo de una vida», cuyo primer, único y último artículo han leído nuestros lectores con sabor de golosina agrídula, con un punto de acibar y su dadada de miel; porque contenía compañía y soledad, resignada templanza, junto a la desesperación, entre alusiones que ya iban a la confesión de su fe heredada y de su postrera voluntad ante el paúl padre Villalba, o se creaba obsesivamente en la manera de evacuar sus residuos fecales. A usted, don Luis, le habrán perdonado por su entrega a lo sacramental, a pesar de que siempre anduvo preocupado por lo excremental, ya que no me negará que en su memoranda de hace medio siglo sólo anotaba en la página de cada día el precio de las coliflores en el mercado de Madrid o las anomalías de su intestino.

Me dirá, don Luis, que soy poco piadoso con un viejo, encima difunto, y que, además, entraba y salía de mi casa según su antojo, tratando a mi familia con respeto y ternura, hasta el extremo de que se afeitó la barba para no espantar a mi hijita, que, cuando le veía, lloraba... Don Luis, que presumió de buen mozo y casi de galán seductor, jamás había olvidado el estigma con que le acomplejó su madre, la señora catalana, ampurdanesa, retratada por Narciso Monturiol, el inventor del submarino «Ictinurus», al reprocharle en su infancia: «Luis, ¡qué feo eres!» Precisamente mi piadosa compasión hacia usted y hacia su recuerdo me con-

duce a pergeñarle esta carta, donde estoy haciendo un acto de presencia en su nombre para que se perpetúe algo más su memoria, sin trocarla en estatua de frigidísimo marmol, ni en monicaco de cartón piedra. Don Luis era un hombre del siglo XIX a quien enterramos una tarde de marzo—en la que había fútbol, dos corridas de toros y poca gente en su sepelio— en la segunda mitad del siglo XX. Don Luis había visto entrar al Rey Don Amadeo en Tarragona y tuvo tiempo para sustituir su terapéutica a base de estircina por los más recientes antibióticos.

Ya que, don Luis, no nos envió sino la sola primicia del «Epílogo de una vida», porque sobrevino la muerte inopinadamente para usted, puesto que usted, como todos los nonagenarios, se suponen, con su razón, inmortales, aunque el cuerpo se les caiga a pedazos, y en su caso hubiera padecido un tremendo ataque de uremia, machacándole la biología, pero no el espíritu. Ya que, don Luis, no ejecutó su compromiso, yo debo redactar la síntesis de su vida, que se quedó sin epílogo, y justipreciar su obra; porque ¡cualquiera justifica aquel estúpido o estupendo siglo XIX, de acuerdo el adjetivo con la valoración de cada cual!; pero que a los españoles nos resultó desgraciado, disociador, liquidador, adverso. Así, don Luis pudo ser, como su padre, santanderino e ingeniero de Montes, un hidalgo montañés de los que ofrecía Pereda; pero se negó a dirigir en una provincia la repoblación forestal, abandonando la Escuela de El Escorial, donde con una regadera se duchaba en los amaneceres invernales en un patio desubierto, prefiriendo meter el bosque, convertido en la celulosa de millares de libros franceses, en la biblioteca de su domicilio. Sin embargo, no perdió el gusto por la madera en bruto, y su estufa, al lado de su máquina de escribir comprada en 1936—desde entonces todo su epistolario mecanografiado conservaba una copia en los archivadores gracias al papel de calco—se alimentaba con tarugos de leña. Cuando don Luis, pasada la guerra, en la que fue un anciano recogido en Barcelona y de-

DE LAS PIEDRAS, PAN

FIDELIDAD A LA FIDELIDAD

ESPAÑA tiene mala suerte para el clasicismo, escribía Pemán en estas columnas. Cuando le apunta una hora clásica, le viene de fuera, el golpe que la inquieta y la encrespa de barroquismo. En la hora de la «angustia», dice Pemán, pueden universalizarse mucho más Unamuno o Bernardo Alba que nuestra renacida voluntad clásica, cuya fecha inicial la sitúa en el año 36 y cuyo estilo político lo advierte en José Antonio. «Está visto que no podemos ser clásicos.»

Impone profundo respeto la actitud expectante y dolorida de hombres como Pemán. Porque el barroquismo, la falta de finura y medida no sólo está en Unamuno y en el tremendismo literario de los otros, sino en nosotros mismos. En la época del «buen gusto», dice, los cronistas de Indias cuentan la conquista de un Nuevo Mundo con menos énfasis y asombro que el que utiliza cualquier periodista de ahora para relatar la visita del gobernador a un grupo de casas baratas. La observación es bien cierta. Por ello tenemos cierto pudor, una gran timidez en comentar el certero artículo de Pemán, con conceptos y razonamientos abstractos. La vida y el arte están pendientes de hechos concretos, de actitudes personales, de sucesos bien determinados. Sorprenden lo universal en lo particular. Los conceptos, en cambio, miran fundamentalmente a la lógica y al sistema. Quieren reducir la fluyente realidad a compartimientos y teorías predeterminadas. Y muchas veces la red sistemática no es capaz de apresar un solo pez, una sola realidad. Por eso, para los hombres de

empresa y para los poetas, todo concepto excesivamente lógico es un sospechoso. Los justos pagan por los pecadores ante la justicia sumaria del empirismo y del arte, como ante la pedagogía primitiva de algunos maestros de escuela.

Por ello, frente a los fundados temores de Pemán, nosotros no queremos teorizar, sino ofrecerle tan sólo una palabra. Esta palabra es fidelidad. ¿Fidelidad a quién y a qué? De momento basta y con eso: fidelidad. ¡Fidelidad a la fidelidad! Como, dentro del intelectualismo—exageración, paradoja, justiprecio de ficciones, variedad vital—fidelidad. Contra el libertinaje, fidelidad. ¿Hay algo más barroco que el libertinaje? Y el libertinaje se da en la política y en el mundo literario. Porque el libertinaje es todo goce que se obtiene sin esfuerzo. El latido que produce aplausos, la «comprensión» que produce interesadas simpatías, los discursos estéticos, vieja campaña electoral, todo, todo eso, es libertinaje y barroquismo.

Para Josiah Royce (su obra «Phylosophy of Loyalty»), la fidelidad constituye el máximo valor moral. Fidelidad es la devoción voluntaria, práctica y completa de una persona a una causa. Fidelidad es también la voluntad de creer en algo eterno y de expresar esta creencia en la vida de un ser humano. Claro está que puede darse en un momento determinado la concurrencia y el conflicto de fidelidades. En esto reside el relativismo de la teoría de Royce. Pero si el conflicto es una concurrencia de fidelidades, desde el punto de vista estético, de estilo, bien podremos decir que no

MAÑANA SERA OTRO DIA

PRIMER ACHAQUE DE LA BUROCRACIA: LA VERGONZOSIDAD

HABLABAMOS el día pasado de la indigencia de funcionarios que España padece. Un burócrata por cada trescientos ciudadanos es poca burocracia.

Pero ya mencionábamos la posible falacia del dato estadístico en que se basa el cálculo de esa proporción. Los funcionarios, los burócratas, las personas encargadas de la Administración civil del Estado son, sin duda, bastantes más que las que registra el «Anuario Estadístico». Ahora bien, antes de entrar a medir esa diferencia, vale la pena pararse a considerar la diferencia misma y su porqué. ¿Por qué causa hay quien es burócrata y no lo declara? ¿A qué se debe que el ciudadano, a la hora de rascarse la frente para rellenar un padrón o cuestionario estadístico puramente censal eluda el declararse funcionario del Estado y procure figurar en otro concepto profesional diferente?

El hecho es cierto. Es cierto que, hace cincuenta años, un triste chupatintas casado con la hereditaria en ciernes de un hotelito prefería apuntarse como bachiller o como propietario a apuntarse como burócrata. Es cierto que hoy un burócrata, por muy elevado que sea su puesto en el escalafón, procura suscribirse como «intelectual», para lo cual le basta con haber escrito media docena de poemas, entre romances y verso libre. Es cierto que un funcionario del ramo, por ejemplo, de la Sanidad, se juzga más honrado por la profesión «liberal» del médico que por la condición de brazo, miembro, servidor del Estado. Es cierto que entre ponerse en las tarjetas «abogado» o ponerse «jefe de Administración», lo más corriente es elegir lo primero.

Aquí sucede exactamente al revés que en Alemania. Un funcionario prusiano, por ínfima y última que sea su categoría en la escala correspondiente, presume y se engaña y se rodea de los respetos y envidias de sus concludancos por su condición funcional; no digamos con qué hinchazón la exhibe cuando se añade alguna proclamación exterior de ella, tal como un puesto de privilegio en las ceremonias, una insignia, un brazalete, un uniforme.

El hecho de que en España, por el contrario, algunos, y aun muchos, huyan de confesarse burócratas, como huya de declararse hetaira y hechicera la madre del Buscón, ¿quiere decir que tal condición sea vergonzosa y mal vista y pecadora y vil, como era el caso de la que echó al mundo al pícaro Don Pablos?

¿O quiere decir que son funcionarios «per accidens», por dolorosa necesidad y por humillante recurso, que no por vocación?

¿O quiere decir que su profesión genuina, sentida, querida y auténtica es otra; que sólo actúan como funcionarios en algunos ratos libres y a manera de actividad suplementaria, o, peor aún, de pasividad retribuida?

Las tres cosas quiere decir, y probablemente alguna más, y de todas ellas, que son otras tantas dolencias que traen tan a mal traer la burocracia española, quiero ocuparme. Aunque hoy me ocuparé sólo de la primera.

Que el servicio del Estado constituya una profesión vergonzante y merecedora de esconderse, o al menos de callarse, proviene, en su parte principal, de la desconcepción en que los españoles tienen al Estado. Llámese decadencia, derrota o fatalidad, es lo cierto que nuestra Nación pasó de rica a pobre y de poderosa a menesterosa, no en un santiamén, sino en una sucesión de lustros y de centurias suficiente para que los españoles, que han llegado a dudar de sí mismos y de su propia

lto a Madrid en el baquet de un camión de
operación artística, no disponía de dinero, y
quiera de herederos, se fué comiendo pe-
pos de literatura francesa adquirida por el
tor López Ibor o por el marqués de Alella
e. p. d.), entre otros. Con los volúmenes de
hermanos Goncourt se mantuvo medio mes
onorato de Balzac le sobró para vivir diez
anas. Hubiera devorado hasta los estantes
o le invitamos a que colaborara en la pri-
a época de EL ESPANOL, donde aparecie-
las «Memorias de un desmemoriado». Era
extravagantísima reaparición de un ido, de
excluido por el público, que, no obstante, re-
taba. En seguida reapareció también el edi-
don Manuel Aguilar, madame Rebeca y el
ino Pepe; todos reunidos convinieron un
trato con pensión vitalicia a cambio de la
ción de Anatole France. Pero Anatole
ce es un autor prohibido por el Índice de
stra Santa Madre la Iglesia Católica, como
rían estar prohibidos los mitos y los siste-
políticos y filosóficos décimonónicos, por lo
es para nosotros, puesto que nos habían
mutado de Imperio en colonia.

caridad cristiana pudo más que la ideolo-
del siglo XIX, y usted, don Luis, dentro de
ción literaria, pudo vivir y morir el resto
u existencia rodeado de libros, de guisos y
muchachas inquietas que le aquietaban el
no recomello de haber perdido tantos días
endo como nadie el francés al castellano,
legar a ser como Baroja, Azorín, Valle-In-
Benavente, Maeztu y Unamuno. O sea, la
ración del 98, a la que protegió y animó
e su «Revista Nueva» en 1899, y a los que
ba y amaba en secreto. Usted, don Luis, era
as: arrabias y un caballero, y aunque al
brarme en su testamento albacea, como a
to señores más, nos legaba un cargo hono-
o, usted pudo presentar un rasgo de gran
r, ofreciendo un cálido ramo de flores a
posa de Pepe Aguilar adquirido con el im-
de su postre artículo publicado en EL
ANOL, con el estipendio del epílogo de su

llamos ante un suceso limpio, clásico, definido,
eador.

Nuestra fidelidad no puede ser, desde luego, fi-
lidad pasiva ni un código de prohibiciones. La
lidad en los matrimonios burgueses no signi-
otra cosa que la no comisión de una infideli-
material. Esta no es nuestra fidelidad. Existe
también la fidelidad que estudia Simmel, de tanta
portancia para entender la pervivencia de ins-
tuciones y grupos sociales, determinada por la
simple persistencia de una relación personal, por
larga convivencia acaso nacida de la necesi-
basta y huérfana inicialmente de todo impulso efec-
Cofo, de toda comunión espiritual. Esta fidelidad
jurservadora no es tampoco nuestra fidelidad.
nuestra fidelidad representa una selección de los
ombres y un enriquecimiento de la fe que nos
a la aventura del Movimiento. Muchos espa-
tienes hoy más que el año 1936, en lo espi-
lual. Junto al anhelo de entonces, alinean otro
» que: la lealtad consigo mismos. Españoles silen-
sios, sin brillo, rurales, artesanos: ¡no importa!
tratamos de calibrar la importancia política de
españoles fieles. Nos interesa ahora el aspecto
lral. En aquel rústico, en aquel viejo combatien-
en aquel hombre humilde apesadumbrado por
barroquismo que no entiende, en aquel profes-
en aquel militar... En esos hombres está el
clásico de España. ¡Fidelidad a esos hom-
da de! ¡Fidelidad a la fidelidad! Creemos que una
oría que mantenga fidelidad a los hombres fie-
ajena a las tentaciones del éxito político fácil
el aplauso literario obtenido con mixtificación
s pacto, puede ser testimonio del estilo clásico en
nuestra vida pública.

Claudio COLOMER MARQUES

(Premio Nacional de Periodismo, 1952)

capacidad para la vida moderna, dudasen primero del Estado—que, en vez de ser instrumento de los hombres mejores, vino a parar en herramienta de los peores—y lo detestarán después. Durante largas épocas de una historia caída, el Estado no ha significado para amplios sectores de la Nación otra cosa que un trapaperras, una máquina de latrocinios y socialinas, un perro de presa vigilante a la puerta del rico, un piojo insaciable entre los harapos del pobre, un frío y cursi tablado para las exhibiciones de los necios más solemnes, un vicio, un absurdo, una iniquidad disparatada y desesperante. Quien, por ruin cazurrería o por miserable necesidad, sirviera a tal Estado, ¿habría podido, encima, mostrarse orgulloso de su servidumbre?

He ahí la llaga y he ahí cómo esta llaga no es de las que se curan con pomadas y cataplasmas en la parte enferma, sino que se curan sin medicación local ninguna—como pasa con las llagas de los diabéticos—cuando una fuerte irrupción de salud inunda todas las parcelas del cuerpo.

Poner el Estado al alcance de los mejores y sólo de ellos. Conquistar el Estado los mejores y excluir de él a los otros. Encararse el Estado, pleno de poder y de hermosura, con los problemas de la Nación, sin ningún respeto a ningún interés creado, sin ninguna timidez ante ninguna injusticia, sin achicamiento alguno ante alguna monstruosidad. El Estado nuestro, el Estado Nuevo, ha de redimir la vergonzosidad de los burócratas.

¿No ha sido el Estado capaz de tenerse derecho contra el mundo entero y de tener derecha a España y su bandera desde los tiempos del Ilmen hasta los tiempos de la retirada de representaciones diplomáticas? ¿No acredita el Estado su fecundidad y su paciencia, su valentía y su tenacidad? ¿No ha empezado a ser capaz el Estado de hablar «de potencia a potencia» con la primera potencia del mundo? Por algo se empieza, amigos. Y si la salud completa y la perfección aún no están aquí, por lo menos—¡todavía, amigos!—están a la vista.

Luis PONCE DE LEON

UN ESPAÑOL

LA LUZ DE LOS DIAS CLAROS TIENE EL COLOR DE LA CERVEZA RUBIA

LA HAYA. (Crónica especial para EL ESPAÑOL.)

EN Holanda, el vanguardismo tiene una masa formidable de impugnadores, como consecuencia tal vez, de la pelea que sostienen los holandeses con las arenas movedizas de su suelo, lo que despierta en ellos una invencible aspiración por las cosas estables. Sin embargo, el artista de vanguardia viene empujando. En Arquitectu-

INSTITUCIONES Y

HUBO un tiempo en que los pueblos europeos aceptaron, sin mayores reservas, el «Constitucionalismo» como gran descubrimiento político. Sin embargo, la vigencia de estas «Constituciones», elaboradas en el seno de parlamentos y senados, fué, con excesiva frecuencia, harto precaria. En España, concretamente, esta interinidad, esta inestabilidad, cambios y reformas de «Constituciones», batieron todas las marcas imaginables.

Es un hecho terminante que para las naciones del Viejo Continente, por lo menos, los órganos de gobierno y Administración Pública, el Estado, en suma, replanteado y conformado de acuerdo con el patrón del «Constitucionalismo liberal», es ya absolutamente inservible. La fórmula anglosajona para la exportación de la Monarquía constitucional ha sido la sentencia de muerte de la mayor parte de las dinastías. Más aún: mientras existieron estas Monarquías constitucionales, se demostraron impotentes hasta para la más elemental de sus funciones: la de ser núcleo de cohesión de las distintas fuerzas sociales y políticas.

Un análisis objetivo del panorama europeo, ganada la segunda mitad del siglo, nos descubre estos días, precisamente con una contundencia irrefragable, que también los sistemas republicanos «constitucionalistas» son igualmente ineficientes. Una y otra vez las clásicas «crisis de Gobierno» ponen de manifiesto que de lo que se trata, en realidad, es de una aguda

crisis del sistema, de régimen, y no meramente de equipos ministeriales. Es decir: nos hallamos ante una gravísima y alarmante quiebra de las instituciones políticas recreadas al calor y con la euforia de las horas más brillantes del liberalismo.

Y esta es la razón de por qué entre los más avisados toma cuerpo y volumen el tema de la «institucionalización». Hay también en España clima para tan trascendente cuestión. Se habla de que es imprescindible conseguir una reordenación, un reajuste, una nueva y total configuración de las instituciones. Desde luego, ese es el camino derecho, el buen camino. Pero sin escamotear dos aspectos fundamentales del problema. Primero: que no había posibilidad de conseguir unas instituciones, un Estado, como el que se necesitaba si la sociedad continuaba invertebrada. Hubo que recuperar y reimplantar la concepción orgánica de la sociedad, y hay que conseguir ahora una sociedad encajada en esas instituciones sociales válidas desde el punto de vista del Derecho natural y de las exigencias de nuestro tiempo. Sobre ellas ha de descansar, y de su savia ha de nutrirse el Estado. Lo contrario hubiera sido edificar castillos de naipes sobre un volcán.

Segundo: las instituciones, aun las planteadas con la máxima congruencia, poco o nada significan si las personas que las encarnan, integran o dirigen carecen de la idoneidad suficiente. Confiarlo todo a la institución y olvidar la persona, como si esto fuera algo accidental,

HOLANDA

ra levantó ya ese monolito que es el Ayuntamiento de Hilversum, que se estira en una torre con troneras y que desprende de su base el resto de la construcción con muros perforados de ventanas infinitas que se comen vorazmente las paredes.

En la patria de Rembrandt, de Frantz Hals y de toda una muchedumbre de pintores realistas de envergadura, el vanguardismo es mal negocio para un pintor que tiene que luchar en el ánimo de las gentes con la potente tradición de las viejas y gloriosas escuelas.

Quizá, en Pintura—digan lo que quieran esas críticas ininteligibles—, ha sido ya descubierto todo lo que había que descubrir. Yo creo que los artistas de vanguardia se consumen en su propio fuego y únicamente sobreviven cuando mezclan al «ismo» revolucionario que cultivan, alguna veta de la tradición inamovible. Le pasa esto a Van Gogh, que pinta con colores nuevos las almas viejas; o a García Lorca, que empapa su metáfora modernista en la arcaica esencia popular.

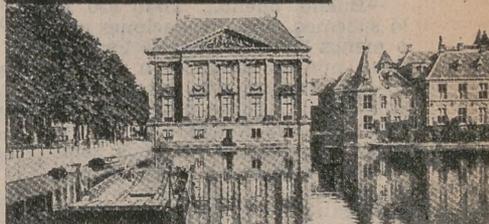
Aquí, la luz en los días claros tienen el color de la cerveza rubia, tal como se ve en los cuadros de Ruysdael, de Cuypp y de los demás luminaristas holandeses. Los días nublados, la luz suele



Museo del Estado, donde se conserva el famoso óleo de Rembrandt, «La ronda nocturna»

tomar el color del azogue, con el mismo realce plateado que el azogue tiene. La luz del crepúsculo madrileño es otra cosa, pero también es para grandes artistas. Porque, naturalmente, todo toma bajo el color del día, el tono que tiene la luz. Es lo que ha hecho geniales a los pintores de los Países Bajos, el llegar a hacerse con esta luz tal como es, recogiéndola con ese matiz lejano donde titila el verde. No es posible traducir tales reflejos seleccionando tubos

Mauristhuis. — Colección de cuadros de viejos maestros



de pintura, sino preñándose de luz para pintarla luego como un alumbrador, sacándose de dentro.

Los cuadros de la escuela holandesa son como el suelo de Holanda; siempre hay algo que preguntar a uno y otro y siempre responden con respuesta llena de ideas y de sensación. El pintor Rafael, por ejemplo, lo tiene todo dicho—hermosísimamente dicho—y se ha terminado ya de dialogar con él. Solo cabe mirarlo. Es como las montañas suizas de Lucerna, que no guardan a estas horas ningún secreto. Sólo queda admirarlas. Pero las tierras planas de los Países Bajos, igual que las de Castilla, son un semillero de confianzas que no acaban nunca y por cada nueva cosa que dicen, ponen una cara nueva. Y una emoción nueva en nuestro corazón. Esto es a causa de su luz, que envuelve los objetos en un aire luminoso donde todo se refracta y todo va sacando, sin cesar, apariencias distintas a cada ángulo que se inclinan nuestros ojos.

A Rembrandt se le ha llamado en muchas ocasiones, contradictorio en su arte, y esto sin razón. Bueno, tonterías se han dicho muchas, se siguen diciendo y, lo malo del caso, es que si uno se mete a crítico de arte, tampoco está uno libre de caer en las mismas o parecidas tonterías. Ustedes perdonen y continúen. Mi humilde opinión es que Rembrandt es diverso pero no es contradictorio. Dicen que cambia de estilo, cuando de lo que cambia es de humor. Se le considera intérprete de lo universal y otros proclaman que de lo particular; realmente, lo que hace es partir de



Autorretrato de Rembrandt



Autorretrato de Van Gogh

Dibujo de Van Gogh



PERSONAS

es de una puerilidad o un fetichismo imperdonables. En el fondo es una subestimación anticristiana del hombre. Un sistema institucional perfecto idealmente y hasta rigurosamente ajustado a la tradición y modo de ser de un país no garantiza por sí solo ni la eficacia en el gobierno de los intereses comunes, a que el pueblo tiene derecho inalienable, ni la estabilidad y continuidad que la existencia decorosa y el destino propio de cada comunidad civil exige. Si un sistema político inadecuado esteriliza, cuando no aplasta o destruye, a los que lo encarnan, las instituciones políticas bien conseguidas sin personas aptas en el timón de las mismas, degeneran y se degradan fatalmente. Por eso, bien está urgir la institucionalización. Pero deben procurarse y aceptarse con la misma intensidad y con toda sinceridad aquellos procesos y procedimientos, que van dando corporeidad, presencia física y capacidad de acción a las instituciones sociales básicas y hacen posible, en cada momento, la selección de la persona o personas que pueden dignamente y deben, en consecuencia, regirlas. Cuando la salud de un país es buena, si existe una potente y real voluntad de continuidad y una conciencia clara de que no procede suspender lo sustancial de lo instrumental, la solución a estas dos cuestiones últimas se desarrollará, en la hora precisa, casi necesariamente con toda corrección.

EL ESPAÑOL

lo concreto, pensando en el Universo. Rembrandt es lógico, como lo es la luz que en cada sitio tiene una misión que cumplir: En España, la de incendiarle a uno el corazón y la cabeza; en Holanda la de dar realce a una tierra que necesita desvelo amoroso y a un mar que hay que dominar con energía para ganar esa misma tierra fecunda.

Pero, si Holanda es llanura y resiste los embates furios del mar en cambio, los cielos holandeses son inmensamente curvos, como un premio magnífico a la laboriosidad del holandés; los cielos del pintor Ruysdael tienen en su curvatura una profundidad sin fin. Son los mismos cielos cotidianos que yo veo desde mi balcón. Las nubes tienen tanto sitio en él, que es raro verlas cubrirlo todo y, por lo general, surgen claros por donde la luz sale vestida de saeta atravesando como un dardo la atmósfera pura de Holanda. Aquí, el agua se mueve sin sobresaltos y, de este modo, no asusta a la luz, que se confía y se acuesta en el agua a descansar.

—Bueno. bueno... Todo eso ya lo sabemos. Son divagaciones más o menos bonitas sobre la luz y el agua, que no conducen a nada.

—¡Ah, mi querido amigo vanguardista!... Usted quiere que le hable de «su» concepto de la pintura, de «su» arte—seamos benévolo—donde la luz cuenta poco y las formas son caprichosas y extravagantes. Me temo que no va a ser posible. Tendrá usted que informarme...

—¿Conoce usted el método de Rohrschach?

—Algo he oído...

—Pues, como sabrá, este psicólogo hace explicar a las personas que somete a prueba, el objeto o la escena que ven en una gran mancha de tinta que extienden, al azar, sobre un papel. El sujeto sometido a la experiencia se describe a sí mismo cuando dice lo que ve en aquella mancha informe. Esto hace el pintor moderno, interpretarse a sí mismo en lo que pinta y, no se propone por adelantado hacer esto o lo otro, porque no sabe exactamente lo que quiere hacer, ni como lo siente, hasta que está pintando y se autodescubre en su propia mancha de color. Por eso no se trata de decir al público: «Vean uste-

des esa lechuza que he pintado», sino «miren ustedes cómo yo veo esta lechuza...»

—Eso es—le interrumpo—y cuando el público no la ve igual, no es justo que se ponga a murmurar descontento: «Eso no es una lechuza», porque, después de todo, ¿quién sabe cómo es realmente una lechuza?

—Otra cosa—sigue diciéndome mi informador—. La auténtica pintura se desarrolla únicamente cuando se libera de la dictadura de la perspectiva y las proporciones; la preocupación por estos elementos ahoga la imaginación del artista.

—Pero, la gente—le argumento—pide a la pintura un «motivo» y no solamente una ondulación de color rojo, o unos rectángulos de diversos colores.

—¡Es que hay todo un argumento en cualquier cuadro vanguardista!—arguye mi interlocutor que empieza a indignarse—. El pintor interpreta totalmente al «motivo» que está candente en el esquema de sus líneas coloreadas... Allí hay una vaca pastando, o un avión de propulsión a chorro. El lo ve muy claro, le digo...

—De acuerdo, pero ¿lo ven siempre los demás?

—He escrito un libro—me explica el artista—en el que demuestro, con ejemplos convincentes, que los medios que utiliza hoy el pintor de museo, son los mismos que usa el pintor publicitario. No hay más diferencia que el contenido espiritual. Si aparece en un anuncio un paquete de café, y junto a él, un grano de café del mismo tamaño que todo el paquete, nadie se extraña. ¿Por qué asombrarse entonces de que un pintor ponga en un rostro de mujer, como hace van Dongen, unos ojos que ocupan la mayor parte de la cara? Esto no es anatómico, pero es una verdad artística más esencial que la anatomía, porque se trata de llamar la atención sobre algo, que es la enjundia del tema pictórico. Aquella mujer es toda ojos porque ella es así, en cuerpo o en alma, como el cartel de anuncio lo llenaba casi completamente un grano de café, porque el café que se anunciaba quería ser un café de primer plano...

—¿Y la perspectiva—pregunto—tiene significado para ustedes?

—No. Tampoco lo tenía para el artista bizantino.

—Veo que no son ustedes iconoclastas extremados...

—El arte bizantino, como le decía, representa a menudo un Santo en actitud de leer el Evangelio. El Santo está pintado de perfil. Pero la mesa, con el libro, se ve de arriba abajo... No hay perspectiva, pero hay la lógica del expresionismo. Se quiere destacar lo más importante del cuadro, en una proyección llamativa. Y los antiguos egipcios hacían igual cuando pintaban un toro de postado y los cuernos los dibujaban de frente. La musculatura del toro es más potente de perfil, pero los cuernos...

—Pero lo que son los cuernos—continúa diciendo yo—hay que verlos de frente. Que se lo pregunten a un banderillero...

(Este señor dice a veces cosas bien dichas y con una cierta lógica. Aunque, después de todo—pienso para mis adentros—estos señores vanguardistas no han inventado nada; incluso los chorros de color que utilizan, contienen como tónica de su orquestación, el tono básico que había descubierto Goya o el que inventaron, bastante antes, los decoradores de la cueva de Altamira. ¿Han visto ustedes esos remeros de Permeke que parecen una decidida invitación a la neurosis?)

Mi interlocutor trata luego de apoyar sus teorías y me habla, con aire de suficiencia, de la pobreza, de Sancho Panza, de la técnica y de las constelaciones astrales. Cosas muy bonitas que no tienen nada que ver con la Pintura pero que, al parecer, tienen mucha importancia para el artista de vanguardia.

—La tarea del vanguardista—me dice—es destructora. Tiene que destruir la materia. Esto—añade, sin intención humorística—esto conduce a la fuerza atómica de la imaginación...

—Eso me gustaría verlo—digo yo con sonrisita de mala idea—. Y dígame ¿hay muchos pintores vanguardistas holandeses?

—Hay un grupo muy definido, que se denomina «Creación libre».

—¿Qué porvenir le augura usted al vanguardismo pictórico en Holanda?

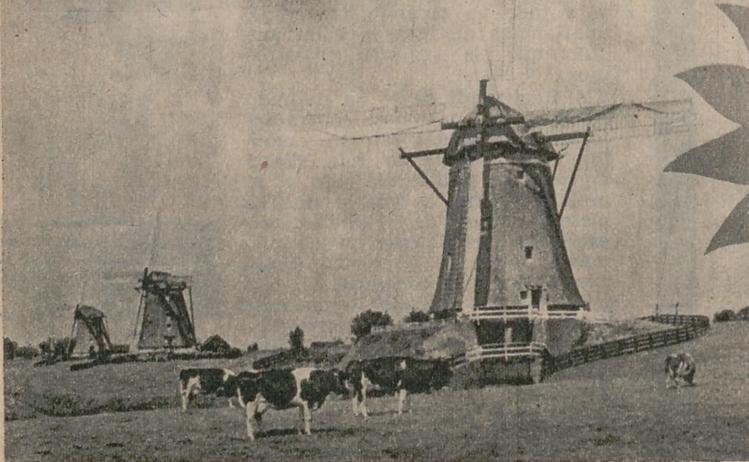
—No se puede predecir en cuanto a la reacción futura del público. Por ahora no se muestra, en general, favorable. En cuanto a los pintores, prometen mucho y cumplirán lo que prometen, aunque de momento no hay ninguno que sobresalga del grupo. Todavía no tenemos un Picasso ni un Matisse...

—Pues que sea enhorabuena y muchas gracias.

Salgo del Museo donde ha tenido lugar esta conversación y, en la calle, veo a un guardia que está orientando a una despistada viejecita. La viejecita le ofrece un caramelo, que el guardia recibe con la mayor seriedad.

Un sol tibio y lleno de buenas intenciones llama a las puertas cerradas de la primavera y su luz brillante es como un feliz presagio de este mundo oscuro y lleno de «confusionismo». Presagio feliz de la luz de las tierras planas de Holanda y de Castilla.

En Holanda los molinos viven del viento



EL PINTOR VAZQUEZ DIAZ

(75 AÑOS)
DA EN ESTA
CHARLA UNA
LECCION DE
ENTUSIASMO
Y JUVENTUD



En el Museo de Arte Moderno se celebra una Exposición homenaje en su honor

SE trataba de entrevistar a Vázquez Díaz, con motivo de la Exposición-homenaje que en el Museo de Arte Moderno se está celebrando en su honor.

Ante el portón de la calle de María de Molina nuestro grupo se achicharra bajo el sol de la una y pico de la tarde. «Que abran la puerta pronto» es el deseo ferviente y un tanto recatado de todos nosotros, porque sólo el fotógrafo lleva sombrero y nos hemos subido andando la cuesta desde la Castellana—alpinismo tras alpinismo—, sin un mal arbolito que nos prestara su capuchón de hojas contra Febo.

De pronto:

—¿Está don Daniel?

Mientras, todos nos apresuramos a introducirnos, empujándonos con disimulo cortés, en la deliciosa sombra del pasillo. De Celis mira con aire de conquisada cuadros y más cuadros, que amenazan venirse encima de nosotros. Las chicas—Aurora Matos, María Jesús Echevarría—se abanicán con las cuartillas contemplando la pintoresca entrada, que ofrece un singular parecido con la trastienda de un anticuario. Sólo Ramírez de Lucas parece decidido a actuar de introductor de embajadores y a cumplir con su obligación de periodista bien educado.

Un minuto apenas y aparece la gorra de Vázquez Díaz, con el maestro de pintores justamente a continuación. Luego, lo de siempre: presentaciones, saludos... y aprovechamos para asomar discretamente la cabeza por la puerta del jardín—un milagro arrancado al asfalto—y adivinar, allá en su fondo, a las discípulas de don Daniel refugiadas detrás de los caballetes. Ya todo el grupo se dispone a acomodarse como puede, porque tres sillones entre



Vázquez Díaz, sentado en el jardín de su casa, contesta a las preguntas de los periodistas

cinco personas nunca fueron fáciles de repartir.

Arboles... caballetes... y un fresquito delicioso... Pero Ramírez de Lucas, que hoy tiene el sentido de la obligación de punta y le debe estar haciendo cosquillas por todo el cuerpo, empieza a preguntar, sin concedernos siquiera un ratito de solaz. ¡En fin!... ¿Preparados? ¡A trabajar!

RAMÍDEZ DE LUCAS.—Le suponemos muy contento con el homenaje que se está celebrando. ¿Esperaba que acudiese tal número de expositores?

VAZQUEZ DIAZ.—Ha sido para mí una grata sorpresa esta afluencia de artistas, verdaderamente extraordinaria. Todos los jóvenes que hoy suponen algo han acudido, haciendo que este momento sea el más emocionante de mi vida.

Ramírez de Lucas, que está haciendo juegos malabares para escribir de pie, porque no le ha tocado sillón, vuelve sobre la carga.

RAMÍREZ DE LUCAS.—¿Ha notado la falta de algún pintor?

VAZQUEZ DIAZ.—No he nota-

do la falta de ninguno; creo que están todos los que son.

RAMÍREZ DE LUCAS.—¿Y le ha sorprendido la presencia de algún otro?

VAZQUEZ DIAZ.—En cuanto a pintores que no esperase... sólo Benjamín Palencia. Sinceramente, no creí que mandase nada, después del jaleo que se organizó con motivo de los premios de la Bienal. Pero ya ven: hasta él ha querido sumarse a mi homenaje, en un gesto de compañerismo que le agradezco mucho.

DE CELIS. (Entrando en juego.)—Las posibilidades que usted encontró en sí mismo al iniciar sus primeros pasos, ¿las encuentra plenamente realizadas en su obra?

VAZQUEZ DIAZ.—Plenamente. Claro que el artista nunca está verdaderamente satisfecho con su obra; pero, en fin, esto parece inevitable.

Aprovechando un segundo de silencio, empiezan las chicas a lanzar sus preguntas. Desde su observatorio del caballete las dis-



El célebre pintor habla de prisa, cargados de vitalidad sus setenta y cinco años, descubre su obra y su vida a nuestros compañeros

cúpulas pintan y miran con bastante imparcialidad.

M.^a J. ECHEVARRIA.—¿Cuándo empezó a creer en sí mismo como pintor?

VAZQUEZ DIAZ.—Desde siempre tuve una confianza y fe absolutas en mí mismo. Yo no vi pintura nunca hasta llegados mis once años. En mi pequeño pueblo natal no había ni un mal santo pintado en la iglesia. Pero a esta edad pude ir al Museo de Sevilla. Entonces ni Murillo, ni Velázquez, ni Rodelas llamaron mi atención; sólo—tan sólo—un cuadro anónimo entonces. Años más tarde tenía un nombre escrito. Decía: «Greco». El geometrismo del Greco llegó hasta mí, impresionándome profundamente. Esta línea de influencias la había de continuar más tarde Cezanne.

A. MATEOS.—¿Qué instante le parece el mejor de su obra?

VAZQUEZ DIAZ.—Para muchos, mi mejor momento fué el período que va del año 20 al 30; pero para mí no. Yo prefiero el instante actual, cuando me encuentro más español que nunca.

El maestro habla con voz vibrante, emocionada. Tiene la juventud en los ojos y en la palabra.

DE CELIS.—¿Debe a alguna experiencia vital la orientación definitiva de su arte?

Vázquez Díaz parece no haber entendido bien la pregunta.

VAZQUEZ DIAZ.—Yo quise ser siempre yo, sin influencias de ningún género.

R. DE LUCAS.—Todo artista verdadero debe transmitir un mensaje distinto de los anteriores. ¿Cuál cree que es su mayor aportación a la pintura española?

VAZQUEZ DIAZ.—Sin duda, el sentido arquitectural de la forma, el redescubrimiento de la geometría aplicada a la pintura, del que yo tuve el más inmediato antecedente en Cezanne, del que soy un enamorado. El impresionismo había agotado todas las posibilidades de lo que se puede conseguir sólo con el color, sin la estructuración geométrica. Yo quise devolver a la pintura su dimensión corpórea, que se había anulado por completo en el carnaval impresionista.

El relevo de mujeres entra otra vez en acción.

M.^a J. ECHEVARRIA.—¿Qué siente ante la forma?

VAZQUEZ DIAZ.—Amo la forma. Creo que lo sustancial es la geometrización formal. Sin esta

geometrización creo que ninguna obra, con sólo el dinamismo del color, resistiría la contemplación de los siglos.

A. MATEOS.—En la pintura española, sin Vázquez Díaz, ¿hubiese habido evolución?

VAZQUEZ DIAZ.—Sí; exactamente la misma. Me tocó a mí, por suerte, desbrozar el camino y ser como el profeta de un modo nuevo; pero igual lo hubiese hecho otro... Cossío, por ejemplo, unos años más tarde. Cossío es un pintor magnífico; siento por él una profunda admiración y creo que no se le ha hecho justicia. No está valorado ni premiado como merece...

Vázquez Díaz habla de prisa, cargados de vitalidad sus setenta años de juventud.

DE CELIS.—¿Su vida y su obra se produjeron siempre sin conflictos?

VAZQUEZ DIAZ.—No entiendo.

DE CELIS.—Quiero decirle que si algún problema sentimental, familiar o, sencillamente, económico, dificultó el proceso de su obra.

VAZQUEZ DIAZ.—Absolutamente ninguno. A los quince años vendí en París mi primer cuadro, por el que me dieron 150 pesetas, y nunca tuve obstáculos de otro orden.

R. DE LUCAS.—Y a lo largo de su vida artística, ¿ha dudado alguna vez de la valía de su mensaje?

VAZQUEZ DIAZ.—Ni un solo momento. Y eso que he pasado muchas privaciones. Han sido muchas las puertas que yo he pintado en París; pero no con pintura artística, sino con brocha gorda, hasta conseguir las ocho pesetas que necesitaba todos los días para comer. Sin embargo, nunca pensé que esto me obligara a dejar mi pintura de creación; ni tampoco pedí nada a nadie. Solamente en una ocasión solicité desde París una beca a la Junta de Ampliación de Estudios, que en aquellos momentos dirigía Ramón y Cajal; carta a la que no recibí contestación, como le recordaba años más tarde al ilustre sabio cuando yo ya era famoso, a lo que me contestó: «Pero entonces usted no era Vázquez Díaz; era un solicitante más entre los muchísimos que acudían allí, y a los que no se podía atender.»

Se interrumpe un instante, co-

mo si hubiera aprendido ya el nuevo sistema y supiera que es otro quien debe preguntar.

M.^a J. ECHEVARRIA.—¿Qué época de su vida le ha sido humanamente más grata?

VAZQUEZ DIAZ.—La que estoy viviendo ahora.

No creemos que se refiera al momento de nuestra entrevista, casi las dos de la tarde y sometido a cuádruples diáparos, sin contar los del fotógrafo.

DE CELIS.—¿Cómo veía la vida en el tiempo de su lucha por la consagración?

VAZQUEZ DIAZ.—De un modo optimista.

DE CELIS.—¿Y cómo la ve ahora?

VAZQUEZ DIAZ.—Llena de alegría.

A. MATEOS.—Hace treinta años que triunfó usted. ¿Le parece que hoy le sería más fácil o más difícil?

VAZQUEZ DIAZ.—Más fácil, sin duda alguna. La gente, por un proceso evolutivo, se ha ido acostumbrando a los «ismos» y tolera ya cualquier novedad. En mis primeros tiempos no. La rebeldía contra las normas establecidas era un atrevimiento imperdonable. Se nos tachaba de locos y todo estaba contra nosotros.

R. DE LUCAS.—Para los que acusan sus figuras de acartonadas ¿qué tiene que decir?

VAZQUEZ DIAZ.—Que se quedan cortos en la comparación, que no comprenden que no saben ver. Mis figuras no son de cartón, son de piedra. Yo lo que quiero hacer son figuras como talladas en roca, para siempre.

M.^a J. ECHEVARRIA.—¿Es usted hombre de fuegos artificiales?

VAZQUEZ DIAZ.—Rotundamente, no. No soy pintor que entre a la primera vez, a la primera contemplación. Mi obra, para ser comprendida, necesita estudio, madurez. A propósito de esto recuerdo una frase de Moreno Villa: «Cada día que pasa es más grande el número de tus admiradores.»

DE CELIS.—¿Qué enseñanzas le depararon sus estudios en el extranjero?

VAZQUEZ DIAZ.—Debo a París mi cultura artística. Allí se suscitaron la inquietud y la rebeldía de que luego había de nutrirse mi vida. Se la debo a Burdell, a quien me unía una gran amistad. «Tú tienes una gran sensibilidad artística de pintor—me dijo—; pero nunca harás

Vázquez Díaz enseña a los informadores su álbum de fotografías



nada importante hasta que no comprendas el cubismo. Ya has pintado bastante con pinceles; prueba ahora con un hacha.

M.^a J. ECHEVARRIA.—¿Gana en usted el hombre o el artista?

VAZQUEZ DIAZ.—Gana la voluntad del hombre, pero le acompaña siempre la voluntad artística para perseverar... y llegar.

A. MATEOS.—Sin la pintura, ¿a qué actividad hubiese dedicado su vida?

VAZQUEZ DIAZ.—Yo sólo podría ser pintor. Ninguna otra cosa podría hacer hecho... Tal vez me hubiese podido dedicar a la música.

R. DE LUCAS.—Ya en esta cima a la que ha llegado y que muy pocos alcanzan, ¿cree que compensan los sufrimientos, las privaciones pasadas, la satisfacción del éxito?

VAZQUEZ DIAZ.—Desde luego, el éxito compensa con creces; pero aunque así no fuese, no por ello el artista puede dejar de hacer su obra. Aunque en este momento me asegurasen que nadie, nunca más, había de ver mis obras, no dejaría de pintar. Es una necesidad en mí y tengo que realizarla.

A. MATEOS.—¿Cuál cree que es el defecto fundamental de la pintura actual.

VAZQUEZ DIAZ.—La pequeñez de ambiciones. Se ha perdido el afán de concebir la gran obra, la composición del gran cuadro. El artista no va a lo profundo, sino a lo cómodo, y expone cosas banales que no dejan de ser balbuceos.

A partir de este momento los hombres asatean al maestro, sin dejar que las pobres chicas metan baza. Aquí se están tan calladitas, modelos de discreción.

La charla con Vázquez Díaz es una lección de juventud, de entusiasmo; por ello le preguntamos cuál es el secreto de su juventud espiritual.

VAZQUEZ DIAZ.—La ilusión, la entrega total y verdadera al arte. No me importa vivir por alargar mis años, sino porque tendré más tiempo para acabar mi obra, llena de amor, que comencé hace muchos años.

DE CELIS.—Por último, señor Vázquez Díaz: ¿Cómo se explica usted, andaluz, el hecho significativo de que ningún pintor de relieve, a pesar de ser Andalucía patria de grandes pintores, haya podido captar el paisaje de su tierra, fuera de los aspectos tó-

picos recogidos por pintores mediocres?

El maestro se hace repetir la pregunta, que no ha entendido bien, y es R. de Lucas quien acomete la tarea de aclararle las ideas a ambos interlocutores.

R. DE LUCAS.—El propio Vázquez Díaz tiene pintado muchos paisajes de Huelva.

DE CELIS.—

No me refiero a eso. Quiero decir que no hay un paisaje andaluz, como hay, por ejemplo, un paisaje castellano.

VAZQUEZ DIAZ.—No siento ese paisaje. No soy pintor fácilmente luminoso.

Y aunque la pregunta no está del todo contestada, De Celis no insiste, en parte porque sabe que es tarde, en parte porque se ha distraído mirando a las monísimas discípulas de don Daniel.

Desde este instante toma repentino interés por la copia del natural y no advierte que subimos al estudio. Nos alcanza cuando ya estamos todos en él y cuando Vázquez Díaz nos está diciendo que se encuentra con más vitalidad que nunca. Le creemos. Tiene setenta años, representa cincuenta y los ojos guardan el brillo de los treinta. A continuación De Celis llega justo a tiempo para oírle decir que se siente con ánimo de emprender un nuevo camino cada día.

Nosotros también tenemos en este momento otro camino a emprender: en dirección a la puerta de salida. Pero el pintor, amable, nos retiene. Cuanta anécdotas, explica ante los cuadros y pasa algún tiempo, hasta que, de nuevo abajo, vemos a De Celis asomarse otra vez al jardín, y a R. de Lucas volverse, diplomático. El artista ha cogido del brazo a Aurora y se apoya en María Jesús... Recuerda ante los cuadros: Unamuno, Baroja, Falla, grupos de toreros, paisajes.

Ya con la puerta abierta, habla frente al retrato de Baroja y su hermano.



(Fotos Cormor.)

El maestro marca el camino de la verdad a una de sus discípulas

VAZQUEZ DIAZ.—Voy a contarles una anécdota; la más bonita y casual de mi vida, en la que la palabra América llena todo mi pensamiento, juntamente con la Rábida, los pueblos de los conquistadores, los hombres de mi tiempo, españoles y americanos. ¿No les parece a ustedes curiosísimo que este rincón de Madrid donde construí mi estudio y mi hogar hace treinta años, campos sembrados de trigos, se llame hoy avenida de América? ¿Verdad que es ésta mi mejor anécdota? Nunca fui a América; pero América, en cambio, como una novia de la Poesía, vino a mí, acompañada de discípulos de casi todas las Repúblicas: hondureños, panameños, de Chile, Costa Rica, Méjico, Colombia, Bolivia, Cuba, El Salvador, Perú y Santo Domingo. Todas las mañanas del curso vivo rodeado del afecto, oyendo la música de nuestro español con el acento americano. Mi casa es un rincón de América, y se me va pegando su acento «lindo».

¡Cuartillas al bolso! Mora recoge el cable de su «flash».

—¡Adiós, don Daniel! ¡Hasta dentro de treinta años!

Porque si el destino nos es propicio volveremos a reunirnos con Vázquez Díaz, maestro de pintores, maestro de optimismo, maestro de muchachas muy guapas.



EL ESPAÑOL en el tiempo

LA Dirección General de Archivos y Bibliotecas, recogiendo el momento de nuestra aparición, montó en su prestigioso pabellón de la Feria del Libro una Exposición sistemática y completa de todos aquellos diarios, semanarios y revistas que, con el nombre de «El Español», aparecieron en España y en América desde 1810 a 1953. Nuestro reciente y novísimo EL ESPAÑOL se ha emparentado gustoso con todos aquellos «Españoles», cuya letra y cuyo espíritu representó genuinamente lo que la Dirección General de Archivos y Bibliotecas ha puesto como lema de su Día del Periódico: «Servir, día tras día, a España.» Las cabeceras nos llevan desde 1810 hasta el día

13 del presente mes de junio de 1953. A lo largo de ciento cuarenta y tres años «El Español» irrumpió en la palestra periodística estas quince veces con distinto pie de imprenta:

Londres, 1810-1814.—Londres, 1812-14. Nueva edición.—«El Español Constitucional». Londres, 1818-19.—«El Español Libre». Madrid, 1822.—Diario de las doctrinas y de los intereses sociales. Madrid, 1835-38 y 1845-48.—«El Español Independiente». Madrid, 1842-43.—Revista literaria. Periódico semanal de Literatura, Bellas Artes y Variedades. Madrid, 1845.—Madrid, 1865-68.—Periódico político. Unión de España y sus Antillas. Madrid, 1870-71.—Diario católico. Madrid, 1876.—La Ha-

vana, 1889-1892.—Diario de la tarde. Manila, 1894.—Diario político, literario y de noticias. 1898-1902.—Semanario de la política y del espíritu. Madrid, 1942-47 y 1953...

Esta improvisada, pero integradora colección de «Españoles» muestra, por un lado, la fina sensibilidad periodística de la Dirección General de Archivos y Bibliotecas, siempre atenta a los fenómenos culturales, y, por otro, aquella verdad, a veces olvidada, de que siempre hubo en la caja y en el rodillo de las imprentas unos signos de afirmación y negación que no tenían más brújula que nuestra superación o nuestra decadencia.



(Fotos Cormor.)

EL PESIMISMO DEL INTELECTUAL

Por José María GARCÍA ESCUDERO

EN «Cigarral», órgano de los Seminarios de Fange de Toledo, Juan Emilio Aragonés escribe una «Defensa del pesimismo (?)»—la interrogación es suya—, contra un artículo del que, a mi vez, yo me había ocupado en mi Sección de «Tiempo», en el diario «Arriba». Con mayor ímpetu, Aragonés pregona «la imperiosa necesidad, la insistente comezón de gritar nuestra disconformidad con no pocas cosas, disconformidad que no es, como quiere hacerse ver, pesimismo—y de ahí el interrogante del epígrafe—, sino medio expresivo de nuestro amor a España»; un amor que, sobre la línea de José Antonio, califica certeramente Aragonés como «amor de disgusto», porque el amor—pienso yo—, o es de disgusto, o no es amor de ninguna manera.

El tema es importante y no he vacilado en escogerlo, cuando se me ha invitado a colaborar en esta bienvenida resurrección de EL ESPAÑOL. Porque otros problemas pueden tocar más tangibles necesidades nacionales, pero el problema de la crítica es previo a todos los demás, ya que el negarnos deliberadamente a admitir reparos equivaldrá a ponernos más gafas negras que nos impidiesen por adelantado ver cualquier cosa. Sucede, además, que esta misión de «ver» es específica del intelectual, con lo cual resulta que en el problema de la crítica va envuelto el de la función del intelectual, función sobre la que existen ideas tan singulares como poco claras. Así se ha podido escribir de algunos de esos intelectuales que «escribieron mucho, pero no hicieron nada», como si escribir no fuera hacer, y precisamente todo lo que tiene que hacer el intelectual, y como si ver a éste un poco como a un señor que, desde el escalón de abajo, tira de la chaqueta al hombre de acción para que no actúe, no fuera en muchos casos una calumnia atroz. Claro es que los frutos de la labor del intelectual no suelen percibirse hasta pasado bastante tiempo, mientras que los resultados del hombre de acción se hacen notar enseguida, por modestos que sean; pero esto no justifica que se haga del primero una especie de zancadilleador profesional del segundo. En primer lugar, porque, a menudo, la falta de eficacia del intelectual no es propiamente suya, sino de quienes tenían que realizar lo que él propuso, y no le quisieron o no le supieron oír; en segundo lugar, porque la de pensar es una función que si se ejerce con alteza de miras, puede resultar tan difícil, tan necesaria y tan heroica como otra cualquiera. Es satisfactorio que sean ya numerosas las pruebas de que los jóvenes se dan cuenta de que el intelectual está para algo, y de que su misión no es ni decir «sí» a todo, ni responder con un «no» absoluto, incondicional, malhumorado y resentido, sino decir «sí» o decir «no», según como sea la realidad, aunque ya puede asegurarse que la realidad, por muy perfecta que la concibamos, nunca dejará de depararle oportunidades para el «no».

Es hora de puntualizar, ya que hemos llegado a este punto, que el intelectual no debe sentir escrúpulos ante el «no» a palo seco. Huele ya a puñero enfermo un concepto como el de «crítica constructiva», según se observaba en la revista «El Ciervo», a fuerza de tanto manejarla, hemos llegado a no saber exactamente en qué consiste. Suelen decir los enterados que se trata de no hacer ningún hueco sin tener preparadas las piezas con que volver a llenarlo, o de no echar abajo ningún oropel si no podemos sustituirlo con otro auténtico. Yo mismo escribía algo parecido en uno de mis libros, hace algunos años. Pero luego se me ha ocurrido pensar que para hacer todo eso necesitaríamos hombres de muchos brazos y que derribar no suele ser simultáneo de construir, y a menudo no puede ser realizado por las mismas personas. Crítica constructiva es, no sólo la del que derriba y construye, sino la del que derriba para que otros construyan o, más precisamente, la del que derriba por amor. Es la diferencia entre el puntapié que se da para hacer

daño y el puntapié que se administra como correctivo. Nadie exigirá al padre que, después de administrar un puntapié medicinal al hijo discollo, le sermonee constructivamente. Lo constructivo es ya el puntapié, sin más; el puntapie, esto es, la crítica a secas; el más rotundo «no».

Los peligros de este «no» aislado, que a muchos desazona, no sin razones, se desvanecen en bastantes casos si consideramos un hecho corrientemente menospreciado: que nosotros, es decir, nuestra generación (pues no pienso ni remotamente en crítica «por todos», sino por «los capaces», intelectual y éticamente, para hacerla, empezamos poniéndole un «sí» rotundo a toda nuestra vida. Aunque después lo recortemos con el uno y el otro «no» de la experiencia, el «sí» quedará siempre ahí, como un punto de partida y, a la vez, de llegada. No era éste el caso de los del «no» juvenil, recortado luego por los «sies» del arrepentimiento senil. Me parece que esa es ya una garantía de que nuestra crítica no podrá ser nunca la que se caracterizó como «sacar astillas de troncos grandes y comunes», o la de los hombres a quienes se refería el cardenal Billot: «hombres que tienen el instinto de las moscas, que con osada insistencia van siempre a lo podrido a lo peor». Esto no es crítica, sino chismorreos, murmuración, secreción biliosa de quisquillosos, aprensivos y malhumorados. Tampoco es crítica la de quienes, como hace tiempo señalaba una alta personalidad política española, toman la cultura por «amasijo de incertidumbres» y no como «acervo de verdades», y desatienden la «solución», por el gusto morboso del «problema». Porque a menudo se le confunde con esa infracrítica, viene lo de equiparar críticos y pesimistas, cuando la verdad es exactamente la contraria: que el optimista incondicional, el que se cree en el mejor de los mundos posibles, o es un incapaz que no ve, o es un desalmado, que cierra los ojos para no ver; en cambio, el verdadero idealista es aquél a quien corrientemente se llama pesimista, sólo porque no confunde la realidad con su ideal y porque pretende recordar lo que falta para que aquélla se confunda con éste.

Hoy es notoria en nuestra vida intelectual una dieta de crítica, tan prolongada, que la mínima cantidad que se administre provoca náuseas e históricos aspavientos, encaminados a pedir estrechísimas cuentas al crítico, sólo porque no escribió con microscopio, y, en última instancia, no a convencer al crítico de su error, si lo tuvo, sino a que el crítico se calle, convencido o no. Pero con ello se favorece una visión rosa de las cosas, que puede sernos mucho más dañosa que la visión negra. El semanario «Juventud» delataba también, hace pocas semanas, el «mal endémico», la pernicioso gangrena de que hoy adolece la crítica, salvo excepciones, pero que no pasan de «muestras de una ejemplaridad personal, sin un asidero, sin un apoyo, sin un clima colectivo que las justifique». Y en «Alcalán», Carlos Talamás presentaba como papel del intelectual el «crear problemas a aquellos que se erigen en sus mecenas», y aun «juzgarlos con toda la severidad de que sea capaz»; su forma de colaboración—termina—es ser «un poco eterno aguafiestas». Y uno, que recordó oportunamente los precedentes gloriosos del concepto—los «aguafiestas iluminados», de José Antonio—no puede sino acoger con júbilo ese espíritu, porque uno no se conformará nunca con poca cosa, como aquellos a quienes la España nacida de la victoria no les costó nada o muy poco. Lo que muchos llaman pesimismo del intelectual tiene, a menudo, nombres muy distintos: se llama ideal; se llama dignidad del intelectual. Y, no pocas veces, heroísmo del intelectual.

José María García Escudero, autor de varios libros, como «De Cánovas a la República», «España pie a tierra», etc., es Premio Nacional de periodismo 1948, catedrático de la Universidad de Madrid y Letrado de las Cortes.

UN NUEVO BARRIO FORMANDO EN M

ARGÜELLES ES LA ZONA MAS COL



Las cartas han recorrido miles y miles de kilómetros hasta llegar a este populoso barrio internacional de Argüelles

PARA que este reportaje adquiera un cierto encanto de tema como recién estrenado, vamos a darle por fondo al Dómine Cabra, repartidor de hambres clásicas, criador de telarañas en bocas estudiantiles, el hombre de la sombra alimenticia de la sardina, el hospedero que camina con las tripas más finas por el camino de nuestra lozana, y milagrera picaresca, a la mano de aquel otro don Pablos, ejemplo de vagabundo y espejo de tacafíos. Eran los tiempos en que la más vieja canción colegial del mundo, salida de los Estudios de Palencia, se marchó a lomos del culto latín, a conquistar internacionalidades

*Gaudeamus igitur.
iuvenes dum sumus
post iuemundam iuventutes
post molestan senectutem...*

Tiempos de prebendados y sopistas, de porcionistas, sobristas, chofistas y camaristas. Camaristas y sopistas, para que esta información sea más completa—estudiantes de ningún maravedí propio—fueron Cervantes y Santo Tomás de Villanueva, porcionistas—estudiantes con muy buenos escudos para gastar—don Juan de Austria, y prebendados Tirso y Quevedo. Y ya que de Quevedo hablamos, y seguimos poniendo pintura al fondo para que la calle de Fernández de los Ríos adquiera relieve en su línea, contaremos una anécdota de tan pimpante caballero de pluma y espada allá en sus tiempos de la Universidad de Alcalá. Los Colegios Mayores se cerraban entonces a piedra y lodo a las ocho de la noche después de cantada

colgarlo metido en un serón. Por broma, los colegiales le dejaron a medio camino entre tejado y suelo moviéndolo graciosamente como a damisela en columpio. A sus gritos acudió la ronda que preguntó alarmada no viendo al destemplado gritador:

—¿Quién vive?

A lo cual contestó don Francisco:

Quevedo
que ni sube ni baja
ni está quedo.

De aquellos viejos tiempos de Alcalá, dando un buen salto en el correr del tiempo, nos venimos a los tranquilos días de nuestros abuelos, cuando el barrio de Ar-

la salve. Este cerrar y no abrir era tan tomado en serio, que si se hacia precisa la visita de un médico o confesor a media noche, el galeón de cuerpos o almas había de entrar a ver a su cliente por la ventana, y así ocurrió en cierta noche en la que nuestro buen señor Francisco se detuvo más tiempo del ordinario jugando con otros colegiales muy malamente a las cartas—ya ven si viene de lejos la costumbre—tuvieron que des-

güelles era un barrio aburguesadito para felices miembros de la clase media. En verano, los vecinos sacaban sus sillas al paseo de Rosales y allí tomaban el fresco, eran los días que al decir de la canción:

«Alfonso XII, venía de los toros,
Julián Gayarre, cantaba en el
[Real]...»

ya luego, le pusieron al paseo un templete en el cual tocaba la banda Municipal que dirigía el maestro Villa, mientras los chavillos vendían el programa y pastillas de café y leche con este bando lanzado a los vientos de la sierra:

—¡El programa con las legítimas de Logroño!...

—De entonces a acá, este barrio ha cambiado muchísimo; le fueron poniendo tranvias, autobuses, casas de muchos pisos, tiendas y bares; y al final, para armar su revolución interior, le pusieron a las puertas la Ciudad Universitaria y el Instituto de Cultura Hispánica. De familiar y casi provinciano, ha venido a dar en el más cosmopolita de la ciudad aunque la afirmación no le parezca bien a la presumida Gran Vía.

—A este barrio—me dice un abogado argentino muy inteligente que se llama Urrestarazu—le único que le falta ya es literatura, en cuanto se haga un poco de novela y periodismo alrededor de él, en cuanto le surja un par de poetas y unos pocos pintores, saltará a la palestra de las grandes barrios internacionales y se convertirá en un famoso nuevo «barrio latino» con su solera, su tipismo y sus características propias. Aquí hay



Banderines, postales y hasta una banderilla. Este es el dormitorio de un estudiante americano

RINTERNACIONAL SE ESTA

MORID

ESTUDIANTES DE TODOS LOS PAISES OCUPAN LA CALLE FERNANDEZ DE LOS RIOS Y SUS ALREDEDORES

S POLITA DE LA CAPITAL AUNQUE LE PAREZCA MAL A LA GRAN VIA

ya instituciones y detalles tan viejos como la mitad de la historia.

LA CORTINA DE HIERRO EN LA CALLE DONOSO CORTES

Hemos iniciado el diálogo en el Colegio Mayor «Nuestra Señora de Guadalupe», justo al otro lado de «la cortina de hierro».

—¿Qué es eso de «la cortina de hierro»?

Y viene a resultar que este es el nombre que se da a un pasadizo del garage que separa el Colegio de Guadalupe para estudiantes hispanoamericanos, del Colegio del Apóstol Santiago, para estudiantes centroamericanos.

—Somos excelentes vecinos, que ni se conocen ni se visitan nunca. Al salir del colegio nos saludamos inclinando la cabeza a la manera oriental un muchacho.

—Es filipino. Esta asombrosa raza, que saluda como un viejo mandarin, baila y canta mambos como un centroamericano; se divierte contando historias de bagat, cama-camaes, y tic-tac como un malayo; habla inglés como un americano y tiene capacidad para entusiasmarse con el latín como un europeo.

En esta charla hemos llegado a Fernández de los Ríos, que es nuestra meta. Una calle ancha, comercio tranquilo, casas nuevas; por la acera pasa un chileno, cruzan dos peruanas, una señora con su bolsa de la compra, un pintor portorriqueño, dos niños, un poeta argentino...

—Esto es lo bueno que tiene mi calle—dice Lucía Barahona—: en cuanto pisas la acera te encuentras con gente de tu país o del país vecino.

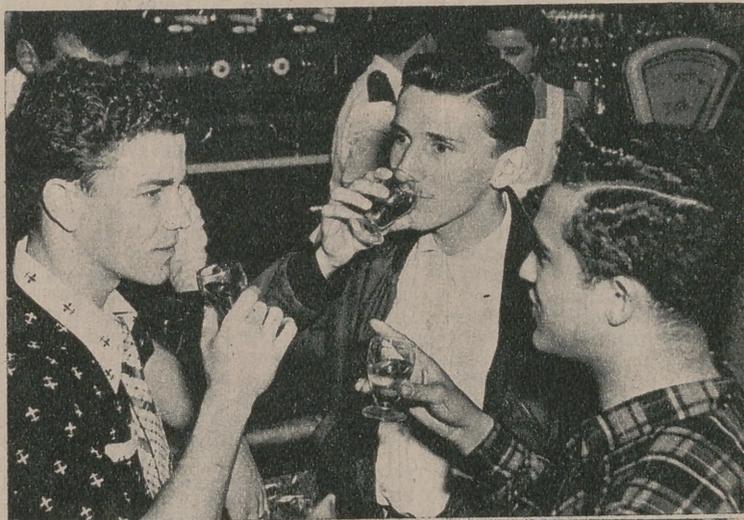
—¿Qué hay, Fanchito? ¿Cómo te va? ¿Te supo bien la bañanda de la broma del otro día?

Encontramos, «no más que al salir a la calle», a Manolete. Manolete es un estudiante de Pedagogía chileno que se apellida Pinto, pero su parecido con Manolete es tan auténtico que ya nadie, en toda Hispanoamérica, le conoce por otro nombre.

—Aquí me dice—estudiamos dos carreras: la nuestra propia y la de hispanoamericanos que cursamos todos. A la larga, y para el curso de la Historia, esta segunda será la más importante.

—Esto es verdad—dice otro de los que se han ido uniendo al grupo—. Lo constructivo de nuestra estancia en España no es sólo el conocimiento de la madre Patria, es el conocimiento total de América.

Entonces sacamos la cuenta y



observamos que hay en la reunión un argentino, dos chilenos, una guatemalteca, un colombiano, una venezolana y una española, que soy yo.

La calle, como todas las calles de la trascendental importancia de ésta, tiene sus bares, y entre sus bares, una granja americana, donde sirven muy buen café y donde en cualquier momento se puede completar la geografía de América con sólo recorrer un par de mesas. Entramos, tomamos asiento. Los centroamericanos se caracterizan por la fantasía de sus atuendos, influidos por la cercana Norteamérica: sus corbates, sus camisas, sus zapatos y sus chaquetas, recuerdan las películas en technicolor, con la orquesta de Xavier Cugat dándole ambiente. Los suramericanos son gente más discreta «por fuera», por dentro se me antojan menes acalmados por el calor del trópico y más inquietos.

Seguimos charlando «en serio».

—España está desplazando a Francia en América, y ha pasado a ser el verdadero foco de cultura. Lo español está de moda allí, y a la vuelta, lo que de verdad interesa a los amigos es que les cuentes que sí, que vimos a Eugenio d'Ors, y seguimos su curso de Historia de la Cultura sentados a la misma distancia que nos separa a usted y a mí. La idea de que casi hemos palpado los mitos es muy impresionante a aquella distancia.

—A mí, quien me admiró fué



(Fotos Cormor.)

Baroja, ese hombrecillo extraordinario capaz de ser Baroja y salir a abrir la puerta de su piso si cuando llaman no está en casa la criada. Baroja es uno de los patrimonios de la comunidad hispana.

Entra y sale gente al bar, los peruanos charlan con los venezolanos, una chilena toma cerveza junto a un portorriqueño, un mejicano hace tercio con un uruguayo y un paraguayo... En la mesa cercana se sostiene una conversación «financiera». Como sesudos bolsistas, los muchachos manejan cotizaciones subidas y bajadas, alzas y cambios de monedas. Para un entendido, ¡vaya lección de economía internacional! Salen al ruedo los soles, los dólares, los pesos, los bolívares, las pesetas, y con todos ellos se hacen imaginarias operaciones bancarias.

Mario Arnello Romo me explica:

—Tú imagina lo que debe de ser este barrio. No sólo los pueblos más diversos; debes contar también con las economías particulares más inverosímiles. Hay estudiante que salió de su país con 1.500 dólares y tiene un envío mensual de 100; vive como un burgués: Luego están los que al llegar les entran las fiebres coleccionistas. Unos compran cerámica, otros cueros repujados, otros pintura antigua...

—Eso es cierto—dice Urrestarazu—. Yo mismo casi vivo en el Rastro. He comprado imágenes románicas y hierros forjados.

Oigo cerca de mí algunos acentos femeninos absolutamente nuestros.

—Sí; suelen venir bastantes estudiantes españoles, y muchas de estas amistades terminan en noviazgo primero y en boda casi siempre. Hace pocos días se ha casado un boliviano con una chiquita de aquí. En general, los hispanoamericanos tratamos más con españolas que con españoles, pero las hispanoamericanas, en general, no salen en el círculo de sus amistades de los chicos de la «colonia», aunque tiene muy buenas amigas españolas.

—Bien. ¿Y qué me dice usted de sus huéspedes?—pregunto a una de las patronas de la calle de Fernández de los Ríos.

—Ya mi madre tuvo pensión de estudiantes. Eran otros aquellos tiempos. Los huéspedes que yo tengo son muchachos muy sencillos, alegres, un poco añiñados, pero que necesitan ya un confort que no se usaba en los tiempos que estudiaban sus abuelos. Adoran la música moderna y están siempre haciendo intercambios de discos para sus microsuros.

—¿Les resulta extraña nuestra cocina?

—Al principio, sí; pero terminan acostumbrándose. Excepto los chilenos, que también beben vino en las comidas, como nosotros; al resto de los chicos les encantan los jugos de fruta a todas horas, y generalmente beben leche en las comidas. Yo he ido entrando algunos guisos típicos en mis menús; a los centroamericanos les gusta comer un poco a la manera norteamericana: ensaladas, frutas, desayunos fuertes... Una de las cosas que a mí me llama más la atención de los chicos es su facilidad para entenderse perfectamente en la cocina. Los que han estado estudiando en Estados Unidos son cocineros perfectos. Dicen ellos que como allí la gente no emplea este procedimiento tan cómodo de «la patrona», para vivir en sus apartamentos aprenden a guisar por su cuenta. Uno de mis huéspedes tiene un horno eléctrico, y los domingos, muchas veces me da vacaciones y nos organiza él unos platos extraordinarios que usted nunca los habrá comido. ¡Hasta gambas con nata! Ahora, cuando llega el verano, todos se van a pasar los fines de semana fuera. Si han visto en el viaje un molino de viento o un castillo vuelven cargados de fotografías y de impresiones. Uno de ellos estuvo la semana pasada en Granada, y cuando volvió tuvimos sepulcro de Doña Isabel la Católica para postre todos los días, hasta que yo, que soy aragonés y estudié el bachillerato y sé algunos puntos y comas de la Historia, le lance un discurso—que hasta me lo preparé en un texto—sobre Don Fernando el Católico, que bien servido quedó mi paisano.

—Usted nota que sientan nostalgia de sus casas?

—Yo no me explico lo que les pasa a estos chicos. Los estudiantes españoles vienen en octubre pensando en las vacaciones de Navidad, en Navidad con las de Semana Santa y en Semana Santa en las de verano. A los hispa-

noamericanos los ganamos de tal manera que nunca encuentran el momento de irse. Cuando piensan que no podrían volver quizá, parece que los amarran a Madrid.

Llega en esto la amiga huésped que espero. Entramos en su habitación. Sobre los estantes jarros de Talavera y Puente del Arzobispo; en las paredes, fotografías de Salamanca, Burgos, Avila, Toledo y una maravillosa de su playa tropical, con unas palmeras en desmayo galante y un sol perdiéndose por el mar. La máquina de escribir, los queridos libros, y muchos, muchísimos periódicos de su país.

—¿Un poquito de café?

—Hablamos de la mujer americana, que nos ha enseñado la poesía lírica femenina a la mujer de habla española.

—Especialmente en Chile, la mujer ocupa un lugar importantísimo en todas las actividades de la nación. Quizá la colombiana es la que está todavía más apegada a las viejas tradiciones.

Nos olvidamos pronto de estudiarla y me enseña sus compras españolas: Un sombrero de montehermoseña, mantilla, trabajos toledanos, cueros repujados y mantelerías.

—En Francia se hacen compras más frívolas. Yo de allí me traje perfumes, alguna pulsera o collar de fantasía y un par de blusas. La moda española me enloquece. Cuando llegué me hacía la impresión de que yo venía vestida de colorines. ¿Verdad que se notan las prendas que traemos de allá?

—Sí que se nota; esos zapatos con anilla de piel en el contrafuerte o con suplementos que aquí ya no usamos. Son muy bonitas vuestras alegres faldas veraniegas y todos vuestros aderezos de plata vieja, pulseras, anillos, pendientes. Las mejicanas especialmente llevan algunas verdaderas pequeñas obras de arte. Entra la patrona.

—La señorita Gladys que la espera a usted en el Instituto.

—Siempre nos citamos allá—me dice mi amiga—. El Instituto de Cultura Hispánica es como la casa del abuelo, y allí acudimos con nuestros mil problemas, los cientos de cientos que andamos por acá. Si necesitamos una máquina de escribir, vamos allí; si necesitamos un libro, vamos allí; un teléfono, vamos allí. Son gente tan amabilísima que son capaces de proporcionarte desde el pasaje para el avión hasta la dirección de una modista.

Yo me quedo perpleja ante esta afirmación. Ya de antiguo llamé yo al Instituto de Cultura Hispánica el palacio Virreinal del siglo XX, pero esta cordialísima confirmación con el nombre de «la importante casa de los abuelos» verdaderamente me viene a demostrar que por la vía del corazón se acierta también con los pipos.

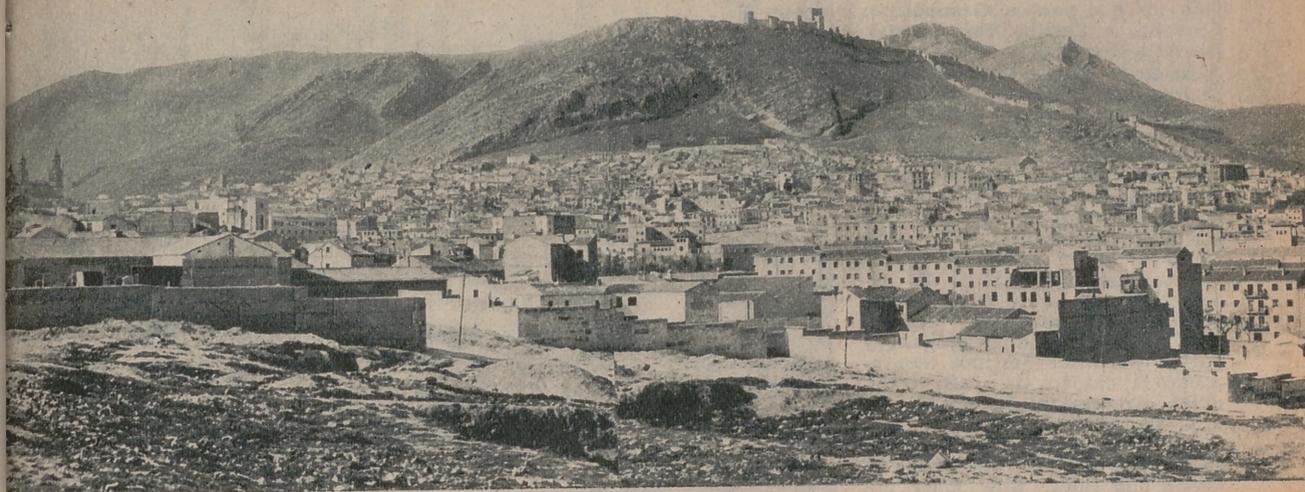
Pilar NARVION

En el próximo número continuaremos el reportaje

“NOMADEANDO POR EL SAHARA ESPAÑOL”

de nuestro enviado especial José Luis Castillo Puche, cuyo sumario es el siguiente: “Cara y cruz del desierto”, “Cabo Yubi”, “El bonito juego de la rana”, “Se funde la primera culata”, “El desierto exige un bautismo”, “La espera le hace larga”, “A lomo del camello”

Jaén descende al llano por la falda del cerro de Santa Catalina



JAÉN ESTA EN ESPAÑA

Una maravilla engarzada entre el plomo que pesa y el aceite que flota

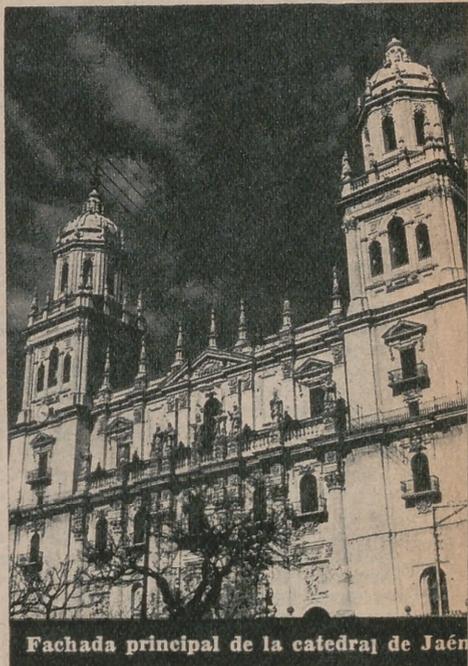
De nuestro enviado especial
José María SANCHEZ-SILVA

SE ha discutido recientemente acerca de si fué o no la generación llamada «del 98» la que puso de moda a España o si fué la anterior. De lo que nosotros estamos bien seguros, en todo caso, es de quiénes la pusieron de moda después. No siempre ha estado España «de moda» entre los españoles; pero ahora, otra vez, después del enorme esfuerzo de José Antonio Primo de Rivera y los suyos, después del Ejército español que siempre hizo cuanto pudo por conservar «de moda» la Patria entre nosotros, retornan voces carifiosas sobre el tema. Sobre cuanto lleva hecho en España el Frente de Juventudes o la Sección Femenina o Educación y Descanso, un artículo del escritor José María Gironella ha movido las viejas ruedas de ese gran vapor que es el «A B C» y su propio director, primero, y Víctor de la Serna después, han insistido en la necesidad de que España sea más conocida por sus habitantes.

Para Juan Aparicio, cuyo nombre está muy vinculado al conocimiento y amor de España, nues-

tro país es un país virgen, desconocido, cuya belleza y cuyas posibilidades de todo orden permanecen, por lo común, escondidas en los misterios y las neblinas que embarazan a los países de enorme abolengo espiritual. «Vé a Jaén —me dijo—. Te sorprenderá.»

Después de haber estado en Jaén, siento el terrible rubor de tener que confesar—y confieso porque mi confesión será la de muchos españoles—lo que yo sabía de Jaén. Sabía que su paisaje era serrano; que en la capital, y en su iglesia catedralicia, se custodiaba la famosa reliquia llamada «Cara de Dios»; que allí se producía mucho aceite y algo de plomo; que era una provincia sobre la cual pesaba un paro enorme e incomprensible. Y nada más. Hace unos días—escribo en abril—llamé a Wenceslao Fernández Flórez para preguntarle si conocía Jaén. «No—dijo el escritor—, he pasado por allí alguna vez, pero no he estado nunca. Yo lo que conozco es Suecia». Así es; los españoles conocemos mal a España; pero, entre los que mejor la conocen hay pocos que cono-



Fachada principal de la catedral de Jaén

Torre de la iglesia de San Andrés, en Baeza



can Jaén. Por Jaén, como si dijéramos, pasan dormidos en el tren los que van a Granada, a Córdoba, a Sevilla. En un mes, he visto tres noticias fechadas en Jaén en la Prensa de Madrid. Si se va a Jaén por carretera, los indicadores del camino dicen: «A Córdoba»; si se viene a Madrid desde Córdoba, los indicadores dicen: «A Madrid». Las frecuentes caravanas de autobuses turísticos, la mayor parte extranjeros, que pasan hacia Granada o hacia Córdoba, hacen noche en Jaén. Los turistas duermen en un hotel estupendo junto a la colosal Estación de Autobuses; desayunan allí a la mañana siguiente y parten para sus destinos atravesando la ciudad de Jaén como quien atraviesa el Sahara.

Y, sin embargo, Jaén es una maravilla que se mantiene engarzada entre el plomo que pesa y el aceite que flota. Una maravilla de paisaje; una maravilla de historia; una maravilla de arte; una maravilla humana, una raza sobria, franca y no muy parlanchina porque Jaén no es una provincia muy andaluza, sino una provincia fronteriza.

EL PAISAJE

Después de la inmensa sartén de la Mancha, Sierra Morena marca la transición con la fuerza de un hercúleo puñetazo: Despeñaperros es grandioso, pero no tanto como permiten adivinar los dibujos de Doré. Está bien puesto el nombre: no hubiera podido llamarse nunca Despeñagatos porque un gato hubiese salvado la pelleja con facilidad. Pasada la Sierra, pitas y chumberas, desde las cunetas, saludan con sus altos brazos verdes.

En el campo nunca hay nadie, o tal nos parece a los hombres de la ciudad. Siempre se nos dice: «Es que no es tiempo». ¿Se trata de instalar en nosotros la sospecha de si habremos venido extemporáneamente? Pero no: en el campo nunca hay nadie porque hay una suerte de campo, de campo pobre, de campo español, de campo de secano, en el cual las labores, sobre poco más o menos, las realizan las nubes y el sol como dos bueyes que acaso conduzcan el mismo ángel que conducía los de San Isidro. Entre Menjíbar y Villargordo, se extiende un valle cereal de mil colores que parece un telar de la Real Fábrica de Tapices. El cereal es muy importante en Jaén, mucho más de lo que se cree—y acaso de lo conveniente—y una sorpresa para el viajero que sólo espera asomarse al mar de los olivos.

LA CIUDAD

La ciudad de Jaén desciende al llano por la falda del cerro de Santa Catalina; está reclinada y parece sostener con una mano, casi entre las nubes, su castillo, cerca del cual, hacia el espolón del monte, una cruz de nueve metros señala todavía el lugar donde San Fernando clavara su espada. Esta cruz, en las solemnidades, se enciende en la noche y parece un lucero posado allí para revelar al distraído turista la cumbre del Santo Reino. Jaén es, pues, una ciudad cuesta arriba, tan morisca como castellana, cuyo primer acento, para el turista aposentado en el barrio moderno que hace a pie su primera sub-

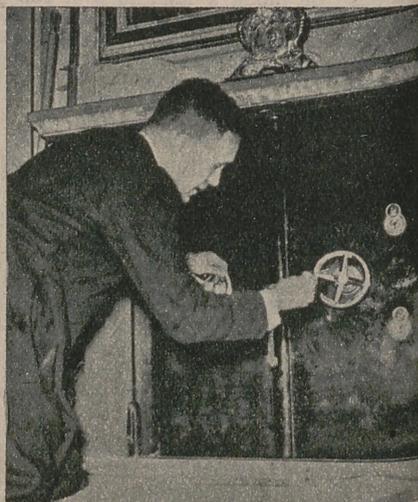


da, se alcanza en el grito de «¡caramelo a reá!». Desde cualquier lado, la mole de la catedral se eleva un poco desproporcionadamente en relación a la ladera: es un colosal edificio que, por su colocación en un altozano, hacia la mitad de la pendiente, parece estar esperando aún una capital invisible. Es preciso pasar antes, viniendo del valle, la hermosa plaza de José Antonio, donde las palmeras ruidosas, locas de pájaros, ponen un valladar de difícil desoir por su encanto. La catedral tiene una placita delante, una bella placita donde, a la hora del paseo se baila por la gente joven ese lento rigodón de las provincias, el rigodón a paso lentísimo que abarca desde la calle Maestra hasta el pie mismo de la gran iglesia. El edificio del Banco de España, con relación al templo, ocupa el lado de la Epístola, lo cual quizá sirva de consuelo. En la fachada principal de la catedral hay siete balcones pintados de verde, por el central, más solemne, como corresponde, imagina uno que algún domingo saldrá el Señor para hablar a los fieles desde allí. Y si no tanto, sí que sale su huella, una vez al año a bendecir al pueblo. Al pueblo en cuya tal plaza hay un cartel que dice: «Prohibida rigurosamente la mendicancia».

Desde el castillo, a unos 250 metros sobre la ciudad, ella se aparece como una tentación no muy diferente de la que el demonio ofreciera a Jesús; las viejas murallas se pueden seguir con facilidad y las líneas divisorias suman tres, con las de la ciudad vieja y la nueva ciudad, surgida a raíz de la guerra civil. Puede decirse que un tercio de la urbe corresponde al período de tiempo encerrado entre 1939 y hoy. A la derecha del cerro de Santa Catalina se eleva la mole del Jabalcuz, no lejos de la Pandera, protagonistas ambos del refrán: «Cuando Jabalcuz tiene capuz y la Pandera montera, lloverá aunque Dios no quiera.» Desde aquí el paisaje es inolvidable: un mar de pequeñas lomas, al otro lado de la ciudad, petrificado por el sol, se deja ganar por los olivos, que suben a veces hasta la corona misma de las pequeñas alturas o se detiene cuando más ante las redondas calvicies calcinadas por el viento y el calor. Hasta aquí

arriba, junto a la cruz a unos pocos palmos del soneto de Almedros Aguilar, tallado en piedra—«con la excelsa cabeza abriendo el cielo—y con los brazos abarcando al mundo»—, sube el rumor de la urbe y no se diferencia mucho del rumor de las columnas o del dulce griterío de las granjas avícolas. La mirada pisa desde aquí las altas lindes de Córdoba y Granada y se piensa, por ejemplo, en que Jaén no tiene siquiera una guía para el viajero, y se recuerda cómo le han dicho a uno que Jaén no ha tenido nunca capital hasta después de la guerra, porque sus hijos económicamente fuertes han buscado Madrid y otras capitales para sustituir a la suya. Y, descendiendo por los barrios moros, de callejas estrechas encajadas, de fuentes antiguas con abrevaderos para el ganado, de ventanas pequeñas y pavimento de piedras puntiagudas, se llega a pensar si no tendrían algo de razón los que decían que Jaén era la Cenicienta de España.

La provincia de Jaén es un cosmos accidentado en el cual no falta casi ninguna de las expresiones agrícolas de nuestro suelo. Desde la espesa mata olivar de Martos hasta las pinadas de Cazorla, desde las abruptas alturas de Sierra Morena hasta las



Caja fuerte donde se guarda la reliquia del Santo Rostro, en la catedral de Jaén



Perspectiva del campo de Jaén poblado de olivos

reidoras vegas de Andújar, desde las escombreras industriales de Linares hasta la maravilla renacentista de Ubeda o la belleza asesinada de Baeza, en ciudades y en campos, en paisajes secos o húmedos, Jaén es rica y bella, está bien poblada y sus mayores desproporciones afectan mucho más al tiempo en que se vive que al modo de ser del lugar sobre el cual se vive.

LOS PROBLEMAS

Una frase del Caudillo—«Jaén me quita el sueño»—ha dado repentinamente a los españoles la idea cabal para medir el problema que esta provincia parece ocultar bajo su tranquila superficie. El paro estacional, que no afecta exclusivamente a estas tierras, alcanza aquí su curva más alta. Entre las causas clásicas de este paro figuran el monocultivo, el latifundismo, el absentismo, el analfabetismo. Menos clásicas que éstas, pero tan evidentes, son los problemas de población, de industria, de transportes, de capital y de consumo. A lanzar una ojeada periodística sobre todo ello, y sobre las posibles soluciones que, cristalizadas en un plan de ordenación económica, han sido ya valoradas por el Gobierno y sólo esperan el refrendo de las Cortes, es a lo que EL ESPAÑOL me ha enviado a Jaén.

ESPAÑA AGRICOLA

Un antecedente inexcusable es el que se constituye poco a poco en torno a la realidad agrícola española, y hoy presenta un frente continuo de pensamiento y de acción, por lo menos en los sectores de gobierno y alta dirección del país. Me refiero a todo lo que pueda encerrarse entre estos dos datos ciertos: el suelo de nuestra Patria es pobre en más de un 70 por 100 y en más del 97 por 100 de la extensión de nuestra agricultura la fecundidad de la tierra depende de las nubes. Durante el período de 1930-1932, España produjo poco más de la mitad del trigo cosechado por Austria, a su vez la menor productora europea. La agrarización de España, pues, no es un hecho natural, sino una consecuencia de hechos en gran parte ajenos a nosotros, con los cuales tenga acaso mucho que ver el retraso industrial del siglo XIX y el plan unánime de nuestros enemigos seculares para convertirnos en un pueblo dedicado al pastoreo y al angustioso producto de secano. Con relación a la provincia de Jaén, este antecedente sirve, por lo pronto, para reconocer que no son de hoy sus problemas económicos, y para alejar de las causas clásicas del paro y otros males la exclusividad de la culpa. Un estudio detenido de las condiciones económicas en que la vida de la provincia se desenvuelve, da como resultado evidente que a los productos del campo se le oponen dos circunstancias realmente devoradoras: el enorme aumento de la población y el suicidio industrial que se consume desde hace un siglo.

EL MONOCULTIVO

Jaén produce la tercera parte del aceite español. Por su geografía accidentada y por las condiciones generales de clima y suelo, Jaén es un lugar excepcionalmente útil para la explotación olivarera. Si se acusa a esta provincia de una explotación excesivamente unilateral, es preciso reconocer también que la nación se beneficia de ella, pues si en los años buenos sólo Jaén representa un tercio de la cosecha total, en los malos su producción cubre el 50 por 100. En todo caso, como se ve, ante el interés general, este monocultivo precisaría ayuda mejor que crítica. La explotación del olivar es cómoda, ciertamen-

te, pero no tanto—he aquí una buena sorpresa—como la de otros productos, ya que una hectárea de olivos requiere más atenciones que una hectárea de trigo. No puede pensarse, pues, en que los olivos sean en Jaén lo que las vacas en la India, esto es, seres sagrados, rodeados por la superstición de un inmenso pueblo que perece de hambre.

Ahora bien, si se tiene en cuenta que una mala cosecha de aceituna produce paro y hambre en Jaén, debe advertirse que si la cosecha es buena ocurre lo mismo, y si la cosecha es bonísima, también. Durante la recolección trabajan hombres, mujeres y niños; de este esfuerzo sale la minúscula reserva familiar que permitirá una desigual lucha contra la época de inactividad. Si la primera buena condición de una cosecha es que el producto sea bueno, la segunda es que se transforme pronto; cuanto antes se muele la aceituna, mejor es el aceite, pero antes comienza el paro.

Es indudable que la explotación puede mejorarse y complementarse; pero desarraigar un solo olivo puede ser un mal irreparable en una tierra que, en gran parte por su altitud, grado de desnivel y otras condiciones, no tendría probablemente otra aprovechamiento. Luego el monocultivo no es por sí sólo el causante del paro, si bien precisa de acoplamientos y mejoras en la explotación. Más bien parece que el campo español produce poco para muchos y que con sus recursos propios y sus sistemas arcaicos España podría alimentar con suficiencia poco más de la tercera parte de su población actual.

EL LATIFUNDIO

Es evidente que la propiedad sigue mal repartida, pero no sólo en Jaén, en España o en Europa, sino en el mundo entero. Es también evidente que sólo el progreso moral de los hombres permitirá un reparto gradualmente más justo, pero es preciso reconocer que el latifundio aparece sobre el secano como una ley. Si ahora mismo se repartiese el latifundio de Jaén, no se habría conseguido absolutamente nada. Dentro de un año, como sucede siempre, los más poderosos habrían adquirido buena parte de las tierras de los económicamente débiles. Porque los pequeños propietarios no pueden resistir en ningún caso la reiteración de las malas cosechas. El latifundio es un mal cuando se refiere a tierras fácilmente explotables por la mayoría en pequeñas unidades independientes; pero tampoco es el mal exclusivo ni el causante único del paro en Jaén. Contra el vicio del latifundio, forma natural de la propiedad en secano, existe la virtud del regadío, porque el regadío, por su trabajo y por sus frutos, se reparte solo.

EL ABSENTISMO

Los ricos propietarios no suelen vivir en sus fincas. La inercia en cuanto a la explotación; el aburrimiento, enfermedad de las clases taradas; la tradición social y la falta de metas espirituales; todo ello compone esa figura tan conocida de las provincias, y no digamos de Madrid, donde nos es casi familiar. Estos ricos propietarios sólo acuden al



Esta es la preciada reliquia del Santo Rostro, tan venerada por todos los jienenses

pueblo en las épocas de recolección, para vigilar el fruto y presidir las operaciones como recamados Budas de otro tiempo. Sobre todo en Andújar, este mal pesa sobre el pueblo y las fincas de una manera decisiva. Cuando los ricos faltan del pueblo falta una buena parte de la vida posible: falta su presencia de ricos—los ricos son, están instituidos, del deber de padres—, falta su influencia, sus gustos, por lo general más depurados; falta su dinero, que se escapa a raudales hacia lugares alejados de la propiedad. El desamparo social de los pueblos por parte de muchos ricos es críminar. A este mal, personalmente, sí que le considero una causa grave del problema económico social. Es el mal lado del señoritismo español, tan regenerado durante la guerra, cuando no quedaba opción. Es el pecado inexplicable y sin remisión; el rico propietario puede vivir en su finca como en Madrid; puede, además, viajar, tener relaciones en la capital de la provincia y en la capital de la nación. Prácticamente, lo puede todo, si quiere. No tiene perdón.

ARRITMIA

A estas tres grandes causas se achacan los males de la provincia de Jaén, y pudieran, como se ve, achacarse los que buena parte de España, aunque no con toda justicia, quizá.

Como resumen pudiera decirse que entre la existencia desesperanzada de los humildes y los trabajadores y la despegada existencia de los poderosos económicamente, se mueve la iniciativa de los grupos estatales, bien sean oficiales o particulares, pero que gozan del bien de la esperanza. Una arritmia considerable se aprecia en el desarrollo de la existencia provincial española: por una parte, el deseo de continuar como se estaba o mejorar algo sin esfuerzo y, por otra, el de mejorar las condiciones de la vida nacional, merced al esfuerzo que en cada instante sea requerido.

Problemas de Jaén, problemas de España, hay muchos: el primero, quizá, el desarrollo de la población. España tenía veintidós millones de habitantes en 1936 y ahora roza los treinta. En estos cincuenta años que vive el siglo, Jaén ha aumentado cerca de cuatrocientos mil habitantes; las industrias no han aumentado, ni los riegos—fuera de los actua-

les—, ni los cereales, ni las viñas. Han aumentado los olivos, pero no, naturalmente, en la inmensa proporción que haría falta para poder vivir sólo de ellos. En cincuenta y tres años, mientras la población ha tenido un aumento de 78,07 por 100, las tierras de cultivo han seguido con un 8,06 por 100; la ganadería se ha estacionado y la minería ha descendido.

Sobre la accidentada geografía de la provincia se debate el problema de los transportes, el problema de los riegos, el problema de las industrias necesarias, el terrible problema del analfabetismo—en Jaén sólo sabe leer el 46,24 por 100 de la población—; el problema del consumo por habitante—que es un problema general de España—; el problema de la iniciativa del capital, que se conserva en su cobarde actitud medrosa y supervisora de quien sabe qué previsiones; el problema del paro, que consiste en la pérdida de catorce millones de jornales anuales... la frase de Franco «Jaén me quita el sueño» es la frase de un español enterado; pero gracias a esta circunstancia, Jaén dejará de quitar el sueño a los españoles enterados, con la ayuda de Dios, en un plazo no superior a quince años.

ESPAÑA ESTA EN JAEN

Frontera y clave de Castilla y Andalucía



Jaén produce la tercera parte del aceite pañol. Durante la recolección trabajan hombres, mujeres y niños

AUNQUE no hace falta precisamente estar en Andalucía para comprender que ella es una de las claves de España, se comprende mucho antes y mucho mejor que así es estando en ella. Pues bien; para entender Andalucía como clave de España se precisa la clave de Jaén. Con menos celebridad que Córdoba, con una sustancia mucho más diluida, Jaén es aún el espolón de Castilla y la planicie manchega se marea un poco en Sierra Morena pero no se pierde. Si Ronda es «la no comprendida», a juicio de Eugenio d'Ors, Ubeda es «la recatada», en la cual el arte renacentista da su brillo no menos que en Ferrara o Brescia. En Baeza hubo Universidad y en Andújar se ven los primeros sombreros anchos del Guadalupe.

La más terrible imputación contra Andalucía es la de la vagancia. Sin embargo, los andaluces no son vagos y la más terrible imputación que pudiera hacerseles se pierde en esta larga y falsa escaramuza. Por lo que a Jaén se refiere, parece ser que, al fin y al cabo, treinta y cuatro millones de olivos en producción no constituyen un sintoma demasiado claro de pereza. Tampoco es Andalucía una región o Jaén una provincia envejecidas; si «lo opuesto de un pueblo cristiano es un pueblo triste, un pueblo de viejos», según Berna-

nos, Jaén es un pueblo cristiano. El terrible pecado andaluz, español, es el de la insolidaridad. Hay en Ubeda un gallego de pro que trabaja desde hace mucho en la bellísima ciudad jaenera. «Aquí—dice, refiriéndose a Jaén y a toda Andalucía—no se unen ni para cantar, como hacemos en mi tierra. Aquí canta uno solo (flamenco), toca uno solo (guitarra), torea uno solo. Así no se puede hacer nada.»

Y, sin embargo, Andalucía es cristianísima y Jaén es religiosa, hasta el punto de que en el fondo de las minas, en las paredes de las fábricas de aceite, los braceros más humildes tienen siempre su «ladrillito» con la Virgen alumbrada entre flores. No se concibe, pues, la insolidaridad, precisamente cuando los cristianos son solidarios en Cristo y sólo en El se cifra el individualismo divino de su colectividad, de nuestra congregación.

OPTIMISMO

La ciudad de Jaén está en obras. Ya he dicho cómo desde el castillo de Santa Catalina se aprecia nitidamente el crecimiento de la ciudad, que alcanza a casi un tercio de la superficie actual sólo en los años que suceden a la guerra civil. El optimismo de la provincia—contrafigura en la arritmia a que antes me he referido—radica más

bien en la construcción y en el comercio y la industria que en la agricultura propiamente dicha. Aunque es notoria la descompensación en el complejo económico, y en Linares tiene esto que digo su prueba más notoria, pues a la vieja ciudad industrial que un día no muy lejano fuera mayor que Jaén no le asiste el campo. Es decir, que allí donde el problema agrícola pudiera tener su solución industrial en lo que al paro se refiere, no hay problema agrícola porque apenas si la agricultura, en el término de Linares, es una franja rica y pequeña que mira hacia la estación de Baeza.

Aún está presente sobre la epidermis de Linares el viejo abolengo minero, el dinero alegre y suelto de los tiempos mejores y esa innegable «modernidad» de los parajes urbanos donde alguna vez los motores levantaron un emporio de riquezas que no siempre, por desventura, se quedaron en el lugar de origen. Linares tiene tranvías y Jaén no; en Linares hay una prisa que en Jaén no se advierte tanto...

He bajado a uno de los pozos de Arrayanes, al pozo «San José». Esta mina, sobre poco más o menos, se daba por perdida no hace mucho. Pero una nueva perforación hasta los 500 metros ha permitido descubrir nuevos filones. De una pérdida de cinco millones anuales se ha pasado a un beneficio de dcs. Ahora sobre estas explotaciones planea el capital privado, después de que las empresas estatales hicieron el esfuerzo, y obtienen un premio que puede cifrarse para dentro de unos años en una explotación de veinte millones de pesetas. Se producen 350 toneladas mensuales y el precio del plomo alcanza la cifra de ocho pesetas el kilo. Nuestra mano de obra es más barata que la extranjera, pero se ve encarecida por la lentitud y la falta de medios. Trabajan 600 hombres y, sin embargo, pese al famoso problema del paro estacional, hasta hace muy poco ha habido en la explotación «falta de brazos». Todavía se gana algo más en el campo y, sobre todo, se gana más cómodamente.

Si subir al Empire State Building de Nueva York significa ascender a un rascacielos, descender a 400 metros de profundidad no estará lejos de poder denominarse como bajar a un «rascainfiernos», afortunada palabra inventada por el director del diario «Jaén». Pues bien; a 400 metros de profundidad en el pozo «San José» de Arrayanes, y al final de la galería de 180 metros de longitud en que las obras estaban, se aparecía, sobre la luz de los carburos, como un cielo tachonado de plata, la rica vena de plomo que el tesón de un grupo de hombres que creen no sólo en el porvenir, sino también en el presente, de España, había sabido alcanzar como primicia de lo que la tierra esconde aún. Aquí abajo, sobre los terrenos y el agua filtrada de las rocas, estaba el optimismo.

También visité la Fundación llamada «La Cruz», empresa privada española que ha sustituido a otra francesa hace menos de tres años. Los franceses fundían 4.000 toneladas y los españoles, en tan poco tiempo, funden ya 7.000. Ahora mismo se funden 1.200 toneladas mensuales, y al preguntarle al ingeniero cuál era la mina que producía más me repuso con una sola palabra: «Arrayanes». O sea, una explotación estatal que confirma con su actividad la descompensación de la inercia a que varias veces me he referido al hablar de arritmia. En «La Cruz», donde trabajan 300 hombres, hay también optimismo.

OBRAS RELIGIOSAS

De una manera lateral, pero con el calor y la inquietud social del Régimen, se destaca muy notoriamente sobre la provincia la obra del P. Villoslada, que, bajo el rótulo de «Escuelas Profesionales de la Sagrada Familia», con un centro regional importantísimo en Ubeda, abarcan Villanueva del Arzobispo, Linares, Villacarrillo, Alcalá la Real y Andújar. La obra, que se extiende hacia Córdoba, ha sido subvencionada por el Instituto Nacional de la Vivienda, y en Ubeda adquiere la magnitud de una ciudad de aprendices, que, con su propia agricultura, ganería, campos de deportes, iglesia, etc., sostiene la enseñanza en régimen de escuelas graduadas, y rebasada la edad escolar alternan sus estudios técnicos con la práctica en talleres de carpintería, mecánica y forja. Inútil añadir que tales enseñanzas, que procurarán a España ese mando intermedio de que tan necesitada anda, y al cual iniciaron el remedio



Casa del conde de Guadiana, en Ubeda



Portada del Mediodía de la Iglesia de San Pablo, en Ubeda

las Escuelas Profesionales del Frente de Juventudes primero y los Institutos Laborales después, se dirigen especialmente a los miembros de la población peor dotada económicamente.

Gobierna la diócesis de Jaén el doctor Rafael García y García de Castro, que ha cumplido diez años como obispo de ella y, con tal motivo ha hecho unas declaraciones fustigando suavemente a los ricos que quieren «una Iglesia barata» y a los pobres para quienes «el olivo no es una razón económica, sino psicológica» o de comodidad. El señor obispo es un sabio menéndezpelayista y escritor de muchos libros. Enérgico, tenaz y ágil, de estatura moderada y genio vivo, me ha enseñado el Seminario de Jaén y ha hecho desprezarse con su bastón de empuñadura de plata a cuantas vacas y cerdos de la granja merecían la pena de

ser vistos en su integridad. Por la noche, me ha invitado a su casa y, sentado con él a la camilla, en una habitación de trabajo forrada de libros, me ha hablado de Jaén y me ha contado, respecto al espíritu religioso de sus gobernados que los Espeluy batieron el récord de generosidad en el antepasado Domund, con cinco pesetas y quince céntimos por vecino sobre las 2,20 de los de Fernando Poo, que se llevaban la palma. «Pero el analfabetismo cierra muchas puertas a Dios.» He aquí el reencuentro con las dificultades, que el señor obispo tiene profundamente estudiadas en su libro «Problemas sociales».

SOLUCIONES

«El Japón—dice Felipe Arche Hermosa, gobernador de Jaén—no cambió su cultivo del arroz, sino que fundó una industria.» Estas palabras pueden considerarse como un «slogan» definitivo para todo plan posible de soluciones a los problemas que la provincia de Jaén tiene planteados desde hace siglos. El complejo económico agricultura-industria-artesanía, se perfila como la única y verdadera solución y se cargan de razón hasta la saciedad cuantos españoles han propugnado la industrialización a toda costa, incluso a costa de privaciones en otros órdenes mientras la gran máquina española se pone a punto.

Entre las posibilidades esenciales con que Jaén cuenta para esta enorme transformación necesaria, están, por lo que se refiere a la energía eléctrica, los sesenta millones de kilovatios-hora del pantano del Tranco; los treinta y cinco de «Doña Aldonza»; los treinta y cinco de «Pedro Marín» y los diez del Guadalén Bajo, que, contando con la energía calculada al pantano del Rumbiar (siete millones y medio de kilovatios-hora), suman casi ciento cuarenta y ocho millones. Por lo que al utilaje se refiere, Jaén puede pagárselo a sí misma con las divisas obtenidas en el comercio de su propio aceite. En cuanto a la mano de obra cualificada, ahí están las Escuelas Profesionales de la Sagrada Familia, además de los nuevos capataces y maestros profesionales que se extraen ya de las diferentes organizaciones nacionales.

La única posibilidad de dar ocupación y renta fija de trabajo a los que hoy no lo tienen es la industrialización y el regadío. Se calcula que la industria permanente que se proyecta absorba el paro de más de diez mil trabajadores, idéntica cifra a la que puede redimir el regadío. Se plantean

el incremento de la ganadería y de la minería y, entre las nuevas industrias, se fija la necesidad de establecerlas sobre el plomo y sus derivados; sobre el aceite y sus derivados, sobre la celulosa del esparto; sobre el azúcar, sopas de pasta, galletas, embutidos. A la solución de la industria permanente se añadiría la de temporada por medio de la artesanía a domicilio, que en otros tiempos dio honor y ganancia en esta misma provincia.

Del primitivo estudio de ordenación económico-social de la provincia, fechado por la Secretaría General de la Presidencia del Gobierno en 1948, ampliado posteriormente y profundizado en muchos de sus extremos por nuevas aportaciones, entre las cuales descuella la del actual gobernador, Arche, se ha llegado en un espacio de tiempo no demasiado dilatado, si se tiene en cuenta la envergadura del asunto, a la elaboración de un proyecto de ley sobre el plan de obras, colonización, industrialización y electrificación de la provincia de Jaén, que, aprobado ya por el Gobierno, espera el refrendo de las Cortes Españolas.

EL PROYECTO DE LEY

Cuando estuve en Jaén, aunque nadie dudase de que la tenacidad de la autoridad provincial y el deseo de los Altos Mandos de la nación cristalizasen en la aprobación de un presupuesto en consonancia con las necesidades, sí que escuché, en cambio, diversas opiniones en cuanto al alcance propiamente dicho de tal presupuesto. Cuando los periódicos españoles publicaron con grandes titulares la aprobación del Plan de ordenación de la provincia de Jaén, el júbilo del diario local le llevó a titular así sobre poco más o menos: «Cerca de 4.000.000.000 de pesetas para Jaén». En realidad, tenía razón: son 3.958.446.021 pesetas y por cuarenta y dos millonitos mal contados más, el título —y la cifra— hubiera podido ser redondo. De todos modos, estoy seguro de que la cifra aprobada ha sorprendido incluso a los optimistas moderados.

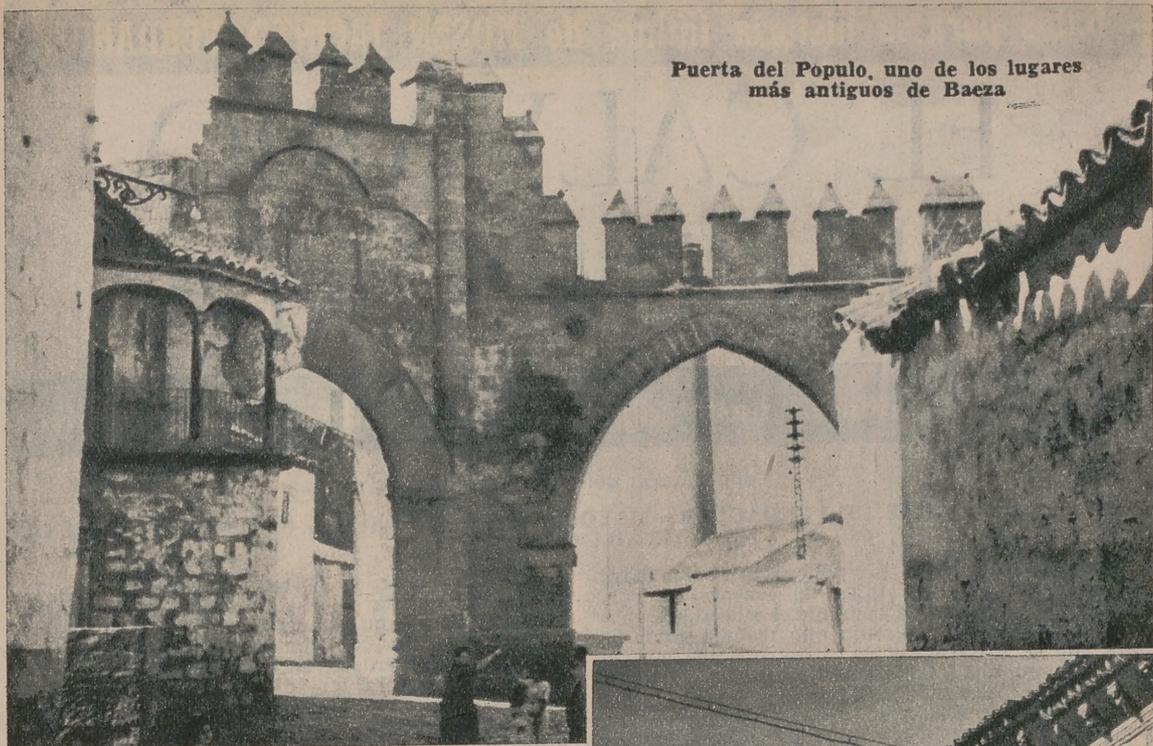
A «grosso modo», la distribución de este presupuesto es la siguiente: Para obras de pantanos, presas, canales, acequias, etcétera, 1.332.651.875 pesetas, distribuidas en once anualidades; para las obras de transformación agrícola y colonización, 807.642.000 pesetas, a invertir en diez anualidades; para la repoblación forestal (que se refiere a la creación de riqueza en su doble sentido de defensa del suelo), 491.716.500 pesetas, distribuidas en quince anualidades; para los trabajos de tendido y mejora de ferrocarriles, 1.094.337.721 de pesetas, a distribuir en quince anualidades, entendiéndose que la ejecución de los trabajos previstos no se llevará a cabo a efecto hasta que el estado de las obras de construcción de Zamora a La Coruña permita reducir las consignaciones a ellas dedicadas actualmente. Para la repoblación de la zona del pantano del Tranco de Beas, 75 millones de pesetas, en diez anualidades; para la electrificación de la provincia, 45.584.884 pesetas, en diez anualidades; para los trabajos de investigación minera, 52.645.339 pesetas a distribuir en ocho anualidades; para la investigación de aguas subterráneas, 8.867.702 pesetas, en diez anualidades, y con destino al Patronato Pro Industrialización de la Provincia la cantidad total de 50 millones de pesetas en diez anualidades, a comenzar en el momento en que los restantes trabajos del Plan aconsejen su iniciación y en la forma que a su tiempo se determine.

El orden en la ejecución de este Plan irá promoviendo bases de riqueza que, forzosamente, permiten imaginar un mejoramiento parcial de los problemas mucho antes de que se cumpla en totalidad el plazo más largo de su aplicación: si dentro de quince años el presupuesto íntegro que ahora ha sido aprobado por el Gobierno y espera el refrendo o discusión de las Cortes está agotado, como es lógico, puede tenerse por seguro que quizá no estén resueltos en su totalidad los problemas jaeneros, pero que estarán muy cerca de su resolución definitiva.

En el preámbulo de la Ley se recuerda el casi, bien reciente por cierto, de la provincia de Badajoz, sometida ya al benéfico funcionamiento de un Plan semejante. Aquí vuelve a plantearse de nuevo la contradicción española de que las provincias más ricas sean o puedan ser, por acumulación de población, por explotación inadecuada o falta de compensaciones económicas, por lo que a la industria, a la repoblación forestal o al esfuerzo del regadío se refiere, las más pobres en nivel



Calle típica de Baeza. Al fondo, la torre de la iglesia de San Juan, aneja a la antigua Universidad



Puerta del Pópulo, uno de los lugares más antiguos de Baeza

de vida, las más bajas en el desenvolvimiento de lo que pudiéramos llamar su economía moral.

De cualquier manera, el actual Régimen español está en el deber, naturalmente, de salvar la economía y el porvenir de la nación al través de las sucesivas soluciones para los problemas provinciales; pero es conveniente recordar que a este Régimen ha tocado —como recordaba el Jefe del Estado hace unos días en Sevilla— cargar con una ingrata herencia, cuyo mandato obligado se cumple con alegría, pero no sin pensar en lo que sería de España ahora mismo si su situación económica, agravada por el dispendio republicano y marxista de la paz y de la guerra, hubiese sido otra.

LAS BATALLAS DE JAEN

La batalla de las Navas de Tolosa, victoriosa para las armas cristianas de Castilla, Aragón y Navarra, hirió en el corazón al invasor árabe en retirada; seiscientos años después, en la batalla de Bailén, las armas de la independencia española tunden al gabacho memorablemente y le delibitan y hacen precipitar su búsqueda de mejores vientos para sus banderas; ciento cuarenta años más tarde, la pacífica batalla de Franco sobre Jaén se plantea en términos decisivos. El primer regadío que baña la provincia en nuestro tiempo, la primera industria que en ella se levanta y el vivero primero de árboles que la cubre, es la sangre de Cortés y de Haya en el Santuario de Nuestra Señora de la Cabeza, en plena Sierra Morena; regadío, industria y vivero que a nosotros toca perpetuar.

Ahora mismo, en mis días del viaje a Jaén, los periódicos aparecían con una noticia tímidamente expuesta sobre el lector español: la noticia del triunfo del «Pegaso» en Norteamérica. Muchos comentaristas urbanos o rurales, fatigados de la larga lucha española por la independencia, ignoraron su valor cuando no se sintieron defraudados por el triunfo de una máquina inasequible a sus bolsillos y hasta al parecer innecesaria para sus perentorios ideales económicos. Sin embargo, en ese signo de aparente contradicción, otros muchos españoles radicamos nuestra esperanza. Precisamente en el «Pegaso» de belleza inusitada, de poderío fabuloso y de alto precio: precisamente en ese «Pegaso» que casi con seguridad no poseeremos jamás, está el embrión de nuestra victoria y la bandera de nuestra liberación.

No somos, pues, simplemente, un país de agricultores de secano y de pastores de un ganado enfermo e incomible. No somos sólo unos salvajes analfabetos incapaces de construir un artilugio fino, fuerte, delicado y hermoso. No sólo somos el poblacho aburrido, fanatizado, lleno de envidia,



Fachada del Ayuntamiento de Baeza, una de las mejores joyas arquitectónicas del Renacimiento español

de cólera y de lujuria. En el pequeño, en el airoso «Pegaso» español, triunfador en el país de la potencia económica y de la supremacía industrial, como si se reflejasen sobre sus aletas, elocuentes como espejos, vemos a Badajoz, a Jaén, a España en suma, demostrando al mundo que no podíamos construir barcos solamente con maderas claveteadas, ni pantanos con sólo palas y picos, ni centrales eléctricas con hierros viejos: los «materiales» que nos suministraban los adcradores de nuestro «folklore campesino».

Una nueva Jaén pide sífío en el escudo de la nueva España.

José María Sánchez-Silva, Premio Nacional de Periodismo y de Literatura, ha publicado varios libros de cuentos. En esta modalidad literaria ha destacado recientemente «Marcelino, pan y vino», conceptuada como una obra maestra del género. Sánchez-Silva ha dado la vuelta al mundo como periodista.

EL CALVARIO DE UN POETA

Una vida envuelta hasta ahora en las sombras del misterio

(Continuación del número anterior)

NUEVAS AMARGURAS DE VERDAGUER.—MAYORES EXIGENCIAS DEL OBISPO.—SE SUSPENDE LA VELADA DEL ATENEO

DOCIL Verdaguer a no poner obstáculos para que cuanto antes viniese el «exeat», no sólo se prestó a remitir dos comunicados a «La Publicidad» y «La Opinión», sino que trabajó conmigo para que se suspendiese la velada que iba a celebrarse en su honor en el Ateneo, a pesar de que todo estaba preparado.

Una tarde, y en medio de un frío glacial, se dignó el señor arzobispo-obispo de Madrid honrar esta Residencia para decirme que era preciso impedir a todo trance la celebración de la velada literaria, si habíamos de obtener la celebración de la misa.

Yo sospeché que algún aviso de carácter urgente había recibido el excelentísimo señor Cos del señor obispo de Vich, aunque esto no pareció oportuno averiguarlo.

Contesté al señor arzobispo que nada podía temerse de las personas que habían de formar parte de la velada, las cuales nada sabían del arreglo que iban teniendo las gestiones, llevadas por nuestra parte con absoluta reserva; pero que, no obstante, si él estimaba oportuno y prudente este paso, se trabajaría para «suspenderlas», en espera de los acontecimientos.

Recuerdo también que el señor arzobispo, lleno de una bondad admirable, se ofreció a hablar a los principales inspiradores del acto literario, si era preciso, y hasta me preguntó por las señas de alguno de ellos, del señor conde de Cedillo, insignie traductor del «Canigó», que entonces vivía en la calle de Hernán Cortés, número 3, al cual no sé si encontró en casa.

Al salir de esta Residencia el señor arzobispo, me faltó tiempo para tomar un coche e ir en busca de Verdaguer.

—¿Qué pasa?—me preguntó algo alarmado.

—Venga usted conmigo y se lo diré en el camino, pues ahí tengo un coche esperándonos.

Y toda aquella tarde, hasta las diez de la noche, entre nieve y granizo, la pasamos visitando a Ferrari, al conde de Cedillo, a Melchor Paláu, a Núñez de Arce y a otros conspicuos literatos, ya en sus casas, ya en el Ateneo, diciéndoles a todos que era conveniente «suspender» la velada por ahora y hasta que viniese de Vich el permiso para la misa, y entonces podía tener ocasión más solemne.

Todo se allanó; aunque ya se estaban extendiendo las invitaciones y el programa, todos deseaban complacer al gran poeta, el cual recibía de todos los ateneístas muestras de sincero y entusiasta afecto.

Y para terminar este asunto de la velada debo manifestar que en el pensamiento de los ateneístas para nada entró el conato de molestar en lo más mínimo al señor Morgades ni a cuantos en esta persecución habían bullido en torno suyo, sino únicamente el afán noble y sincero de rindir un aplauso, que resonase por toda España, al gran poeta épico y lírico y estrechar más y más los lazos de amor y fraternidad de Madrid con Cataluña, que ya por entonces empezaba a agitarse y revolverse con el maldito catalanismo o separatismo. Y a ese fin se había invitado también al padre Blanco para que viniese de El Escorial a leer algo de la entusiasta y atinada crítica hecha acer-

ca de Verdaguer en el tomo tercero de «La Literatura Española en el siglo XIX». Pero al saber el padre Blanco que la velada en aquellas circunstancias podía ser contraproducente para la rehabilitación del sacerdote, se excusó y disculpó como pudo, según carta que de él conservo entre los papeles de este intrincado asunto.

Pero hacía falta sacar punta a todos estos sacrificios de Verdaguer ante la consideración del señor Morgades. A cuyo fin le escribí la siguiente carta, cuyo borrador conservo.

«Excelentísimo señor don José Morgades, obispo de Vich.

Mi venerado señor obispo: Recibí, tras de cinco fechas, su carta del 27, con los documentos que le devuelto, y de cuya lectura se desprende, entre otras cosas, que ya antes había prelado que recibiese a mosén Verdaguer.

Nunca concluiríamos este asunto resucitando historias no muy lejanas, y V. E., con su caridad, hace bien en echarlas al olvido, practicando la parábola del Buen Pastor.

Como su ilustrísima me decía en la suya del 4 de enero que con este acto de sumisión, que haré público sin una palabra de comentario para que no se creyese que le humillaba, le daré el «exeat» para cualquier prelado que sepa lo admitirá, y como quiera que ese prelado existe... creíamos que publicado en el Boletín el acto de sumisión de Verdaguer quedaría terminado este asunto principal.

Mas puesto que V. E. quiere ahora que antes de venir el permiso de celebrarse la misa publique mosén Verdaguer el documento en los periódicos de Barcelona, ha enviado ayer mismo dicho documento a «La Publicidad» y a «La Opinión», que supusimos serían a los que V. E. se refería.

Y aun a todos los periódicos habría remitido la carta si necesario fuese con ello demostrar que se halla en excelente disposición de paz, cansado ya de luchas estériles de que ningún bien se ha sacado.

Prueba evidente de este mismo deseo es también el que, cuando ya casi todo estaba preparado para la velada del Ateneo en su obsequio, ha renunciado a ella por ahora, a instancias de este excelentísimo señor arzobispo y mías, acompañándole yo en la visita que hizo a varios ateneístas para impedir la celebración de este acto literario.

Por eso, sin dudar al leerle yo ayer algo de lo que decía V. E. en su carta, y viendo que tampoco en el certificado venía el suspirado permiso ni el «exeat», exclamó con honda pena y lágrimas en los ojos: «Yo no puedo hacer más; me quedé sin velada, pero quedarme sin misa... ¡Esto ya no puede sufrirse! Me marcharé a Barcelona y pediré limosna por la Rambla.»

Este señor arzobispo, enfermo y todo de un fuerte resfriado, me recibió anoche, y sabedor de todo esto y de muchas cosas que no son para escritas, me aconsejó que si no lograba detener algunos días más a Verdaguer pidiese permiso para acompañarle a Barcelona o a Vich y ver de terminar de una vez este asunto.

Créame, señor obispo, créame por amor de Dios: con generosidad se consigue todo de Verdaguer, y no tendría reparo alguno en ir a echarse a los

pies de su ilustrísima una vez terminado todo. "Han dicho que estaba loco". Y lo que nos asombra a todos los que le tratamos íntimamente es que no se haya vuelto verdaderamente loco de remate con lo que le han hecho sufrir. Su conducta es aquí irrefragable y aun edificante. ¡Cuántas cosas diría yo a S. E. si no temiese abusar de su paciencia!

Le pide su bendición este humilde seguro servidor y capellán.—P. Miguelez.

¿Qué podría responder el señor obispo a esta carta, dirigida a su corazón, aunque haciéndole ver, así como de paso, sus contradicciones?

En primer lugar, y no recibí la carta del 7 (que luego publicaré) hasta el día 19 de febrero, cuando ya casi todo había terminado. Y doy ahora gracias a Dios de no haberla recibido antes; porque, dado su contenido, igual al de otra carta que el señor arzobispo recibió, lo hubiéramos echado todo a rodar, y esto hubiera terminado con un ruidoso escándalo motivado por la falta de tino (lo digo sin ambages) del señor Morgades.

Pero, ya que no recibí tal carta, vino a mi poder el «Boletín Eclesiástico de la Diócesis de Vich» del día 8 de febrero del año 1898, conteniendo al frente del mismo la carta de adhesión que el poeta había dirigido al señor obispo, y que ya es hora de dar a conocer. Pero... ¿no recuerdan mis lectores que el señor obispo había prometido publicar «la carta sin una palabra de comentario»?

Pues no se contentó con comentarios «antes», sino con hacerlos «también después». Léase:

«Por conducto de nuestro venerado hermano el excelentísimo señor arzobispo-obispo de Madrid-Alcalá hemos recibido el documento siguiente, escrito de puño y letra del reverendo don Jacinto Verdaguier, presbítero, el cual se "ha obligado" (1) a publicarlo en los periódicos de Barcelona que habían insertado sus escritos referentes a la cuestión que motiva este acto (2):

"J. M. J.

Excelentísimo señor obispo de Vich.

Madrid, 6 enero de 1898.

Mi amado señor obispo: A impulsos de gratitud y de afecto filial acudo a V. E. para protestar de mi adhesión a su persona y a sus preceptos y para manifestarle que sólo a su bondad fio el remedio de la situación en que me ha colocado una serie de circunstancias lamentables.

Ocioso creo recordar la historia de sucesos harto conocidos, por desgracia, y cuyo aspecto más triste para mí es el que algunos me considerarán como rebelde a las órdenes de mi prelado. Con toda la energía de mi alma declaro que no he tenido intención de agraviar a V. E. ni de perjudicar en lo más mínimo a la Santa Iglesia, por cuyas divinas enseñanzas estoy dispuesto a derramar hasta la última gota de mi sangre.

Dios Nuestro Señor se dignó favorecerme con una cruz de la que no he sabido sacar todo el provecho espiritual que debía, y por ello pido perdón a Su Divina Majestad, que seguramente no ha de negármelo. También espero que el espíritu magnánimo de V. E., que tantas proezas ha realizado, con universal admiración, manifestará, una vez más, su caridad sin límites para quien de ella necesita y es de V. E. afectísimo súbdito q. b. s. a. p.—Jacinto Verdaguier, presbítero."

En su vista, y atendidas las "repetidas seguridades" que nuestro venerado hermano de Madrid y otras personas respetabilísimas de la Corte, donde reside hace algún tiempo el reverendo Jacinto Verdaguier, presbítero, nos dan acerca las "promesas" y "buenos propósitos que ha hecho de querer vivir y portarse", con el auxilio divino, "cual corresponde a un buen sacerdote" (3) y enteramente sujeto a las órdenes de su prelado (4), hemos venido en levantar al citado presbítero reve-

(1) No es exacto. Ya hemos visto lo que sucedió y que no ignoraba el señor Morgades.

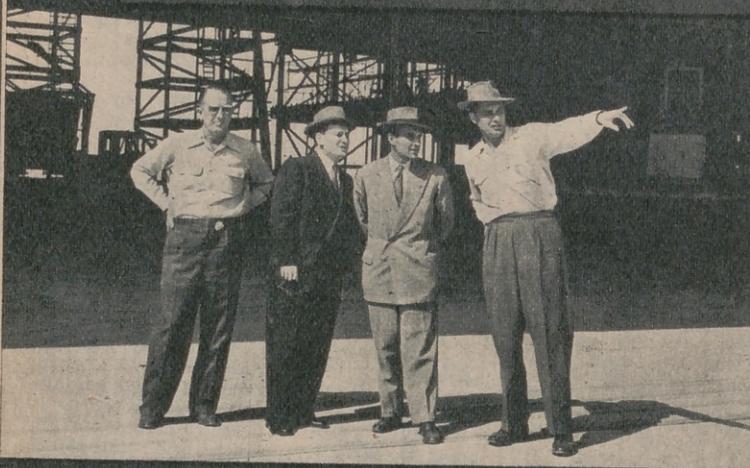
(2) Esta introducción fué modificada después en el «Boletín», que circuló, sin duda, por parecerle inexacto. (Tachado por el autor en el manuscrito.)

(3) Todo esto, como se ve, es doble y embozado y da a entender que el poeta no había vivido hasta la fecha como buen sacerdote. Ni él, ni nosotros prometimos nada de eso, porque no era necesario, viviendo, gracias a Dios, como vivía.

(4) Se entiende con tal que este prelado no volviese a las andadas de enviarle al manicomio o con tal de darle el exeat prometido, y del que nada dice.



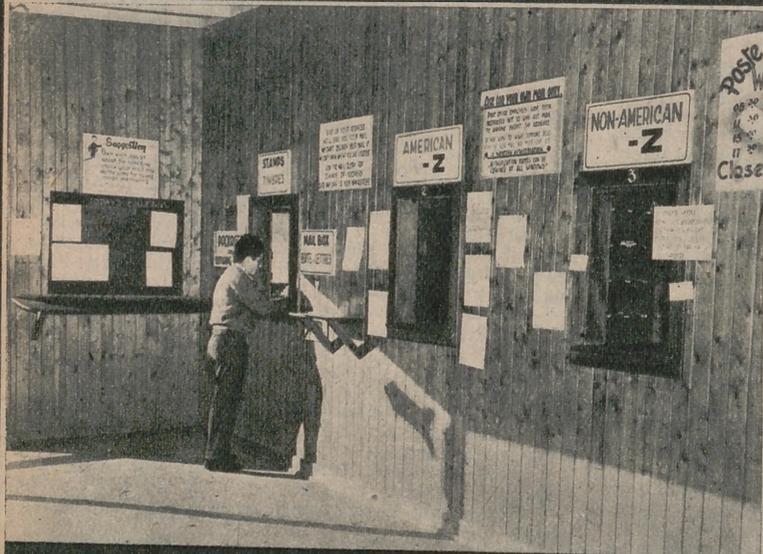
BASES NORTEAMERICANAS



El ingeniero de la «Atlas Constructor», James Love, jefe de los trabajos en la base de Noousseur, explica a nuestro enviado especial, Ramiro Santamaría, algunos detalles de las obras que se realizan



En los restaurantes de las bases norteamericanas se come según las costumbres típicas en el otro lado del Atlántico. Provisto de una bandeja, cada uno se sirve lo que más le apetece



Las bases cuentan con servicio de comunicaciones a disposición de los soldados y obreros que residen en ellas. Aquí vemos la Oficina de Correos de la base de Sidi Slimane

ES POSIBLE AEREAS DE LOS TENGAN LA BOA NOAUSSEUR YN

INCOGNITA DE A

De nuestro enviado especial

NOAUSSEUR. (Base militar norteamericana.)

No es cosa fácil penetrar en las aéreas establecidas por los Estados Unidos en Marruecos. Si pude visitarlas fue gracias a la simpatía y atención de mis amigos William S. Mayeaux, del Cuerpo de Ingenieros del Ejército estadounidense, de los diplomáticos norteamericanos Guillmond y Nordman, y del coronel Charlie Short, asistente especial del Comandante General de la V División de las Fuerzas Aéreas de los Estados Unidos, quien me mandó del general David W. Hutchings, jefe de las vanguardias que en Argelia del Norte mantiene el Pentágono en Washington. No tuve mejor credencial que la de las autoridades y ante los servicios de seguridad de las bases americanas que me dieron la condición de español.

TRESCIENTOS MILLONES DE DÓLARES PARA CINCO BASES

En diciembre de 1950, por un acuerdo entre el departamento de Estado norteamericano y el ministerio de Asuntos Exteriores francés, se permitió a los Estados Unidos la instalación de cinco bases aéreas en Marruecos: Noousseur, Sidi Slimane, El Guerir, Bulhaut y El Dima Sahim, que son los lugares elegidos para su instalación. Por orden del 15 de enero de 1951, la V División Aérea, al mando del general Archie J. Old, quedó afectada al «Estrategia Air Comand» en Europa. De la construcción de las bases fué encargada la «Atlas Constructor», bajo la supervisión del Comandante General de la Eastern Atlantic Division del Cuerpo de Ingenieros Unidos, quien había confeccionado los proyectos. El costo de las cinco bases se fijó en trescientos millones de dólares. El material que se recibió desde los Estados Unidos, principalmente integrado por maquinaria moderna, representó un valor de 25 millones de dólares.

En sesenta y seis días fueron construidas las pistas en el aeródromo de Sidi Slimane. En mayo de 1951 comenzaron los trabajos en Noousseur; ochenta y seis días después aterrizaban en la base aviones tipo «F-843-Thunderjets» y «B-50», los aviones de las bases norteamericanas establecidas en Inglaterra.

La presencia norteamericana en Marruecos no tiene ningún fin ofensivo; su misión es sencillamente completar el sistema de defensa ante cualquier posible amenaza de la U. R. S. S. en Europa.

NS EN AFRICA DEL NORTE

LAS FUERZAS ESTADOS UNIDOS BOA ATOMICA EN YN SIDI SLIMANE

LA MISION SECRETA

Camiro SANTAMARIA QUESADA

proyectado por el Estado Mayor del Pacto Atlántico—N. A. T. O.—, cuyos flancos de contraofensiva aérea se hallan situados en las regiones cercanas al círculo Artico y en Africa del Norte.

Se especula sobre posibles secretos militares que los Estados Unidos guardan para su empleo contra la Unión Soviética si ésta se lanzase a la ofensiva. ¿Tienen las fuerzas aéreas norteamericanas la bomba atómica en Noousseur y en Sidi Slimane? ¡Quién sabe! No sería ilógico, pues la poseen en las bases establecidas en suelo inglés. El secreto, si puede serlo, consiste en que las bases marroquíes sitúan a los bombarderos atómicos a un vuelo de Moscú...

UN VEINTICINCO POR CIENTO DE LOS OBREROS EXTRANJEROS SON ESPAÑOLES

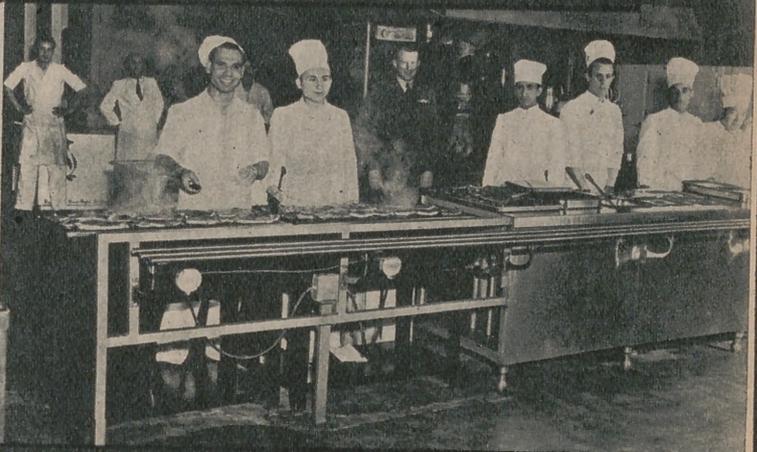
Once mil empleados trabajan en la construcción de las bases norteamericanas. De ellos más de ocho mil son no americanos; un veinticinco por ciento del porcentaje de extranjeros son españoles. Según nos informamos, los jefes de los trabajos están muy satisfechos de los obreros españoles. M. Lyman Wilbur, director general de la «Atlas Constructor», me dijo durante la entrevista que con él tuvo:

—Los españoles son buenos trabajadores, inteligentes y con iniciativa propia. Se adaptan muy bien a las máquinas y aprenden pronto su manejo. Estamos muy satisfechos de ellos.

Noousseur es hoy una enorme villa al estilo de las ciudades rurales norteamericanas. Repartidos en pequeños pueblos independientes se encuentran el campamento militar; las instalaciones, oficinas y viviendas de los funcionarios del Cuerpo de Ingenieros y de la «Atlas Construc»; la diminuta ciudad para obreros no marroquíes y el poblado para trabajadores indígenas. Entre ellas, instalaciones técnicas, enormes depósitos para combustible y accionamientos militares. La importante base ocupa 6.400 hectáreas.

DIEZ KILOMETROS DE CARRETERA CONSTRUIDOS EN UN DIA

Estuve recorriendo en automóvil por las magníficas carreteras construidas con máquinas especiales que asfaltan en escasos minutos una décima de kilómetro. En un día, merced al moderno material, los norteamericanos pueden terminar unos seis kilómetros de carretera, trabajando



Las tropas de la V división de las fuerzas aéreas norteamericanas que guarnecen las bases en Marruecos están atendidas con toda clase de comodidades. La foto nos muestra una vista parcial de las cocinas



El «fútbol de mesa» está de moda entre los norteamericanos. Aquí vemos, en el Club de la base de Noousseur, un interesante partido, al que no faltan espectadores



El campamento para obreros de la base de Noousseur está instalado a modo de pequeña ciudad, cuyas casas son los barracones que nos muestra la fotografía



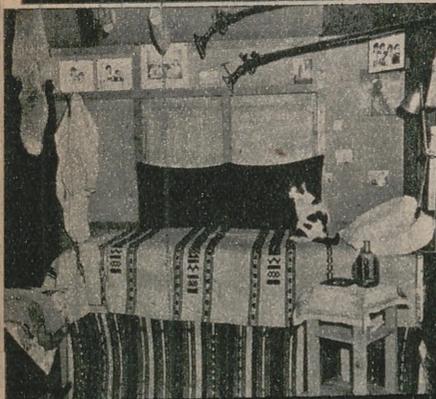
Un soldado marroquí muestra a un grupo de militares norteamericanos el raro arte de hacerse un complicado modelo de turbante sin necesidad de tener un espejo delante



La nota simpática en los campamentos norteamericanos la ofrecen los niños que vinieron a Marruecos con sus padres. Un grupo de ellos saluda jubilosamente al fotógrafo a la puerta de uno de los colegios



Diez mil panecillos dos veces por día se confeccionan en la panadería de Noousseur. El horno eléctrico permite batir cifras récord en la fabricación de pan, cocido en escasos minutos



Interior de uno de los alojamientos de la base de Benguerir. Junto a los recuerdos familiares, objetos típicos del país

con intensidad, hasta diez. La base cuenta con ferrocarril propio y una serie de medios sobre los cuales, permíteme el lector que no especifique; el periodista, a veces, debe ser discreto ante el amigo y en beneficio de la seguridad común... Sólo diré que en las pistas de Noousseur, de unas dimensiones extraordinarias, pueden aterrizar los tipos de aviones más pesados y los grandes bombarderos a reacción, y que el hangar taller, en cuyo interior cabrían varios regimientos con su equipo completo, es el segundo del mundo, por sus dimensiones. El primero se encuentra en Nuevo México, quizá no muy lejos de Nevada.

La vida de los norteamericanos, su trabajo y distracciones están muy de acuerdo con su manera de ser. No es el americano medio el tipo que solemos ver en las películas. No vi a ningún coronel mascando «chicle», ni una pierna más alta que otra en el club de oficiales, ni en los Casinos para obreros. Los trabajadores cuentan con una cómoda habitación, buena comida, cinematógrafo, hospital, servicios religiosos y buenos restaurantes.

Me invitaron a comer en el destinado a los funcionarios de la «Atlas Constructor» y a los miembros del Cuerpo de Ingenieros del Ejército. La comida extrañó a mi estómago europeo, pero no salió de latas de conservas, sino de cocinas eléctricas, preparadas por un batallón de cocineros. En el restaurante se sirven diariamente unas tres mil comidas, y pueden comer al mismo tiempo mil personas. La comida se la sirve uno mismo, igual ocurre con el agua. Los camareros sólo sirven el café y el helado, y retiran el servicio. Durante el almuerzo está prohibido el vino e incluso la cerveza. Me dijeron que esta medida, costumbre norteamericana, es una previsión para evitar que los funcionarios puedan perder eficacia en su tarea durante la jornada de la tarde.

La eficacia, la rapidez y un sentido práctico rigen el funcionamiento de las instalaciones americanas en Marruecos. Se comentó hace algún tiempo sobre si han existido despilfarros en las obras. Estén costando mucho o poco, lo interesante es que el mundo libre cuenta con nuevos centros defensivos de una importancia grande. Da la casualidad que en donde existieron anomalías intervenían manos no americanas. Un trozo de pista de la Noousseur, ya reparado por completo, se hundió hace meses. Yo no acuso a nadie, solamente público que entre los obreros franceses y marroquíes que en ella trabajaban había muchos afiliados a la C. G. T. comunista, cuya sede, hoy clausurada, estaba en Casablanca, a treinta y cinco

kilómetros de la base norteamericana. Quizá el pleito francoestadounidense sobre el comercio en Marruecos y los «compromisos» de emplear la colaboración de ciertas Compañías hayan tenido su influencia en el retraso de las obras, compensado en la actualidad con creces.

En el exterior de las bases norteamericanas hacen vigilancia tropas francesas; la guardia interior está reservada a las tropas norteamericanas y a la Policía Militar. La disciplina en los actos de servicio es grande y no se relaja con una camaradería entre jefes y subordinados—al margen del cumplimiento del deber—que no quebranta al mando ni fomenta la insubordinación. Esto es producto de un ambiente en consonancia con la manera y la educación del americano.

FRIALDAD EN LAS LACIONES FRANCO TEAMERICANAS

Un estricto protocolo rige los contactos francoestadounidenses dentro de la órbita oficial; un protocolo, a mi juicio, frío. Pude percibir que las relaciones en el terreno particular entre franceses y americanos están exentas de calor. A los franceses no les hacen mucha gracia las costumbres, la jovialidad y la despreocupación de sus aliados. Acusan a los Estados Unidos de mediatizar con su presencia ante los marroquíes el prestigio del Protectorado.

Las bases norteamericanas se encuentran en el seno de la órbita del S. A. P. H. E., cuyo jefe en el sector Sur es el residente, general Guillaume, a las órdenes de otro militar francés, el mariscal Juin. Estas bases, según el convenio que las estableció, pasarán un día a manos francesas, aunque debieran pasar a poder del Imperio Cherifiano.

Recibirá Ud. en su casa

EL ESPAÑOL

todas las semanas si solicita una suscripción

Un trimestre 30 ptas.
Un semestre 60 »
Un año 120 »

Pedidos a Administración de EL ESPAÑOL, Zurbano, 55
Madrid

PENSAR Y MANDAR

DESDE CIUDAD REAL

NECESIDAD DE UNA CULTURA POPULAR

Por José María DEL MORAL

Gobernador Civil de Ciudad Real



Una calle típica de la ciudad manchega

O de popularizar la cultura, si se prefiere mejor. No extender la erudición ni ampliar el radio humano de acción de los saberes sino más sencillamente, más práctico y más urgente también: hacer posible a un número creciente de españoles el disfrute mejor de su vida por la vía o instrumento de la cultura.

Tema manido, ya lo sé, como el de la escuela y el de la educación, pero no por ello más resuelto ni menos vigente.

Es preciso ir por esos pueblos donde viven millones de españoles para ver hasta dónde está viva la curiosidad de sus gentes para todo lo que sea incitación, conocimiento de algo nuevo. Yo no creo en la inercia, ni en la apatía, ni en la somnolencia campesina de que tanto ha predicado una literatura sin raíces ni fondo. Todo lo contrario. Creo en el estado casi virginal en que se encuentran los hombres del campo para cualquier siembra de ideas y noticias. Lo que ha fallado son los instrumentos. Una escuela deficiente y aburrida, una absoluta carencia de bibliotecas, de teatro, de incitaciones artísticas, producen una incapacidad—derivada, por tanto, y no nativa—para el diálogo y la comprensión. Pero basta hacer la prueba: ir a un pueblo cualquiera y anunciar unas misiones, un mitin político, una conferencia, un recital de poesías, no digamos una pieza teatral o un espectáculo cultural de cualquier género, para ver atestarse el local de gente sin corbata, permanecer cuantas horas hagan falta, incómodos y atentos, silenciosos y respetuosos, con los ojos bien abiertos y la mano al oído para no perder nada de cuanto allí pueda hacerse y decirse.

Yo sé que no es ésta la estampa que suele pintarse de casos tales, pero es la que yo vengo viendo casi a diario y sé, por tanto, que es la cierta.

La inercia, la apatía y la somnolencia han estado y están en gran parte todavía en la minoría llamada a promover este tremendo caudal de vida que late en las entrañas de nuestro pueblo. Se ha predicado demasiado, justo es reconocerlo, con buena fe una religión contractual, de temor, resignación y muertos, como si el Cristianismo no fuese sobre todo amor, esperanza y alegría. En vez de encauzar impulsos e instintos—superar la naturaleza por vías de fe y de cultura—se ha cuidado más de frenarlos y dormirlos, como fórmula más cómoda y más rápida. De lo que ocurre cuando salta el freno o despierta la bestia que todos llevamos dentro, en el recuerdo de todos está, y bien cercana, la consecuencia: el desbordamiento del torrente por falta precisamente de cauce.

Poco se ha hecho para poner al alcance del disfrute de los hombres del pueblo las cosas más simples: el paisaje, la liturgia, la canción. Nada digamos del arte, de la música o del poema. Así, en mantillas de cualquier sugerencia o incitación, la vida de los pueblos tiene ese gesto cansino y triste que produce la reiteración de los mismos temas: los instintos, las pasiones, el dinero, la enfermedad y la muerte, temas sombríos de los que precisamente el hombre con formación se libera por la religión y la cultura.

El que sólo va de tarde en tarde por un pueblo y, por lo general, coincidiendo con su feria o fiesta anual, queda siempre sor-

prendido de la extraordinaria capacidad que aprecia para la diversión, el bullicio, el ruido, el color y la alegría. También para el buen comer y el buen beber. Ignora quien tal se sorprende de que esta exuberancia no es reflejo de abundancia, sino un fenómeno de escasez. Escape anormal de una normalidad paupérrima, concentración singular y a fecha fija de unas apetencias insatisfechas a lo largo de todos los demás días del año. Intemperancia obligada tras una obligada templanza que nada tiene que ver con la virtud del mismo nombre. Es un falso espejismo, por tanto, que sólo por contraposición podría enseñar la realidad difícil y dura que es la vida habitual y cotidiana de esos pueblos encendidos de la feria.

Crear la necesidad de los bienes materiales como estímulo para producir más es una buena política económica aceptada ya por todos de buen grado. Crear necesidades espirituales para estimular el personal y el colectivo perfeccionamiento, no es una buena política; es la política cristiana—política de misión—por excelencia y por antonomasia.

Mucho depende, mucho, y sobre todo en primer lugar, de esa renovación de la vida católica que la Iglesia de nuestros días anda empeñada. Ese llevar al hombre la alegría de una vida cristiana en que todo es recapitulable y salvable, en que la gracia abre una vía permanente de esperanza y la caridad una solución de amor para cada caso. Estas cosas que a diario se leen en revistas y se oyen en conferencias, predicaciones y ejercicios «para universitarios» apenas si están llegando a nuestros pueblos, que son los más necesitados

de esta fuente de paz y de alegría. Todavía siguen inmersos en viejos métodos y hábitos de vida piadosa que siglos de vigencia han demostrado hasta la saciedad ser estériles e inoperantes para una verdadera y actualizada vida evangélica.

Esto, repito, en primer lugar. Después viene eso tan sobado de la cultura popular. Que también aquí no cabe conformarse con la presunta, y gracias a Dios frecuente, abnegación de unos maestros, las clases de analfabetismo, un poco de folklore de vez en cuando y el pasto cinematográfico, imposible de digerir sin previo condumio. Hacen falta cátedras ambulantes que sacien la curiosidad de noticias, de saber y de técnica que, nadie dude, está latente en nuestros pueblos. Hacen falta exposiciones circulares que permitan a los hombres del campo ver con sus propios ojos qué es eso del color del Greco, el canon de Velázquez o el dramatismo de Goya. Y conciertos para que aprendan a gustar —no a saber, que esto no se aprende— del ritmo y de la armonía. Y ciclos de conferencias que sin empachos ni erudiciones les cuenten y expliquen cómo está el mundo y la Patria, cómo estuvieron, como quisiéramos que estuviesen en el futuro; cómo son ellos también y cómo podrían y deberían ser mejores, que esto de oír hablar a cada cual de sí es tan grato a la vanidad del hombre aislado como a la del hombre en colectividad. Y recitales de poesía, que es una de las cosas que más llegan y convencen al hombre sin cultivo, porque no tratan de entender, sino de entablar contacto con esa verdad primaria y latente que se esconde tras cada palabra poética. Y tantas y tantas cosas que harían de esta relación una teoría interminable.

Esto no es un programa, naturalmente. Ni pretende contener ninguna novedad. Algunas cosas ya fueron intentadas, y con éxito—como «La barraca»; otras están en proyecto de ejecución inmediata—como el plan de extensión universitaria del Sindicato Español Universitario—y el de extensión cultural de los Institutos Laborales—, pero algún día habrá que plantárselo en su totalidad. Remachar ahora el clavo, si no brillante, no deja de ser al menos una honrada labor. Y a esto vamos.

El campo de acción es limitado. La empresa, ardua y difícil. Más que empresa, una verdadera batalla. Pero ¿no estamos dando y ganando la batalla de la industrialización, la batalla de los pantanos, la batalla del turismo y hasta la batalla del gran Madrid? ¿Por qué no emprender de una vez esta otra batalla de la cultura popular para la que no han de faltar ni entusiasmo ni voluntarios?

También las torrenteras del alma de nuestras gentes están esperando la presa de la cultura que embalse tantos caudales hoy perdidos. Para que al igual que el agua de los pantanos convierta en vergel tantos eriales humanos como hay hoy desparramados a lo ancho de la geografía española.

LA CONTRIBUCIÓN SOBRE LA RENTA

EN el terreno firme de la economía financiera, el deseo de buscar la mejor y más abundante fuente para la productividad de ingresos fiscales que puedan cubrir con suficiencia las exigibilidades por obligaciones derivadas de las atenciones del Estado, teniendo presente el mayor grado de elasticidad, coloca en primer plano un tipo de imposición justo y equitativo: la contribución sobre la renta.

Sabido es que esta hoy generalizada contribución puede manifestarse en dos formas: como tributo total único, que alcanza a todas las economías individuales y si se quiere también a las colectivas, cualquiera que sea su naturaleza y significación, y comprende los ingresos fijos periódicos y permanentes y los variables y temporales, incluso algunos de coyuntura prescindiendo de otros medios impositivos distintos, o como superpuesta a un sistema de impuestos de productos que gravan las rentas parciales según su procedencia.

En el primer aspecto, que tiene la ventaja de medir la verdadera situación de cada resistencia económica aislada, frena extraordinariamente la tendencia hacia la idea del impuesto único, cuando, como en España, se cuenta con un completo aparato de tributación a base de contribuciones de producto, como son las que recaen sobre las riquezas rústica y urbana, actividades comerciales, industriales y de profesiones, y rendimientos del trabajo personal y del capital, que gozan de un reconocido prestigio en el modo de la exacción y fuerza productiva considerable, contrastada en muchos años de experiencia, por lo que la supresión de los mismos representa un temor fundado muy digno de tener en cuenta, máxime cuando la propensión al gasto público va en aumento y, como consecuencia, han de apurarse todos los métodos que permitan sin dificultad el incremento de los recursos necesarios. Cualquier ensayo en este sentido, dejado llevar por teorías de la más pura técnica de la hacienda, será una empresa llena de peligros evidentes muy difíciles de salvar.

De otra parte, la integración psicológica del contribuyente español, en su mayoría poco dispuesto a desprendimientos a sacrificios pecuniarios para subvenir a las cargas del Estado, no posibilita dar gran efectividad real al procedimiento de declaración de la renta, que es fundamental en este orden; ni tampoco serán de estimar las facilidades en la posterior comprobación, por lo que la contribución sobre la renta tendrá que apoyarse necesariamente en una perfecta y extensa investigación, lo que hace que pierda verdadera popularidad y el concepto ideal de ejemplar. Y agréguese a esto que las falsas situaciones de los defraudadores con respecto a las de contribuyentes de sana conciencia crea una desigualdad bien manifiesta que perjudica notablemente a éstos últimos.

Cabe, como solución práctica, vaciar el contenido de las diferentes contribuciones de producto sobre una única sobre la renta, que venga a ser la adición de todas ellas, pero estableciendo en su constitución orgánica cinco apartados o cédulas para recoger las rentas parciales, según su origen, a saber: a) De la propiedad inmueble; b) De los negocios comerciales o industriales; c) De inversiones de capitales; d) De remuneraciones por trabajos personales, y e) De otras procedencias.

La declaración individual debe ser el auténtico elemento primordial para suministrar la clase y cuantía de los datos numéricos estadísticos, racionalmente discriminados por conceptos para ser aplicados a las cédulas dichas, si bien es razona-

TRIBUCION LA RENTA

ble conservar los documentos fiscales, registros y catastros actuales, convenientemente rectificadas, en ciertos períodos de tiempo, para establecer unas bases de rendimientos mínimos en evitación, de este modo, que la nueva contribución pueda llegar a caer por debajo de los importes de las que fueron agrupadas. Es decir, partiendo de los datos del ejercicio 1952, el mínimo será de 5.185 millones de pesetas (rústica, 866.000.000; urbana, 748.000.000; industrial, 905.000.000; utilidades tarifa I, 1.858.000.000, y utilidades tarifa II, 847.000.000), más 355 millones de pesetas, que se obtienen de la contribución sobre la renta tal como está establecida, o sea, en junto, 5.540.000 pesetas.

No se nos escapa de la imaginación, y comprendemos es el punto saliente, la dificultad que existe para recoger con verdadera exactitud las rentas numerosas que provengan de capitales invertidos en acciones y obligaciones de las empresas privadas y en deudas del Estado, empréstitos de Corporaciones públicas y otros valores, y para ello tenemos dos soluciones bastante eficaces. La primera, la más sencilla, consiste en exigir el pago del impuesto con carácter parcial y provisional en el momento de percibir el dividendo o el cupón, y como también dicha cantidad ha de comprenderse en la declaración de la renta total, de la cuota definitiva liquidada, se deducirá la provisional, quedando de esta forma compensada.

Otra solución consiste en establecer el carnet o cartilla de renta de capital, cuya presentación será necesaria en el momento de hacer el pago las entidades deudoras u otras intermedias como los Bancos, donde quedará registrada fehacientemente la clase y cuantía de los mismos, para ser renovados anualmente por canje en las respectivas delegaciones de Hacienda, en que estén domiciliados. Y también puede dar magníficos resultados el procedimiento de obligar a presentar las declaraciones de Hacienda para que los títulos puedan ser vendidos por mediación de agente de Cambio y Bolsa o corredor de Comercio, por los años, hasta cinco como máximo, por ejemplo, que hayan permanecido en poder de su propietario vendedor, en donde deberán estar clasificados; y de análoga manera se procederá en los actos de transmisión «mortis causa», pero ante las oficinas liquidadoras del impuesto de Derechos reales. Las omisiones observadas se calificarán de defraudación a los efectos de imposición de sanciones.

El gravamen en esta contribución sobre la renta conviene sea de un tipo fijo con rendimiento proporcional a la renta total, para que no pierda la ponderación de los impuestos de producto que le sirven de precedente, pero, a su vez, es factible practicar otra liquidación por tasa de compensación o sobretasa, con tipos progresivos a las distintas porciones de renta fijadas en escala, dejando exceptuados de esta última las inferiores a cien mil pesetas, en atención a que tienen el carácter de renta de subsistencia.

La otra forma de dar impulso a la contribución sobre la renta es muy similar a la establecida en nuestro sistema tributario. Conveniencias de índole financiera aconsejan mantener como principales recursos los impuestos de producto. Aquella funcionará como complementaria de estas contribuciones, pero no recogiendo como gastos deducibles ni haciendo detracción en la cuota fiscal obtenida de la devengada por los impuestos de producto, y en esto estriba fundamentalmente la diferencia con respecto a la modalidad en vigor. Así dicha contribución, aún cuando conserve su

independencia, tendrá la equivalencia de un supergravamen, que se exigiría de las rentas que exceden de la cobertura de gastos indispensables en un determinado nivel de vida; es decir, las que no cubran el coste de subsistencia. Claro está que el mínimo exento debe colocarse en las 150.000 ó 200.000 pesetas, puesto que no es aconsejable conservarlo en las 60.000 pesetas anuales que hoy llegan a percibir algunos obreros especializados, sin que por ello constituyan una clase con índice de resistencia económica o manifestación de riqueza y asimismo se suavizarán notablemente los tipos impositivos distribuidos en porciones de renta hasta un tope que se puede fijar en cinco millones de pesetas, a partir del cual le afectaría el máximo.

Hasta ahora hemos expuesto el juicio que responde por entero a nuestro criterio doctrinal, libre de cualquiera influencia extraña que pudiera llegar a modificarlo. Pero no podemos silenciar que en las declaraciones formuladas por el señor Ministro de Hacienda, referidas precisamente a esta misma cuestión, con ocasión de la presentación a las Cortes de un proyecto de reforma de esta contribución, se considera necesario llevar el mínimo de la base imponible a 125.000 pesetas y hacer deducción en las rentas de trabajo, en concepto de previsión y ahorro, del 25 por 100, con aumento del tope de quince mil a veinte mil pesetas. Ambas modificaciones constituyen un verdadero acierto y están colocadas en el plano de la realidad viva nacional, ya que el límite de las 60.000 pesetas exentas de la escala en vigor es notoriamente insuficiente para definir magnitudes económicas sometidas a esta super-imposición, como es palpable si se observa que figura con tal carácter en la ley de 6 de febrero de 1943 y que desde entonces quedó alterado negativamente el poder adquisitivo de la peseta; y si bien es cierto que la renta no queda aún perfectamente encajada en los niveles que le sirvieron de precedentes, hay que reconocer la dificultad de ocasionar intenso sacrificio de los recursos del Erario, dado el incremento que necesariamente han experimentado los gastos públicos, aun cuando se haya seguido una norma de reconocida prudencia. Por lo que respecta al segundo aspecto, la cifra de 25.000 pesetas es aconsejable para atender la previsión futura e indica la tendencia de proteger las rentas de trabajo, siempre fluctuantes e inciertas, que sostienen su productividad exclusivamente con el auténtico esfuerzo personal. Queda a todas luces bien visible la buena voluntad del Gobierno de traducir en hechos la ejemplaridad de su política financiera, apoyada en los más sanos postulados de justicia social.

Y ya colocados en este terreno, tenemos que hacer forzosamente mención especial de la novedad que encierra el proyecto de conceder trato de favor a las rentas que se destinen a ahorro del contribuyente, siempre que justifiquen su inversión en adquisiciones de valores mobiliarios, en particular, o de patrimonios ajenos, en general. Tal concesión denota el propósito de una firme e inteligente orientación, que habrá de tener, sin duda, repercusión en el desenvolvimiento y actividad de los negocios, con mejoramiento del estado general. La absorción con ahorro de fondos públicos proporcionará al Estado flujo dinerario por utilización de cantidades antes congeladas y muchas veces malgastadas en consumo innecesario y de lujo, sin desviar capitales de otras inversiones francamente reproductivas. Por eso es muy importante la mención que hace de inversiones en patrimonios ajenos, que permite y ayuda ampliamente los fines de capitalización tan convenientes para poner en movimiento factores activos de expansión por el aumento de bienes instrumentales, aparte de neutralizar una parte de la capacidad adquisitiva monetaria.

Otras mejoras pueden también introducirse, pero por ser cuestiones de detalle no interesan a los fines de divulgación y sí a la reglamentación interna. Pero si condensamos todas estas ideas podemos asegurar que el intento de modificar la estructura actual de la contribución sobre la renta tiene que planearse con especial cuidado, incluso con el sacrificio de arraigados principios, pues es tarea ardua y difícil desarticular los impuestos de productor, si a ello tuviera que llegarse, sin sentir grave perturbación. La mayor eficacia se logra de la educación y ética del contribuyente y de la equidad y perfección con que actúen los órganos gestores.

Enrique Estéban (Delegado Central de Hacienda).

Este es el magnífico ejemplar que ganó el primer Premio Granollers 1953

EL GARAÑÓN DE RAZA

UN POLLINO GIGANTE QUE NO HUBIESE

INTRODUCCION A UNA FANTASTICA



Noble, altivo, impetuoso, el garañón de raza catalana-vigatana, es el Don Juan en la familia de los híbridos. Incansable en sus escaramuzas, recorre también toda la escala «social».

desde la borrica humilde hasta la yegua real...

Y no para aquí la cosa. Como en el drama zorrillesco, hace aparición su Mejía: la raza francesa del «Poitou». Las dos se disputan la primacía en el mundo ganadero... Pero por algo Don Juan es Don Juan, y Mejía queda en Mejía.

El «Poitou» tiene preferencias: al fin, hijo de asnos, le cohibe la aristocracia de las yeguas; timidez de la que nunca supo nuestro garañón.

He visitado un jemplar de cada raza. Sacado del corral, el «Poitou»—orejas lacias, frente caída—no parece sino que diga servilmente:

—Mande usted.

El de Vich, no. El de Vich se encrespa, e, indignado, pregunta a gritos:

—Pero, bueno: Aquí, ¿quién manda?

UNA ASCENDENCIA QUE SE REMONTA AL CUATERNARIO

En uno de los últimos certámenes ganaderos celebrados en Sevilla antes del 36 se repartían folletos propagandísticos redactados en estos términos:

«EL GARAÑÓN DE RAZA CATALANA»

«Es un producto de valor universal solicitado desde todas partes del globo. Son características de sus ejemplares: 1.º, la expresión noble, elegante y fogosa que parece querer representar la aristocracia de su especie; 2.º, su ardor genérico.

Pero estas condiciones, al apartar el garañón de su área geográfica

degeneran de manera tan rápida, que el ganadero se ve obligado a acudir al país de origen para pagar tributo forzoso a la asimilación.

Podemos decir, pues, de acuerdo con la realidad, que el garañón español, raza catalana, tipo Vich, es sin ninguna clase de duda, el mejor garañón del mundo.»

Por otra parte, hojeando la obra de Alzada, y gracias a don Antonio Vilarrubia, nos enteramos de que la ascendencia de esa raza se remonta al cuaternario, viviendo de manera continuada, en la región de Cataluña, sin provenir de emigración alguna. Es autóctona.

Antiguamente, los mejores garañones de la raza catalana-vigatana eran exportados a Inglaterra, Francia y, más tarde, a Norteamérica y a la Argentina, quedando por esta razón destinados a la reproducción los peores ejemplares.

La raza degeneró.

Pero, hace treinta años, la Asociación General de Ganaderos del Reino, de Madrid, nombró en Vich una Subcomisión para poner fin a tal estado de cosas. Es interesante por la gran labor realizada en ese aspecto recordar los tres nombres principales que la componían:

PRESIDENTE: Caballer de Vi-drá.

SECRETARIO. Don José Costa.

ASESOR TECNICO. Señor Corominas.

Empezaron por buscar cuantos garañones buenos se encontraban en la comarca, llenando una ficha para cada uno. Con ellas se formó el Libro Genealógico de la Subcomisión, con selección de individuos por medio de puntuación.

Se llegaron a reunir 96 fichas. La Asociación, además, compró los mejores ejemplares, destinándoles exclusivamente a las burras.

De este modo se empezó a notar pronto la mejora de la raza; mejora que, unida a las medidas preventivas del Estado actual a fin de que no salga de España ejemplar bueno alguno, va encaminada no sólo a perpetuar las dotes del garañón catalán, sino a solidificar y aumentar su eficacia.

¡DIGAME USTED, SEÑOR VETERINARIO!

Con el señor Corominas, asesor técnico de la Subcomisión y veterinario municipal:

—¿Cuántos años vive un garañón?

—Incluso, veinticinco.

—¿En qué edad se les puede considerar con todas sus facultades?

—El Estado ha fijado la de tres años.

—¿Qué hay acerca de la prohibición de exportar garañones españoles?

—Es absoluta para los que midan más de metro cuarenta de altura.

—¿Se considera ésta buena medida?

—Desde luego. Pero los que presentamos nosotros en los certámenes se acercan más al metro setenta que al cuarenta. No obstante, la altura debe guardar relación con la anchura de tórax y la de caña.

—¿Caña?

—O sea: tobillo

—Gracias. ¿A qué atribuye usted las cualidades de la raza catalana tipo Vich?

—Al medio ambiente: agua, aire, vientos, luz, frío, calor, de la comarca.

—El garañón, ¿se cría al aire libre?

—Antes de los tres años es recomendable el pastoreo, pero no después.

—¿Por qué?

—Por la excitabilidad que le caracteriza...



Garañón de raza catalana tipo Vich

RAZA CATALANA

E NTADO SANCHO PANZA

IC GENEALOGIA ASNAL

GANADEROS DEL GARAÑON DE RAZA

Los actuales ganaderos representantes del garañon de la raza que nos ocupa son: don Martín Salváns, don José Costa, don José Vila y otros de menor importancia. Aparte de ellos, y en lugar preeminente, debemos colocar al excelentísimo señor Guillermo de Pallejá, marqués de Monsolís, cuya labor en ese punto ha sido en todo momento intensísima. Hoy por hoy, aunque no tiene fichados sus garañones en los Libros Genealógicos de la Subcomisión de Vich, ha emprendido esta tarea particularmente, pero con el mismo sistema y escrupulosidad que caracterizan a la Subcomisión.

CIEN MIL PESETAS DE ANTES DE LA GUERRA POR UN GARAÑON

Don José Costa es un criador de garañones.

—¿Un cigarrillo?—ofrecemos.

Cuando va a tomarlo cambia de parecer. Ha resistido a la tentación ¡Qué hombre!

—Oiga, don José: ¿Se gana o pierde dinero en este asunto de la recría?

—Pasa lo que con las ganaderías de toros. Es algo vocacional. Una buena operación la recordamos siempre; y en cuanto a las pérdidas, pronto se nos olvidan.

—¿Cuál fué su mejor operación?

—Una que no llegué a realizar. Bastante antes de la guerra me



Estos pollinos de la ganadería catalana, exhibidos en la Feria Internacional del Campo, miden 1,70 de altura



ofrecieron por un garañon cerca de las 100.000 pesetas, que traducidas al valor de hoy representarían un millón.

—¿Pero esa cantidad es la normal?

—No. Aquel ejemplar era un prodigio, y el comprador lo necesitaba.

Puesto de garañones en cualquier feria. Es corriente el tipo del buen señor que, para adularle la honrilla al ganadero, le dice:

—Caramba, compadre, ¡qué asnos tan majos! Bien valdrán sus mil durazos...

J. FONT-ESPINA

GENEALOGIA DE LOS GARAÑONES

Como dato curioso insertamos la genealogía de los cuatro garañones de raza catalana-vigatana que concurrieron a la Feria Internacional del Campo en Madrid, según los Libros genealógicos de la Subcomisión:

L'HAREU	{ El Vigatá	{ El Puntual (98)	{ Veulaigua
	{ La Negra	{ La Pullida	{ l'Ermitana
LUCERO	{ El Vigatá	{ El Puntual (98)	{ Veulaigua
	{ Perla	{ Pulida	{ l'Ermitana
PUNTUAL (106)	{ Platero	{ Veulaigua	
	{ Pubilla	{ La Llarga	
CAP	{ Galán	{ Platero	{ La Llarga
	{ Esquirola	{ Pubilla	{ Veulaigua

LA PREPARACION PROFESIONAL EN LAS UNIVERSIDADES

EL FONDO IDEOLOGICO DE UNA LEGISLACION FRUSTRADA

Por W. G. OLIVEROS

LA reposición en la Prensa de esta interesante discusión en torno a la fase universitaria de la enseñanza profesional ha suscitado muchos recuerdos. Y no falta quien supone que traerlos a colación pudiera no ser enteramente inútil. No se sabe por qué se está devaluando, como si fuese floja o arqueológica, nada menos que aquella «etapa seminal» que fué la Dictadura. Ya, durante ella, este problema era inquietante. Despreciábase, a la sazón, unánimemente el tipo «napoleónico» de Universidad «proveedora de funcionarios» que nuestros mayores habían tratado de mimetizar. Pero ese supuesto era erróneo. Ya entonces nuestras Universidades no producían «profesionales». Quienes los formaban, en realidad, eran las Academias particulares de preparación. De las Universidades para aprender se había pasado, a lo largo del siglo anterior, a las Universidades para «aprobar». Y al antiguo renombre de los Licenciados «por» Salamanca, Alcalá o Valladolid, había sucedido el de Notario, Registrador (o cualquier otro título profesional de los de «oposición») «por» esta o la otra de las Academias más prestigiosas, entre las particulares y muy respetables de preparación para oposiciones, con sus «contestaciones» o «apuntes» respectivos. Resultaba así experimentalmente comprobada la frustración del designio de nuestros predecesores del siglo XIX, si tuvieron tan sólo ese de fabricar funcionarios profesionales, al copiar exclusivamente —y bastante mal, por cierto— el modelo francés.

Abríose, pues, debate a las profusas, y a veces difusas y confusas, divagaciones a que el tema se presta. Pero urgía más el problema práctico que la cuestión teórica, a quienes debíamos atenernos al tratamiento «político» del asunto. Un tratamiento obligadamente «realista» bien auspiciado por la convicción de que a la realidad no se la puede «dominar» nisi parendo (como de la Naturaleza dijera Bacon), esto es, obediéndola, en el sentido de partir de ella, tal cual fuese rebus et factis.

La situación real (si se quiere, empírica), era esta: el estudiante universitario español (sin olvidar a su familia tras él), necesitaba de cuatro a siete años en la Universidad, y después, ya fuera de la Universidad, otros dos años —como promedio— para aprender las contestaciones a un programa de oposición, dentro o fuera de una Academia particular. A tal situación, no era menester «alaballa».

El tratamiento, también obligado, empírico, quedaba preconizado: instalar Academias de preparación profesional dentro de las Universidades y durante el período de Licenciatura. Academias vespertinas, «con carácter voluntario», al menos para los alumnos de los dos últimos años de carrera, ya que, a esa altura, todos se hallan en condiciones de «aprenderse» —con el mismo modo útilmente «adquisitivo» que en cualquier Academia particular— esas «contestaciones» o «apuntes» que valen para ganar oposiciones. La colaboración magistral de «profesionales en activo» pertenecientes a los distintos escalafones del servicio estatal para garantizar la «tónica» y el adiestramiento práctico, completaría el cuadro de ventajas resumible así: ahorro de tiempo y de dinero, unificación posible de la preparación teórica para «salidas» diversas, discriminación «a tiempo» de capacidades y vocaciones, y acrecentamiento —proporcional al mayor bagaje del interés con que los alumnos, trabajando ya en serio dentro de la Universidad para ganarse la vida, acudirían a las aulas con indudable elevación del nivel propiamente universitario.

En suma, el propósito era conseguir que el mayor tanto por ciento posible de alumnos se hallase en condiciones de «opositar» desde el día siguiente al de su Licenciatura, por decirlo así. Prentensión nada ilusoria tratándose de alumnos españoles decididos a trabajar.

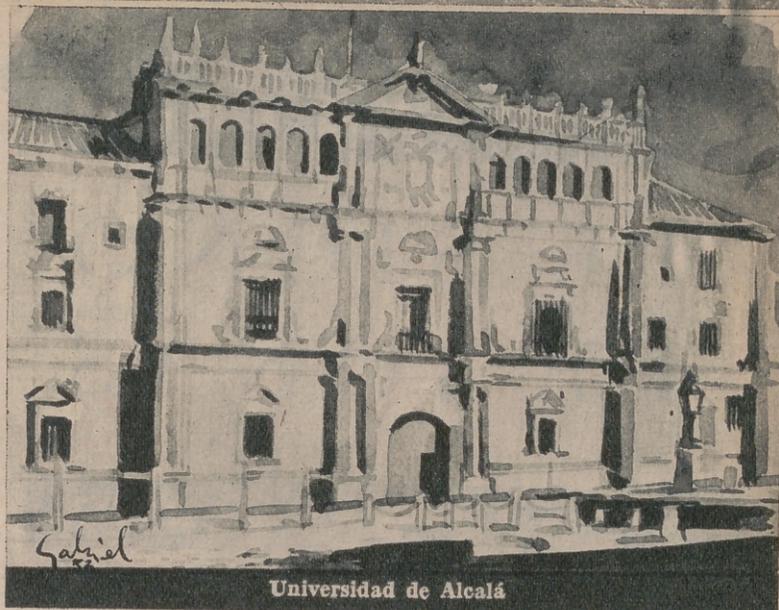
Contra cualquier reparo, de los muchos y contradictorios que suscitaba entonces el apasionado errotismo «político», podíase redargüir aduciendo consideraciones

metódicas y un claro designio ulterior, todo ello sin salirse del ángulo «realista» del planteamiento. Nuestra seudofalsilla «napoleónica» servía, en efecto, lo mismo que otra cualquiera (lo importante entonces era tener una) para comienzo atractivo de la reorganización, para amorger l'affaire, como dicen los franceses. Pues esa «copia», con ser vieja y mala, era de hecho el único punto de partida, y aun el más prudente para emprender la progresión, por una doble causa: su atavismo (con las creadas «inercias» endiabladamente renuentes a toda mutación), y su aptitud «práctica» —aunque parezca paradójico— para asegurar, precisamente, la completa franquicia, a la sazón ya lograda por bastantes, del trasnochado modo de pensar «exclusivamente a la francesa». Mientras la Universidad no recuperase, ante los criterios de valoración y estimación «públicas» entonces usuales, el prestigio de «servir para algo» y aun para «mucho», no se crearía el clima absolutamente indispensable para instaurar con «social eficiencia» un tipo autónomo de Universidad, paragonable con cualquiera de las mejores de fuera. Y ello apremiaba, ya entonces, atrozmente. Después, nada sería más fácil que reducir el ingrediente gálico de nuestra cultura a su debida dosificación, sin menospreciarlo; y, ello logrado, la primera consecuencia indeliberada e incontestable, tenía que ser la «rehispanización» de nuestra cultura dentro de su más completa modernidad.

Es Ortega quien ha señalado agudamente, como mérito singular de Ganivet y Unamuno, el de haber sido, a finales del siglo XIX, los precursores del «no conformismo» ante el exclusivo y excluyente encorsetamiento cultural «a la francesa». Ello bastó para que se «reespañolizasen» ambos y ganasen agrídule prestancia de españoles enterizos, en el sentido «patriótico», no renegados ni claudicantes, entre los de su bandería. A sabiendas o no, creo que reaccionaron bravamente contra los efectos del anquilosante y anestésico «classicisme» dos siglos antes traídos de ultrapuertos, inadvertidos de ser nuevos heraldos de la antigua y peculiar superación española del humanismo galotático. Superación, a mi parecer, explícitamente procurada por Francisco de Vitoria con su clara conciencia del advenimiento de una nueva Edad (la Moderna) —suscitada por el «hecho americano»; superación anunciada también al mundo por los mensajeros y discípulos del genial Maestro: Domingo de Soto (el pulcro estilista, anunciador del cambio del sistema politológico de la Cristiandad) y Melchor Cano (una de las «cabezas claras» españoles de todos los tiempos, con sus tempestiva revisión crítica del Medio y el Humanismo). América nació, pues «transhumanista» para su bien, porque la Madre España habíase tenido que situar allende el Humanismo para poder formarla. Medio siglo más, y esa actitud «transhumanista» (no «antihu-

manista»), triunfadora sobre los recalcitrantes de dentro y de fuera, impondría sobre toda Europa (incluso la protestante y especialmente los pueblos en que el humanismo era adventicio, como los germánicos y anglosajón), una forma total de vida enteramente innovada, y, con toda exactitud, «vanguardista» entonces por el mundo. Señalemos, entre las explicitaciones españolas de la integración «transhumanista», el inequívoco alzamiento de Lope de Vega, que puso en vilo a la Universidad de Alcalá; el portentoso teatro «popular» de nuestra Edad de Oro; la mística teología iletrada, reafirmante de la «responsabilidad personal»; la novela picaresca; el primer tratado escrito en el mundo acerca de «los derechos del hombre sobre sí mismo», obra del olvidado juriscónsul toledano Baltasar Gómez de Amescua; la grandiosa y perenne síntesis de Suárez. Todo eso y tantas otras creaciones originales que el lector añade, eran desbordamientos del humanismo propiamente dicho; eran ángulos de consideración emplazados «plus ultra» del humanismo arcaizante; eran vaticinios de nuestra contemporaneidad misma; eran, en una palabra, «transhumanismos». Pero ni Unamuno (que, siendo «kirkegaardiano», parece increíble que no advirtiese en Francia a la nación que se la reservado la producción de anticlericales de rebotica, mientras otras han producido los auténticos herejes), ni Ganivet, ni después Ramiro de Maeztu, ni últimamente el propio Ortega, dieron —entre las múltiples vías que de la posición transhumanista pueden parfir— en las aberraciones de un nuevo «romanticismo», o de un Sturm und Drang de nuevo cuño. Hay, pues, un «dinaje» de oriundez humanística en el «transhumanismo» inventado por España.

Retornando a mon gibier —como decía Montaigne— añadiré que en tiempo de la Dictadura cumplía su primer cuarto de siglo la universal y estricta revi-



Universidad de Alcalá

sión científica de —y contra— los tópicos magnilocuentes de Michelet en torno al «Renacimiento», dominantes sin contradicción alguna en el mundo desde casi los sesenta años anteriores a 1912, y extraordinariamente dañinos en nuestra pobre España por el delirante, avieso e insolvente «confusionismo» que trajeron. Ya había surgido la que debía ser arrolladora «rebelión de los medievalistas» auropeos, inesperadamente estimulada por muy importantes escritores yanquis. Sabíamos, pues, a qué atenernos, y cuántos y cuáles eran nuestros motivos de «esperar» alguna próxima y enorme coyuntura de rehabilitación. Diré de pasada, que esta circunstancia universal apenas ha sido ni mencionada entre las motivaciones del Alzamiento, y, no obstante, téngola por intuitivamente presente entonces, y, por tanto, estimable como fundamental.

Veinticinco años más tarde, ya en nuestra postguerra civil, la colosal repulsa está alcanzando sus últimas incommovibles conclusiones, y, por tales causas, amén de

otras razones positivas, mi primera y modesta hipótesis —para «andar por clases», quiero decir, aún no madurada para la letra de molde— de lo que llamo «transhumanismo», se ha convertido en tesis, en mi opinión día por día corroborada.

Seguros, pues, de que las Academias «intrauniversitarias» eran, por lo menos ideológicamente inocuas, la difusión de su noticia encontró, además, excelente acogimiento; pero como, tal vez por eso mismo la «oposición política» se inquietaba, convino ladear las solemnidades formales de la Legislación (aun contando, como siempre, con el entusiasta beneplácito del Rey Don Alfonso XIII) y acogerse a un subterfugio. Estrenaban entonces las Universidades su rescatada personalidad jurídica, su capital propio, daban sus primeros pasos en el uso de su libertad funcional. Una libertad que, por ser todavía vacant liberty —diría Santayana— necesitaba de orientación, estímulo, pauta. Y bien: como artículos en el «modelo» de presupuestos universitarios, y al lado de gastos fundamentales (los de restablecimiento de los Colegios Mayores), ordenábase consignar fondos, entre otras atenciones, para la instalación de las Academias susodichas.

Todo fué inútil, o inutilizado, como se sabe. Fueron semillas adrede sembradas a voleo en la tormenta. No pocas han brotado y fructificado ahora vigorosamente, como era de esperar. Si esta simiente a que nos referimos conserva virtualidad germinal, si aún perdura la tempestividad necesaria para su posible arraigo, la inteligente rectoría de la alta cultura nacional en el presente sabrá mejor discernirlo.

Wenceslao González Oliveros es presidente del Consejo Nacional de Educación, catedrático de Filosofía del Derecho en la Universidad Central, miembro fundador del Instituto Internacional Jurídico y Sociológico, académico de Jurisprudencia y electo de Ciencias Morales y políticas.



Universidad de Salamanca

**EL LIBRO QUE ES
MENEJTER LEER**

EL SIGNO DE JONÁS

Diario de THOMAS MERTON

PRIMERA PARTE

Profesión solemne

De diciembre de 1946
a diciembre de 1947

EMPECE este Diario cuando llevaba cinco años en el monasterio, o sea cuando estaba a punto de terminar los votos sencillos y me preparaba para los votos solemnes.

En aquella época Dom Frederic, que era el abad, quería que escribiese yo bastantes libros. Quizá esto me contrariase menos de lo que yo creía.

En diciembre de 1946 recibí noticias de un editor neoyorkino de que uno de los libros había sido aceptado. Se llamaba «La montaña de los siete círculos», y era una autobiografía.

Durante todo este tiempo estudié teología y fui clérigo de Ordenes menores. Fui ordenado exorcista en la fiesta de San Miguel y Todos los Angeles en 1946, y me parecía que no llegaría al sacerdocio en cien años.

Seguí afanado en escribir un libro llamado «Las aguas del Siloé», en el que declaro solemnemente cómo se supone que deben actuar los frailes que

desean ser frailes. Empezó a darme cuenta ahora de lo impertinente que era esto.

Nada hay que impida a un monje orar cuando escribe un libro. No hice este descubrimiento hasta que, finalmente, me resigné a ser escritor, y me encontré con que la tarea tenía una gran compensación: me traía soledad. En 1946 y 1947 no tenía yo una habitación para escribir solo, ni tampoco para rezar mientras estaba escribiendo. La habitación donde trabajaba era compartida por un canonista que se las entendía con algún problema complicado de Derecho. Era mi profesor de teología y luego fué mi confesor. También fué uno de los censores que tuvieron que cargar con las páginas que con toda regularidad salían de mi máquina en aquellos días inocentes.

Entre otras cosas, tuve que servir de secretario al abad general de la Orden cuando vino a Getsemani en visita oficial. Durante el año tuve el puesto de ayudante cantor, que suena a mucho más de lo que es, y durante el verano leía libros en voz alta en el comedor a los visitantes que venían para pasar retiros de fin de semana en el monasterio.

«El signo de Jonás» describe la vida diaria de un fraile, escritor extraordinariamente dotado. Es un relato apasionante y una profunda fuente de refrigerio espiritual. El autor, Thomas Merton, ahora el padre Luis de la abadía cisterciense de Getsemani, describe seis años de una vida que rara vez puede contemplarse así desde dentro; de una vida feliz, pero no siempre fácil; serena, pero no exenta de cargas.

Esta obra—como las anteriores del mismo autor que han alcanzado las tiradas mayores de los Estados Unidos—nos presenta una Norteamérica totalmente diferente de la que, por ejemplo, nos suele mostrar el cine: un pueblo optimista que reza el rosario en familia, que trabaja y glorifica a Dios, donde hay una minoría católica vigorosa en trance de crecimiento desbordante.

El Diario que presentamos hoy a nuestros lectores está formado por pensamientos sueltos de sublime elevación, imposibles de resumir porque la sencillez y la perfección poética hacen que su forma sea también fonda. Por eso nos hemos limitado a extractar el resumen que hace el propio autor de los acontecimientos que comprenden cada capítulo, y a dar luego, a continuación de cada uno de ellos y como muestra de lo que es el Diario, la traducción de unas líneas correspondientes a un solo día.

Merton, Thomas: «The Sign of Jonas».—New York. Harcourt. Brace and Company. 1953, 352 págs.

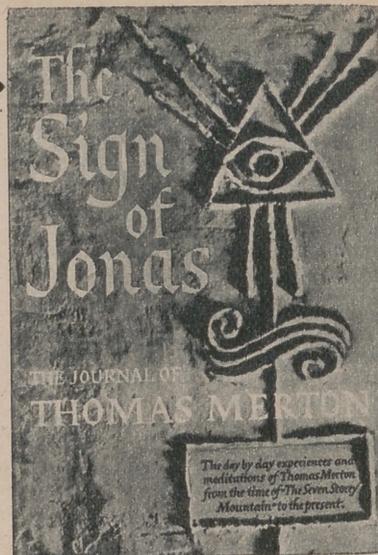
fuese un resto de otro tiempo. Creo que esta suposición se basa en una implícita confesión de ateísmo; como si Dios no fuese de todos los tiempos y como si la religión no fuese más que una formalidad social necesaria y agradable, conservada desde los tiempos pasados para dar a nuestra sociedad un aire de respetabilidad.

PARTE SEGUNDA

La muerte de un abad

Fué un año de transición. La publicación de *La montaña de los siete círculos*, a finales del verano, produjo un cambio total en mi vida.

La razón de que ni siquiera comprenda lo que significa para un oscuro trapense convertirse en «un autor», es que casi nunca ha ocurrido semejante cosa. Es cierto que le había ocurrido a uno de los otros padres del monasterio, pero de manera muy diferente. De todas formas, no estamos en comunicación uno con otro. Cuando un hombre



28 de diciembre.—Fiesta de los Santos Inocentes

Los cistercienses del siglo XII lograron una arquitectura perfecta no porque buscaron una nueva técnica, sino porque buscaban a Dios.

Nosotros no podemos hacer otro tanto, porque queremos construir con arreglo al estilo de una época pasada y a las reglas de una tradición muerta. Un estilo muerto está muerto porque dejaron de existir los motivos y circunstancias que le dieron vida. Una nueva situación requiere otro estilo. Si intentamos amar a Dios en vez de intentar hacer un templo gótico con un pequeño presupuesto, haremos algo que glorifique a Dios y que será muy sencillo. Y así seguiremos dentro de la tradición de nuestros padres.

Uno de los grandes problemas de los nuestros tiempos consiste en que durante ciento cincuenta años los hombres han construido las iglesias como si no perteneciesen a nuestra época. Había que construir una iglesia como si

se convierte en «un autor» en el mundo exterior, se adapta cómodamente a la situación imitando a los otros autores a los que encuentra en sus reuniones. Un autor en un monasterio trapense es como un pato en un corral de gallinas. Daría cualquier cosa por ser una gallina en lugar de un pato.

Creo realmente que Dom Frederic estaba más interesado que yo por *La montaña de los siete círculos*. Le alegraba que un libro pudiera encontrar el medio de convencer a los hombres de la realidad del amor de Dios hacia nosotros. Con el ardor de su propia caridad parecía sentir, de una forma que yo no sentía, algo de los efectos que podría producir el libro. Y se sentía feliz porque precisamente era por eso por lo que me había hecho escribir libros.

Unos días más tarde me dijo que siguiera escribiendo libros, que amase a Dios, que fuera hombre de oración y de humildad, un fraile, un contemplativo y que ayudara a los otros hombres a penetrar en el misterio del amor de Dios. Fué la última vez que hablé con él y que le vi vivo, porque murió aquella noche.

Dom Gabriel Sortais, que era vicario general de la Orden, llegó a tiempo para el funeral de Dom Frederic y presidió la elección del nuevo abad, Dom James Fox, que tomó posesión inmediatamente.

Los días que pasó Dom Gabriel en Getsemani, en agosto de 1948, fueron ajetreados y llenos de acontecimientos para mí. Tenía que hacer de intérprete y de secretario suyo. No habla inglés. A causa de esto salí del monasterio por vez primera en siete años y le acompañé a Louisville. Atravesé la ciudad, dándome cuenta por primera vez en mi vida de lo buenas que son todas las personas del mundo y de cuánto valor tienen a los ojos de Dios. Después volví a mi pacífica rutina de la vida monástica, y el otoño descendió sobre Getsemani. Vino el frío del invierno. Dom James, nuestro nuevo abad, marchó al Capítulo General, y todos nos preguntábamos qué clase de nuevo abad sería.

6 de mayo.—Día de la Ascensión

El padre Macario y yo salimos a bendecir los campos, empezando por el trigo y la avena. En el prado bendijimos a algunas terneras que vinieron corriendo y se tomaron un interés muy vivo por todo. Luego bendijimos a los cerdos, que mostraron algún interés al principio. Los corderos no se preocuparon lo más mínimo y los pollos salieron corriendo en cuanto nos acercamos. Los conejos permanecieron quietos hasta que los echamos agua bendita. Entonces, todos dieron un salto.

PARTE TERCERA

Ordenes mayores

En estos siete meses mi vida empezó a cambiar mucho más de lo que yo mismo creía. Mi mente estaba ocupada con los últimos y más importantes pasos en mi progreso hacia el sacerdocio. Cubría laboriosamente cincuenta páginas a máquina, y luego las rompía para empezar de nuevo. Estos fueron mis primeros intentos con la teología. Indudablemente necesitaba conocer mis propias limitaciones, puesto que ni siquiera había terminado de estudiar el dogma. Cuando el fruto de todos estos trabajos se convirtió, finalmente, en un libro, bastante fácil y rápidamente, dos años más tarde, se le llamó *La ascensión a la verdad*. Todavía no sé si el resultado fué lo que yo quería. Desde luego no fué lo que había proyectado en 1949, cuando soñaba con una gran síntesis de la vida interior sacada de la Escritura y de los padres de la Iglesia.

Me avergonzaba ser famoso. Tenía que descubrir que en los planes de la Divina Providencia incluso la publicidad puede nutrir la humildad. Esta no debe ser amada ni odiada por sí misma, sino simplemente aceptada con indiferencia, de la mano de Dios; que su voluntad se haga.

Cuando fui ordenado diácono se produjo en mí una profunda reacción espiritual contra todo esto. Decidí dejar de intentar ser poeta. Ante todo, me daba cuenta de que realmente nunca había sido un buen poeta. Era un movimiento hacia mi integridad. Si no podía escribir bien, dejaría de gastar palabras, tiempo, papel, y me libraría de una inútil interferencia en mi vida de oración. Desde



Thomas Merton da a conocer en su libro una América nueva, de pujante catolicidad, de profunda vida interior y sublime belleza franciscana que ha hecho crecer de manera extraordinaria—americana también—las instituciones trapense en el país



La llamada de la abadía de Getsemani a la oración, al silencio, a la soledad con Dios ha sido escuchada por miles de americanos

aquel día, con el fin de abandonar el elemento de orgullo que pudiera haberse insinuado en esta resolución, he escrito versos cuando he pensado que la caridad lo pedía o lo permitía; por ejemplo, unas líneas a Santa Inés, que nunca llegaron a terminarse como poema y que son una simple expresión de mi devoción personal por ella. He escrito otros dos poemas en ocasiones que requerían alguna expresión de afecto personal y gratitud. Escribir así, según mi vocabulario, no es intentar ser «poeta».

17 de octubre.—Vigésimosegundo después de Pentecostés

Se va aproximando el fin del mundo..., al menos en la liturgia. (*Si iniquitatis observaveris...*) San Hilario, en el Oficio Nocturno, dice que el

mejor medio de afrontar el problema de dar al César lo que es del César consiste en no tener absolutamente ninguna de las cosas que son del César para que éste nada pueda reclamarte.

PARTE CUARTA

Al altar de Dios

Lo más perfecto de cada uno es lo que no se puede reducir a una fórmula común, lo que es sólo nuestro y de Dios. Es la vida que ha sido planeada en nosotros por Dios.

Mi ordenación sacerdotal es el gran secreto para el que había nacido. Cuando llegué, finalmente, a la vista de este perfecto encuentro con la inexcrutable voluntad de Dios, mi vocación se hizo clara. Era una merced y un secreto tan puramente mío que al principio tenía intención de no hablar de esto a nadie. Pero la ordenación me hacía pertenecer no sólo a Dios, sino a todos los hombres. Tuve, pues, que hablar de lo que pasaba en mi corazón a algunos amigos.

Lo más grande de una ordenación sacerdotal es lo más corriente. Por eso es el más sencillo de los Sacramentos. El obispo, sin decir nada, pone las manos sobre la cabeza del que se ordena. Luego pronuncia una oración, y el nuevo sacerdote recibe la gracia del carácter indeleble del sacerdocio. Se identifica con el Más Alto Sacerdote, con el Verbo Encarnado: Jesucristo. Es sacerdote para siempre.

Después de mi primera misa, comprendí perfectamente que nada hay importante más que amar a Dios y servirle con sencillez y alegría. Ya no vivo yo. Es Cristo quien vive en mí. ¿Hay cosa más fácil que dejarle a El hacer y amar al que te ama?

10 de junio.—Viernes de Témperas

El centro de gravedad de mi vida espiritual se ha trasladado de la media hora, en que me arrodillaba ante Nuestra Señora de las Victorias, a los diez o quince minutos en el Cuerpo y la Sangre de Cristo están en el altar ante mí, y yo estoy de pie esbozando con las manos ese pequeño gesto contenido de súplica con que hemos llegado a sustituir el de los brazos extendidos de los «orantes».

Parece que lo mejor es, en la misa, cierta contención de nuestra liturgia. Todo el sacrificio es tan tremendo, que ninguna exuberancia le podrá hacer a uno expresarlo. Inclínarse inadvertidamente y besar el altar en el *Supplices te rogamus* es un movimiento que me enajena y duplica mi paz. Decir el *Pater noster* es como nadar en el corazón del sol.

PARTE QUINTA

La ballena y la hiedra

La ordenación no es más que el principio de un viaje, no su fin. Un sacerdote joven en ministerio activo tiene ante sí una tarea dura. El camino puede ser penoso, pero al menos es claro. El sacerdote tiene que purificarse con el fuego. El contemplativo, generalmente, no tiene ministerio. El fuego en que tiene que abrasarse es el de Dios, en la soledad. Vive su misa en un nivel demasiado profundo para el análisis consciente. Al acabarse el verano empezó a manifestarse en el fondo de mi alma algo que no sabía lo que era y que me llenaba de terror. Se me hizo imposible el escribir. En abril de 1950, finalmente, abandoné el Diario.

Sin embargo, en lo más profundo de la desintegración de mi espíritu, en diciembre de 1950, volví a encontrar nuevos recursos morales, una paz y una felicidad que nunca había conocido antes. En este Diario he descrito la paz y no el terror, y creo que he hecho bien, porque la paz fué en aumento y el terror se desvaneció. La paz era real y el terror era una ilusión.

1 de septiembre

A veces creo que me gustaría dejar de escribir. En todo caso, espero dejar de publicar durante

algún tiempo, porque creo que ya me resultaría imposible dejar de escribir. Quizá siga escribiendo en mi lecho de muerte y es posible que hasta me lleve algo de papel de amianto para seguir escribiendo en el purgatorio. Excepto que tengo la esperanza de que Nuestra Señora se las arreglará para tener una milagrosa victoria sobre mis pecados y me hará innecesario el purgatorio.

PARTE SEXTA

El signo de Jonás

La última parte de este Diario cubre un período más largo que las otras, período en el que me ocurrieron más cosas y tuve menos tiempo para escribir. La paz y la soledad que había encontrado en el invierno de 1950 arraigaron y se ampliaron sin medida. Continúan haciéndolo sin más explicación, porque no necesitan explicación.

En septiembre de 1950 fui enviado al hospital de Louisville, de donde regresé en octubre con orden de descansar. En noviembre volví al hospital para someterme a tratamiento. Al regresar en diciembre, con mejor salud, desapareció de pronto mi imoptencia como escritor, y en tres meses terminé *La Ascensión a la Verdad*, que había tratado inútilmente de empezar durante dos años.

En mayo de 1951 me nombraron padre maestro de los estudiantes de Getsemani. Tenía que ser su director espiritual y darles conferencias sobre la vida interior, vigilarles y prepararles para los votos solemnes y para la ordenación.

Al mes siguiente, en junio, fui a Louisville para convertirme en ciudadano americano.

Junio 23

Ayer por la mañana tuve que ir a Louisville para convertirme en ciudadano americano... Los tres grandes sillones que había tras la mesa del juez no me dejaron pensar que toda autoridad viene de Dios. Eso lo pensé luego, cuando ya estaba de regreso...

El jueves por la tarde, después de la cena, estaba sentado en el pequeño prado situado al norte de la viña, mirando el sol poniente, y me parecía que toda el fuego triunfal del paisaje era como una celebración anticipada, porque en veinticuatro horas habría un cierto sentido en el que podría definitivamente hablar de todo esto como de «mi país». Era algo extraño pensar que estaba descubriendo de pronto América en 1951, cuando se suponía que había sido descubierta para mí por Cristóbal Colón en 1492. ¡Y pensar que había vivido todo este tiempo en Kentucky sin haber puesto nunca en tela de juicio el hecho de que yo pertenecía a ese sitio y ese sitio me pertenecía a mí! Quizá esto pruebe solamente que, después de todo, no son los papeles los que hacen a un hombre ciudadano de ningún país, de la tierra o del cielo.

EEPILOGO

Vigilante contra el fuego

... Hay mayor consuelo en la sustancia del silencio que en la respuesta a una pregunta. La eternidad está en el presente. La eternidad está en la palma de la mano. La eternidad es una semilla de fuego cuyas raíces rompen las barreras que impiden a mi corazón ser un abismo... No hay una hoja que no esté a Tu cuidado. No hay grito que no sea oído por Ti antes de ser pronunciado. No hay agua en las fisuras de la tierra que no haya sido escondida por Ti. No hay fuente oculta que no hayas ocultado Tú. No hay cañada para una casa solitaria que no haya sido puesta por Ti para esa casa solitaria. No hay hombre para ese acre de bosque que no haya sido hecho por Ti para ese acre de bosque...

... Hay gotas de rocío que parecen zafiros en la hierba tan pronto como aparece el gran sol, y deja una vibración tras el vuelo silencioso de una paloma que escapa.



“CON LA VIDA HICIERON FUEGO”

O UNA DE CAL Y OTRA DE ARENA

CASARIEGO vive en la calle de la Magdalena, número 17, en una casa de historia turbia y romántica. Fué convento purgativo de una de las amantes de Felipe IV, cuartel de Milicias, residencia de un banquero galdosiano y patillado, cenáculo de los poetas románticos y sede de Patricio de la Escosura y Núñez de Arce. En esta casa de techos altísimos—lo menos de cinco a seis metros—se efectuó todo el protocolo del traslado de los restos de Larra, y allí Emilio Carre-re se quedaba vagando por los salones hasta las tantas de la madrugada, esperando la aparición del fantasma de la monja.

La atmósfera de la casa es algo lúgubre, aunque solemne. De vez en cuando maulla descon-tado un gato negro y vuela asustado un murciélago. Cuelgan los cuadros como ahorcados de unos cordones penitenciarios. La mansión tiene, ciertamente, un aire señorial, de gran fortuna en la cuesta abajo de la ruina. Se huele aquí a espada enmohecida y a Código penal.

Menos mal que Casariego, con su empaque de político desterrado, nos espera con un café, «café», y unas copas de coñac. «coñac», encima de un caprichoso velador.

COMIENZA EL TRIO

Castillo.—¿Cuánto paga—si no es indiscreción—de alquiler?

Casariego.—Setecientas pesetas. (Uriarte y Sorian.)

Soria.—Se ve que la literatura produce.

Casariego.—La literatura no da ni para un entierro de segunda; hay que trabajar como un galeote de la pluma para tomar café, «café», y coñac, «coñac».

Uriarte.—Así se explica que usted no vaya mucho por el Gijón.

Casariego.—A mí, el Gijón me aburre; todos esos señores que se creen el ombligo del mundo creo que están muy despistados. No conocen de verdad la realidad de los pueblos y de España, de lo que es ideal y lo que es trabajo.

Castillo.—Se explica que viva un poco con la mirada atenta al pasado.

Casariego.—El pasado es maestro todavía; cualquier reedición de las novelas de entonces supera a la de los contemporáneos.

Castillo.—¿Quiere decirnos sus autores preferidos?

Casariego.—Galdós, Pardo Bazán, Valdés, Baroja, Bartolomé Soler, Ledesma Miranda. Esta serie de novelistas está muy por encima de los siguientes. (Azorín, Unamuno y Miró para mí no son novelistas.)

Jesús E. Casariego dice que los intelectuales dan mal juego y que no existe la crítica. La poesía actual es para salir del paso y todavía no se ha superado en novela a los maestros del XIX

VALE MUY POCO UN CASERON CON FANTASMAS



Soria.—¿Y Dolores Medio?

Casariego.—Tiene dotes de novelista, pero le falta mucho oficio. Respecto de Oviedo no tiene una visión objetiva. Se observan en ella muchas influencias extrañas.

Castillo.—Concretamente...

Casariego.—Norteamericanas... y de costumbristas españoles también.

Uriarte.—Entre los actuales, ¿cuáles son los santos de su devoción?

Casariego.—Entre los actuales no los tengo.

Soria.—En su novela, ¿Ferrera es Luarca?

Casariego.—Lo es y no lo es. He querido tratar la geografía como símbolo. Limitarme a Luarca hubiera sido perder libertad para el mito. Tampoco sería justo identificarme en mi personaje. Mis personajes son independientes, son muñecos, que unas veces me sirvieron para expresar mis opiniones y otras la de mis vecinos.

Castillo.—Hable de la generación del 36.

Casariego.—Le falta todavía observación y experiencia; hasta pasados los cuarenta años nadie es novelista hecho.

Castillo.—¿Y Carmen Laforet?

Casariego.—No me gusta.

Uriarte.—¿Y Zuzunegui?

Casariego.—Su flota no pasa de ser de cabotaje; en la actualidad carecemos de literatura de argonautas.

Soria.—¿Y Buero Vallejo?

Casariego.—No me interesa.

Soria.—¿Y Sastre?

Casariego.—Me interesa algo más; pero todo el teatro actual vive de Arniches o del extranjero.

Castillo.—La literatura, según usted, está en franca crisis.

Casariego.—Por supuesto, estamos en época de transición e inestabilidad, de afición por la ciencia física y química y todo lo técnico. Las mejores cabezas se dedican a estos estudios.

UN PARENTESIS OPORTUNO

En este momento entra un personaje extraño en la tertulia. Es

el psiquiatra doctor Camino, que dicen que fué el primero que utilizó la hipnosis como medio terapéutico, organizando un verdadero cisco en los medios científicos y profesionales. Desde luego, si uno tuviera un poco de poder magnético de ése hipnotizaría al doctor Camino. Seguro que todo lo que nos descubriera sería muy chocante.

Desde luego, la entrada del doctor Camino estuvo oportunísima porque nosotros tres, como tres fieras, nos tiramos a vaciar las copas. Casariego las volvió a llenar.

Uriarte.—También en su libro da a entender que desconfía de la crítica.

Casariego.—Al público en España le tiene sin cuidado la crítica; el público descubre poco a poco sus autores. Hay en la crítica un exceso de patronazgos y antipatías. En Francia la crítica está mucho mejor.

Soria.—¿Quiere decirnos dos poetas de su preferencia?

Casariego.—García Nieto y Agustín de Foxá. Federico de Urrutia tiene romances de guerra muy buenos.

Castillo.—Y García Lorca, ¿qué le parece?

Casariego.—García Lorca no tiene nada original; muchos de sus romances figuraban ya con las mismas imágenes poéticas, y hasta frases enteras, en el romancero tradicional asturiano.

Soria.—¿Dos autores que lea siempre con gusto...?

Casariego.—Cervantes y Alfonso X, sobre todo, en «Las partidas».

Uriarte.—Dicen que en su novela hay cosas de novela rosa...

Casariego.—Las hay; pero también algún general que otro que suelta tacos, y hay picaresca y realismo...

Castillo.—¿Qué piensa de la censura?

Casariego.—En todos los países del mundo, aun en los llamados democráticos, existe la censura. Admito una censura al servicio de grandes dogmas, o grandes principios, o grandes realidades sociales; pero creo también que la crítica es necesaria y debe existir. Hay, pues, que compaginar inteligentemente, con sagacidad, gracia y equilibrio, el mínimo necesario de censura con el máximo necesario de crítica.

Soria.—¿Hacia usted los editoriales de «La Nación» hasta que fué incendiado el periódico en 1936?

Casariego.—Los dirigía expresamente el propio Delgado Barreto; pero algunos me los encomendaba a mí. Yo hacía principalmente la crónica parlamentaria.

Castillo.—¿Qué impresión le produjo José Antonio?

Casariego.—Era un hombre superior, tenía calidad de tipo excepcional.

Soria.—¿Es cierto que estuvo usted en el teatro de la Comedia?

Casariego.—Yo era una especie de enlace entre la Juventud Tradicionalista y la Falange. Yo era vicepresidente de los tradicionalistas y estuve en el escenario...

Castillo.—¿Y Prieto?

Casariego.—Prieto era un demagogo, un burgués bien acomodado, inteligente y marrullero.

Castillo.—¿Y Gil Robles?

Casariego.—Me causa la impresión de un chico listo de los Liseses que adolecía de una terrible sinuosidad sacristanesca de paños calientes. También es verdad que era hombre culto y sabía mucho Derecho Político.

Uriarte.—¿Y Azaña?

Casariego.—Azaña era el espíritu más fino y agudo de todos los republicanos; pero adolecía del defecto de todos los hombres de la República: estaba totalmente desligado de la realidad de España, imbuido de prejuicios libresco y ateneístas.

Castillo.—¿Y Ortega y Gasset?

Casariego.—Era un teorizante. A mí me dió la impresión de hombre arrepentido, hombre sensato que se dió cuenta de lo ineficaz que había resultado todo su programa cultural.

Castillo.—¿Y Alfonso XIII?

Casariego.—Ya conoce mi inclinación tradicionalista; por lo tanto, yo siempre tuve que ver en él, aunque era pequeño y no le conocí personalmente, al representante de la dinastía autora y cómplice de la revolución liberal.

¡QUE SED, DIOS MIO!

Realmente, no es fácil atosigar a Casariego. Con los ojos entornados, mirando al techo como si impetrara la inspiración de un numen familiar, va abriendo la espita de una torrentera inagotable. Casariego tiene pinta de lo que es: un marino soñador que en sus temporadas de tierra sueña y evoca, dormita y perora. Su retórica es la de un cachalote majestuoso que se pasea por los océanos lanzando espumas. Tiene también algo de preboste de alcurnia en entredicho. Aprovechamos un silencio para levantarnos los tres derechamente hacia la botella de coñac. Y beber agua.

Soria.—¿Quiere que volvamos al examen de la República?

Casariego.—Volvamos. Yo creo que muchos de los republicanos eran ingenuos y hasta tipos de buena voluntad, que estaban operando con cosas muy reales, pero con mentalidad libresco. Lo mismo que niños traviesos que se ponen a hacer experimentos de química con una serie de reactivos peligrosos. Un día se encontraron con que la fórmula les había estallado sin saber cómo ni por qué, y sin que saliese además lo que ellos habían pretendido.

Uriarte.—Pero será mejor que nos hable de los políticos de Europa y América que usted ha conocido y tratado.

Casariego.—Bueno.

Soria.—Perón.

Casariego.—Perón, a mi juicio, no tiene nada de demagogo. El peronismo sobrevivirá incluso a la desaparición del propio Perón, y ¡ay de las masas argentinas si llegan a caer en manos de un demagogo rojo!

Castillo.—¿Y doña Eva (que en paz descanse)?

Casariego.—A doña Eva podrían habérsela ganado ciertas minorías con una taza de té y

una sonrisa; pero le hicieron un cerco feroz, a pesar de sus grandes cualidades. La reacción de ella es muy femenina; fué una natural rebeldía.

Uriarte.—¿Usted es germanófilo?

Casariego.—Absolutamente. Creo que se la ha tratado injustamente.

Soria.—¿Qué nos dice de Hitler?

Casariego.—Allí lo tiene.

Uriarte.—¿Y Mussolini?

Casariego.—Mírelo.

Castillo.—Por lo visto, para usted no han sido vencidos...

Casariego.—Sí lo han sido, y, con ello, a su vez Europa.

ESTOS ABOGADOS SON TERRIBLES

Si algún día llegamos a tener un juicio en el Supremo será cosa de llevarse a Casariego de abogado defensor. Sus respuestas son rápidas y categóricas. Además todo lo que contesta obedece al hilo de un pensamiento. Podrán sorprender sus teorías y hasta no gustar; pero el diálogo con él es lúcido.

Castillo.—¿Cómo le suena el nombre de Maritain?

Casariego.—Me suena a peli-groso.

Castillo.—¿Para quién?

Casariego.—Para la misma Religión.

UNAS ANECDOTAS ILUSTRATIVAS

La novela de Casariego «Con la vida hicieron fuego» ha motivado en Asturias un gran escándalo. Ferrera se ha decretado que sea Lueca, y allí se han dividido hasta los concejales en casarieguitas y anticasarieguitas. Botfetadas y silletazos ha habido en los bares y cafés a propósito de «Con la vida hicieron fuego».

Lo más chocante de todo ha sido la intervención de una señorita de Gijón llamada Luisa Balanzat y de Cavo, que escribió en «Voluntad» que Casariego era un «Cervantes de plexiglas». Por su parte, Casariego, sin perder el humor, le ha dirigido una carta abierta a la señorita Luisa Balanzat; titulada «Invitación al vals», que ha sido el regocijo de toda la región. Y, por si fuera poco, le ha dirigido a su feroz contrincante (a la que le ha dicho textualmente que sus descripciones del mar tienen «el olor agrio del astillero, la dárseña y el almacén de efectos navales») un lindo madrigal, del que reproducimos una muestra:

Anda, plancha el vestidito,
ensaya bellas sonrisas
y el vals prepara sin prisas
para el momento exquisito.
¡A lucir, pues, tu palmito,
a dar sonrisas y achares!...
¡Y al diablo los pesares
de la vil literatura!
¡Y que tu linda figura
derroche la sal a mares!

Habíamos pasado, sin darnos apenas cuenta, tres horas en casa de Casariego. Al salir ya la casa no nos pareció tan tétrica. Claro es que llevábamos unas cuantas copas entre pecho y espalda.

“Con la vida hicieron fuego” es un libro fuerte, justo, valiente y sincero, que son las cualidades de mi padre”, dice la hija del autor

La señorita Carmen Casariego nos habla de cómo fué escrita esta gran novela de nuestra época



La señorita Carmen Casariego Aguillaume vestida con el traje regional de Asturias

CUANDO yo nací mi padre acababa de cumplir veintidós años y era ya un periodista conocido, pues escribía la crónica parlamentaria y artículos en el diario «La Nación». También colaboraba en otros periódicos de Madrid y provincias, como «A B C», «Estampa», «Esto», «Blanco y Negro», etc. Yo he visto algunos de esos artículos, que guarda mi abuelita como oro en paño en una carpeta de seda verde, en el fondo de un armario.

A poco de nacer yo, en marzo de 1936, quemaron el periódico «La Nación». Mi padre se quedó sin periódico y pasó a «El Siglo Futuro», donde también hizo política desde el Congreso. Era entonces también vicepresidente de la Juventud Carlista de Madrid y andaba muy metido en los jaleos y conspiraciones. Claro es que yo no sé nada de esto por mí, pero sí por habérselo oído muchas veces contar a mi madre y abuelos, pues mi padre, en casa, suele ser bastante reservado y referirse poco a sus cosas personales.

RECUERDOS DE LA GUERRA. EL DESFILE Y UN CABALLO RUBIO

Entonces vivíamos en una casa muy bonita de una calle nueva del barrio de Vallehermoso. Durante el verano fuimos a pasar las vacaciones a Asturias y allí estábamos en Oviedo cuando comenzó la guerra civil. Mi padre, que estaba comprometido con los conspiradores de Madrid, trató de llegar su destino, pero las comunicaciones cortadas se lo impidieron. Participó en el alzamiento del coronel Aranda e hizo toda la guerra civil en el frente. Estuvo herido varias veces y llegó a capitán. Del último año de la guerra datan mis primeros y lejanos recuerdos de mi padre, con su uniforme en mangas de camisa, con los brazos y el pecho al aire y una gran boina encarnada en la cabeza. Entonces usaba patillas a lo Zumalacárregui como algunos oficiales de requetés y la Legión. También me acuerdo de haberle visto pasar en un desfile a caballo, con una banda roja y muchas medallas en el pecho, con la espada en la mano. Yo estaba con mi madre en una tribuna y me levantaron en los brazos para que lo viera mejor. Recuerdo también que el caballo de mi padre era muy grande, de color castaño, con las crines y la cola muy rubias y andaba como dando saltitos. La gente aplaudía al pasar los soldados y mi padre y otros oficiales saludaban con las espadas. Todo esto son ideas o recuerdos muy borrosos que he completado luego con descripciones de mi madre.

Otras muchas cosas recuerdo de mi padre. Unas por recordarlas entre las sombras de la infancia y otras por habérselas oído contar a mi madre y a mis abuelos. Por ejemplo: durante la guerra, en Oviedo, un día atacaron los rojos el barrio donde vivíamos con mis abuelos. Mi padre estaba luchando y mi madre huyó desparviada conmigo en brazos a la zona de la ciudad don-

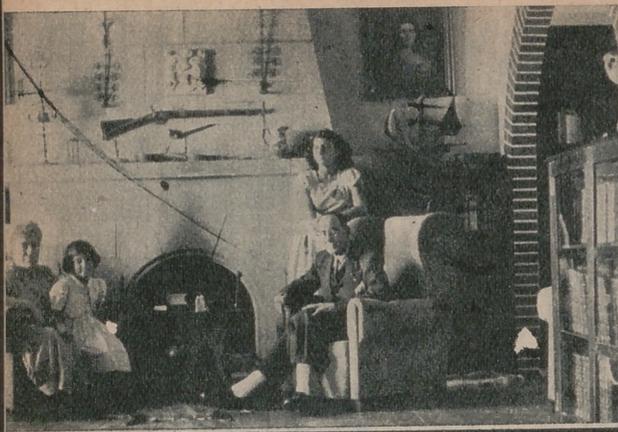
de aun combatían los nacionales, defendiéndose desesperadamente. Los rojos ocuparon la casa donde quedó el resto de la familia, entre ella mi bisabuela Carmen, que tenía ochenta años. Mi padre mandaba entonces una tropa formada por voluntarios, soldados y guardias civiles que se llamaba «la sección de empuje». Con aquella fuerza contraatacó el barrio y después de tirar con las ametralladoras ocupó nuestra casa y liberó a la familia y demás vecinos. A mi bisabuela hubo que sacarla en una silla en medio de un gran tiroteo.

Otra vez mi padre y sus hombres recibieron orden de tomar un túnel en una de cuyas bocas estaban los rojos, y sacar de él un tren cargado de alcohol y viveres. Estuvieron combatiendo en la oscuridad con bombas de mano y lograron sacar varios vagones después de muchas peripecias angustiosas. Fué felicitado por el general Aranda y se le concedió una condecoración. También hizo así varias salidas para dar golpes de mano y traer viveres de «la tierra de nadie». Mi padre



Arriba: J. E. Casariego navegando a bordo del «Joven Carlina» por el Atlántico. Abajo, el momento de desembarcar una buena «mareca» después de muchos días de fatigas en la mar





Sala biblioteca de la casona de Barcellina, con la gran chimenea al fondo. En la foto aparecen los padres y dos hijas del autor de «Con la vida hicieron fuego»

era entonces más delgado que ahora; muy ágil y muy fuerte, y al principio de la guerra traía una barba rubia como un santo bizantino, según vi las fotos que conserva de entonces.

Al liberarse Oviedo nos fuimos a Castropol, a casa de unos parientes, mientras mi padre continuaba luchando en Oviedo. hasta que cayó herido en un combate. Luego estubo en la batalla de Brunete, en las Brigadas Navarras, en el frente de Aragón y fué herido más veces. También pasó una temporada en Pamplona y nos llevó a mi madre y a mí. También escribía en los periódicos nacionales. Al terminar la guerra era capitán y había combatido en los Tercios de Requetés y en la Legión extranjera. En casa guardaba todavía, en lugar de honor, el sable, la boina y la teresiana que usó en la guerra y un casco de acero y una careta contra gases. En mi casa hay muchos recuerdos de la guerra y mi padre se reúne, a veces, con sus compañeros de armas y pasan grandes ratos charlando de tiempos pasados. Siempre he oído decir que fué un militar muy valiente y bastante ordenancista. También sus antiguos asistentes nos visitan a veces y nos traen regalos, y todos guardan recuerdos de mi padre como de un excelente jefe y camarada de armas.

NUESTRO HOGAR EN MADRID. VIDA SOCIAL. MI PADRE GERMANOFILO.

Después de la guerra vinimos a Madrid y mi padre fué director de «El Alcázar». De los años 40, 41, 42, 43 y 44 me acuerdo mejor, de cada año mejor. Vivíamos donde ahora, en un piso en un gran piso de la calle de la Magdalena, con salones muy grandes, pero un poco tristes, con muebles antiguos y unas lámparas de araña y cuadros en las paredes. Una casa antigua y como de novela del siglo pasado.

Mis padres recibían entonces muchas visitas y daban comidas a gentes importantes, ministros, embajadores, etc. Yo oía los comentarios de las criadas sobre los invitados. Iban muchos extranjeros, alemanes, portugueses, francesas e italianos. Algunos tuvieron muy buena amistad con mi padre y le dejaron fotografías dedicadas. Los días de esas comidas le mandaban a mi madre grandes ramos de flores, que las criadas iban colocando por varias partes de los salones. Mis padres muchas noches salían invitados a fiestas, con unos trajes que a mí me parecían entonces extraños. Mi madre con unas faldas muy largas y mi padre con una camisa muy blanca, un traje negro muy brillante y un gorro o sombrero altísimo en la cabeza. Otras veces iba de uniforme con dorados y condecoraciones.

En mi casa vivíamos muy bien, hasta con lujo. Criados, chófer con uniforme, coches... Pero yo tenía en mi intuición infantil la sensación de que ni mi padre ni mi madre eran completamente felices y no por disidencias entre ellos, pues siempre se llevaron bien y en perfecta unión, sino por otras cosas tristes y sombrías que traen las guerras civiles y que mataron la felicidad que todo aquel bienestar material podía llevar a nuestro hogar.

Quizá de todo eso nació la parte más humana y palpitante de «Con la vida hicieron fuego», la novela que habría de escribir años después.

mi padre hacía con frecuencia viajes por Alemania, Portugal, Italia, Centro o Oriente de Eu-

Esta es la casona de Barcellina—edificio que tiene ya un recuerdo en nuestras letras—, donde fué escrita la mayor parte de la ya famosa novela

ropa. Estuvo dos veces en Rusia. Nos traía juguetes, relojes, y a mi madre, pieles, a las que era muy aficionada, y otros muchos obsequios. Una vez hice un viaje sola con mi padre y un gran amigo suyo llamado don Amancio Portabales. Ibamos a Asturias y el puerto de Pajares estaba todo cubierto de nieve. Yo tenía sólo seis años pero me acuerdo muy bien de esto. Para el viaje mi padre me compró un abrigo de pieles blancas. En el alto del puerto había muchos automóviles parados que no se atrevían a seguir dado el estado del camino, pero mi padre, que fué siempre muy arriesgado, bajó el puerto sin cadenas, y aunque tuvimos algunas dificultades llegamos a cenar aquella noche, que era Nochevieja, a Gijón, donde vivían y viven mis abuelos paternos. Después estuvimos en Luarca. A mi padre le dieron una comida y a mí me regalaron una medalla de la Virgen de Covadonga.

Mi padre fué siempre muy germanófilo y enemigo declarado de los ingleses. En cambio a los franceses les guardó siempre toda clase de consideraciones, quizá por ser mi madre de origen francés, pues mi bisabuelo materno era natural de aquel país y vino a España como ingeniero constructor de ferrocarriles.

Durante la guerra, como todos saben, mi padre hizo grandes campañas periodísticas a favor de Alemania e intervius con Hitler y Mussolini. Para él era como una obsesión que los alemanes ganaran la guerra y que España recuperase Gibraltar y volviese a ser un pueblo importante en el mundo. Esa obsesión tan noble y tan española era, en parte, una herencia de mi bisabuelo paterno, don Evaristo Casariego y López-Acevedo, que había sido marino de guerra y combatido contra los norteamericanos en la guerra de Cuba.

NUESTRA VIDA EN LUARCA. VIAJE A AMERICA. AFICION AL MAR DE MI PADRE

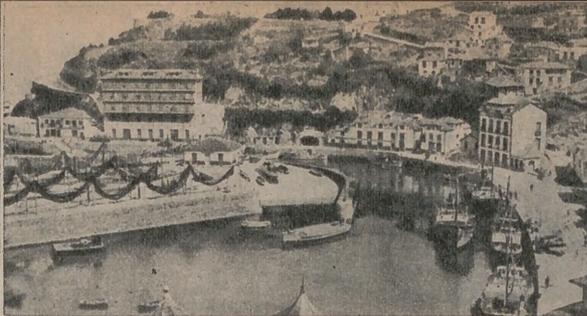
Mi padre pasó toda su infancia en Luarca, que es una preciosa población asturiana, con sus abuelos. Mi bisabuela doña, Carmen era una señora bonísima, de quien tengo una idea muy borrosa, pues murió cuando yo aun no tenía cinco años. Mi padre guarda por la memoria de sus abuelos una verdadera veneración. De esa época, allá por los años veintitantos, son los recuerdos que se recogen en los primeros capítulos de «Con la vida hicieron fuego» y de ella nace también su gran afición al mar. Incluso llegó a estudiar parte de la carrera de marino. También por todo eso tiene hacia Luarca un gran cariño; le parece que es lo mejor del mundo, y le dedico muchas veces artículos y citas en sus libros.

Después de la guerra mundial mi padre sufrió una tremenda desilusión, pasó por una crisis terrible, hasta cambió de carácter, y nos fuimos todos a vivir a Luarca, a una finca muy bonita, con una antigua casona frente al mar. Allí pasamos nosotras, sus hijas, días muy felices jugando por la huerta con otras niñas de familias de fincas vecinas. Mi padre salía muchas veces de pesca, pues tiene una lancha de recreo con motor y vela. Por el invierno se reunía con algunos amigos y se pasaban la velada al pie de una gran chimenea de leña. También salía a dar grandes paseos a caballo, en un caballo muy grande de color gris, que se llamaba «Centuar». En aquella época escribió su novela «El mayorazgo navegante», formada, en parte, con algunos viejos recuerdos de familia. También fué entonces cuando tradujo las narraciones griegas de los periplos antiguos.

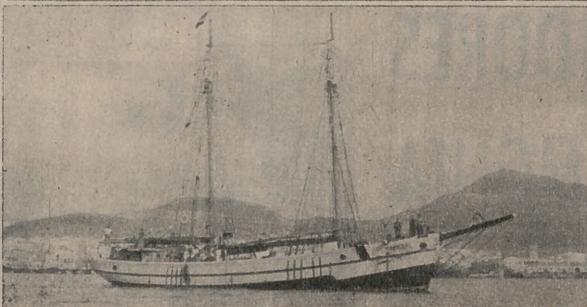
El año 48 mi padre fué invitado a explicar un Curso en la Universidad de Buenos Aires. Ya antes había sido profesor encargado de Curso de la



He ahí el puerto de Luarca, que inspiró la Ferrera de la novela y que allí se describe en una deliciosa página literaria llena de vida y colorido



En un barco de pesca como éste fué escrita la otra parte de la novela «Con la vida hicieron fuego», donde el mar español es uno de los principales personajes



El matrimonio Casariego, fotografía obtenida en Madrid en 1950

de Madrid. En Buenos Aires estuvo cerca de un año, viajó por toda América del Sur y conoció al general Perón y a su esposa a los que hizo también interviú y trajo regalos suyos. Después el embajador argentino estuvo en nuestra casa de Luarca. Mi padre fué siempre un gran partidario del hispanoamericanismo y uno de los fundadores del Consejo de la Hispanidad; en la Universidad explicó Historia de América. Es muy aficionado a los libros y tanto en Luarca como aquí en Madrid tiene muchos miles de ellos.

El año 50 volvimos toda la familia a Madrid, pues aquí teníamos nosotras, las cuatro hermanas, más facilidades para nuestros estudios. Pero mi padre pasaba grandes temporadas en Luarca. Iba con mi madre y aquí quedaba con nosotras nuestra abuela materna.

Por esa época le dió a mi padre la idea de construir un barco de pesca que se llamó, por mí, la «Joven Carmin». Era un barco muy bonito, pintado de blanco, con dos palos muy altos y un motor que trajeron de Alemania. En él salía mi padre muchas veces de pesca y estaba en el mar semanas enteras. Yo lo vi llegar muchas veces a Gijón con el pescado, bonitos y atunes muy grandes, de un color plateado muy brillante, que venían mezclados con hielo en las bodegas. Mi padre es capitán de yate y participó muchas veces en regatas; tiene varios sextantes, brújulas, y otros instrumentos de navegación y una enorme cantidad de libros sobre cosas marítimas, tanto históricas como científicas, y muchísimos amigos marinos y pescadores. A veces se va a navegar en barcos de carga con capitanes y patronos amigos.

COMO SE ESCRIBIO «CON LA VIDA HICIERON FUEGO»

El libro «Con la vida hicieron fuego» lo escribí el año 52, parte en la casona de Luarca y parte a bordo de la «Joven Carmin». En Luarca escribía por las noches hasta muy tarde. A pesar de ello se levantaba temprano y salía por las mañanas en su lancha a pescar y bañarse, pues es buen nadador. Luego dormía la siesta y se ponía a trabajar.

Mi padre escribe de prisa, en grandes folios, a máquina. Luego repasa rápidamente lo escrito y lo da a poner en limpio al mecanógrafo. Ya no vuelve a ocuparse de lo escrito y así va a la imprenta. No es de esos escritores que se dice que hacen y rehacen sus cuartillas como un tallista que trabaja la madera o un pintor de detalle que toca y retoca sus cuadros. El dice que la espontaneidad es un valor principalísimo en la literatura realista.

En «Con la vida hicieron fuego» mi padre se propuso recoger de forma novelada la historia de su juventud y las ideas de su generación, y al mismo tiempo hacer humor y sátira sobre la sociedad actual, con la que él está muy poco conforme. Con frecuencia habla de la frivolidad y descastamiento de las costumbres actuales y se enfurece ante la invasión de películas y de modas yanquis y con tanto nombre y modas extranjeras que ahora circulan. Todo eso lo refleja en muchas páginas de su libro, que a mí, naturalmen-

te, me parecen muy justas y con mucha gracia e intención.

En la novela todo lo que sale está tomado de la realidad. Es como una fotografía de nuestra sociedad, de la época que vivió y vió mi padre, que se movió en tantos ambientes, desde los aldeanos y pescadores de Luarca hasta los Jefes de Estado y principales personajes del mundo en su época de actividad periodística y política durante la guerra mundial.

Muchos de los personajes de «Con la vida hicieron fuego» están allí tal como son en la realidad y yo los conozco y los trato. Otros están algo desfigurados y algunas veces con cosas de dos o tres hace uno solo. Reconozco que mi padre tiene gran facilidad para estos retratos de personas y costumbres, y en muchos casos, en un par de rasgos de humor, quedan verdaderamente fotografiados. Quizá por eso haya gustado tanto el libro y haya llamado tanto la atención. Yo leo bastantes novelas actuales y antiguas y hay pocas que se parezcan a la de mi padre por su verismo, su sinceridad y su sátira. También por eso algunos se han molestado y se ha dado lugar a las polémicas y discusiones que el libro ha creado a su alrededor, sobre todo en Asturias. Allí hubo periódico que le dedicó más de quince artículos seguidos, unos en pro y otros en contra.

Al enterar se de este revuelo mi padre, que como ya he dicho es muy decidido, cogió el coche y se plantó en Asturias a ver lo que pasaba y dar la cara a los comentaristas maliciosos. Naturalmente no pasó nada, sino que el libro se vendió como muy pocas veces se venden allí los libros.

Este libro no sólo gustó y se comentó muchísimo en España, sino que está siendo traducido al francés y al alemán. En estos días el traductor alemán Sr. Denkhauß viene algunas tardes a casa y pasa grandes ratos charlando con mi padre.

CARACTER DE MI PADRE

En general mi padre es, dentro de casa, un hombre reservado y bastante autoritario; si se quiere, un poco pegado a la disciplina de cuartel. Hace y dispone las cosas sin dar cuenta a nadie y no es fácil que nos cuente sus impresiones ni sus problemas. Nosotros sabíamos que estaba escribiendo una novela larga, pero casi no sabíamos de qué trataba. Ni mi madre, ni yo, ni sus padres la leyeron hasta que la terminó y trajo a casa ejemplares impresos.

Mi madre es una mujer de carácter muy dulce, callado y reservado, y le disgustó algo el atrevimiento con que mi padre hablaba y retrataba en el libro incluso a personas conocidas. Mi abuela materna, que es una señora también muy buena y abnegada, se disgustó por lo mismo. A mí el libro me parece que en algunos momentos es algo fuerte, pero valiente, justo y sincero siempre, que son las cualidades de mi padre.

Yo acabo de terminar el bachillerato y dentro de unos días nos iremos todos a Luarca. El éxito del libro sigue. Mi padre me va a enseñar a conducir en un coche nuevo que trajo este año de Francia y yo estoy muy contenta.

Carmen CASARIEGO AGUILLAUDE

ANTES, DESPUES

Y ENTRE BASTIDORES de una CEREMONIA

Los países de la Commonwealth desearían un trono ambulante. (Piden que la Reina resida desde ahora una parte del año en los Dominios)

Malan (Sudáfrica) dice que Inglaterra está llena de "metomentodo"

LA CEREMONIA

DICEN que cuando se murió la Reina Victoria después de algo así como ochenta años de reinado no había en toda la corte nadie que recordara el ceremonial de la coronación; fué preciso consultar libros viejos y reconstruirlo desde el principio hasta el fin.

La ceremonia de la coronación comenzó con Guillermo el Conquistador, y desde su simplicidad original se ha ido poco a poco complicando y ganando en esplendor y lujo, calculado todo ello para impresionar al pueblo con el «derecho divino» de una persona de carne y hueso. Hoy en día, sin embargo, todo su oropel sirve como lazo de unión entre los países del Commonwealth y para saciar la sed de ceremonial y color que aflige a los in-

gleses, sobre todo ahora que su vida es tan gris y tan dura.

El coste total de la coronación habrá sido de unos doscientos cincuenta millones de pesetas, y probablemente sus resultados debieron de compensar de sobra esta suma.

Ante todo económicamente: los turistas que vinieron a ver la coronación, más que nada americanos, se contaron por miles; los hoteles y las pensiones subieron hasta alcanzar precios inauditos (3.000 pesetas semanales me pidieron a mí en una casa particular sólo por la habitación); los precios se elevaron al mismo ritmo, y, a fin de cuentas, es probable que los visitantes se dejasen aquí más de lo que la coronación costó.

Luego vienen los beneficios invisibles: hay que vivir en Inglaterra para darse cuenta de lo que

El momento supremo de la ceremonia: El arzobispo de Canterbury coloca la Corona de San Eduardo sobre las sienes de la Reina

la coronación significaba para los ingleses; en estos tiempos duros les hacía sentirse algo así como el centro del mundo y les levantaba muchísimo la moral.

A la pobre aristocracia inglesa (sin poder y sin dinero no hay aristocracia seria) le consoló de tantos años de impuestos y derechos reales. Los pares del reino se pusieron sus armiños y sus coronas, sacaron sus coches de caballos y durante un día entero se sintieron señores feudales. Los títulos viejos se relamían de gusto al ver a los advenedizos con armiños de imitación y coronas de bisutería.

Como la ceremonia implicaba horas y horas de espera a pie derecho, los marqueses, los «duque-

El coche de Churchill, arrastrado por caballos demasiado fogosos, adelanta a la carroza real



EL ESPAÑOL.—Pág. 50



ses» y los «condeses» hubieron de meter bocadillos en la corona y escender donde pudieron una botella vacía, para hacer aguas con disimulo, si el caso lo requería, bajo los pliegues del armiño.

Los W. C. de la abadía de Westminster durante la coronación anterior eran de tres tipos: en unos ponía «Nobles»; en otros, «Caballeros», y en otros, «Hombres».

Hace poco menos de un año, recuerdo que, apeándome de un autobús en la calle Mayor de Kensington (zona muy céntrica), vi un carruaje con caballos empenachados y cocher de librea. —¿Qué es eso?—le pregunté al cobrador.

—Nada—me dijo—; es que están cronometrando la coronación.

Esto, como digo, fué hace cosa de un año; semanas atrás se puso fin a doce meses de ensayos cuando todo un cortejo de prueba fué poco menos que linchado por una multitud jubilosa y entusiasmada. El coche de la Reina fué detenido en plena marcha por la muchedumbre y Su Majestad llegó tarde a ver la ceremonia en que una de sus damas de honor fué coronada por un arzobispo de menterijillas.

El duque de Norfolk, que es quien dirigió toda la ceremonia de la coronación, se mostró en un principio hostil a que se sacasen las ancestrales carrozas, porque —decía— no harían más que complicar el problema del tráfico, aparte de que en los alrededores de la abadía no había donde aparcar tanta mole de cuatro caballos. Otra razón, que el duque no mencionó, pero que estuvo muy presente en su mente: que las ocho o nueve carrozas iban a amargar la ceremonia a los ciento y pico nobles tronados que tendrían que ir a la abadía en el Metro, con los ropones

antiguas. Este último, para mayor realismo, hizo renovar los fieres metálicos de las ruedas, en vez de ponerlas llantas de goma, como hicieron todos los demás. ¡Allá los huesos del duque de Devonshire con lo que hubieron de sufrir por las calles de Londres!

CORTES Y CORTAPISAS CORTESANAS

Como el armiño es cosa cara, el modisto más importante de Londres, Norman Hartnell, que es también modisto de la Corte, lanzó unos ropones, que pudiéramos llamar «Tipo Unico», para noble tronados, cortando las mangas, los faldones y todo lo cor- table: un ropón tradicionalmente

y las coronas, bien envueltas, en una maleta.

Fué el marqués de Bath quien comenzó el jaleo anunciando que pensaba acudir a la abadía en su coche de caballos, pesara a quien pesase. El duque de Norfolk no podía prohibírselo, sino, todo lo más, rogarle que no lo hiciera; el marqués, terco, preparó el coche y puso un anuncio en el «Times» pidiendo un cocher.

En vista de que las cosas iban por ese camino, otros nobles siguieron el ejemplo del marqués de Bath: el conde de Shrewsbury y el duque de Devonshire sacaron a relucir sus carrozas

íntegro iba a costar muchísimo más de 100.000 pesetas, y para mujer, por lo menos el doble.

Pero no es éste el único corte de mangas que las prosaicas circunstancias de la postguerra han impuesto a los pares del Reino Unido. Después de tantos esfuerzos como el marqués de Bath había hecho para salir procesión adelante en su carroza de caballos, con la marquesa a su lado, resulta que la marquesa se le divorcia. Ya hace meses un periodista de escándalos anunció «que cierto noble muy conocido cuya mujer quería separarse de él había conseguido aplazar el divorcio hasta después de la coronación, para evitar rumores y maledicencias». Ahora resulta que no hubo tal acuerdo, y el divorcio (con el escándalo consiguiente) llegó justamente antes de la coronación.

Otro escándalo fue el de los condes de Dudley. Los periódicos de modas publicaron no hace mucho fotografías de la condesa (que es una de las bellezas oficiales de Londres) probándose sus ropones y su corona. Ahora resulta que el conde ha presentado demanda de divorcio, acusándola de haberle engañado.

Un duque (probablemente el único de los 27 que hay en Inglaterra) para quien la coronación significó un beneficio de casi un millón de pesetas es el de Wellington. Su palacio está situado en el centro de la ruta de la coronación; hizo construir graderías en el parque, cubriendo las fachadas, y los varios centenares de asientos que sacó los alquiló: a dos o tres mil pesetas la butaca.

El ministerio de Obras Públicas, según cálculos recientes, ha perdido unos cinco millones de pesetas con las graderías—levantadas todo a lo largo de la ruta (más que desde Vallecas a los Nuevos Ministerios)—, pues aunque un asiento en ellas costaba de mil

Londres presentaba el aspecto de un gran campamento: nadie retrocedió ante un tiempo más propio del invierno que del mes de junio





El duque de Norfolk, mariscal hereditario de Inglaterra, con su esposa, viste el traje del ceremonial de la Coronación, que le ha correspondido organizar

pesetas (los peores) para arriba, en su mayor parte fueron regalados a invitados oficiales o a miembros del Gobierno, o vendidos a precios reducidos. Yo, por ejemplo, a pesar de mi absoluta falta de importancia, recibí por 500 pesetas uno que normalmente costaría 2.000 pesetas. Los que se pusieron las botas fueron los clubs, oficinas, restaurantes o casas particulares situados a lo largo de la ruta. Un billete para ver el cortejo costaba entre las 2.000 y las 4.000 pesetas, desayuno, comida y copas incluidos. Por eso los «estraperlistas» que hace cosa de un año (cuando todo se prometía de color de rosa) compraron ventanas a lo largo de la ruta por 2.000 pesetas o cosa así, esperando poder revenderlas por 20 ó 30.000 (diez personas hacinadas en cada ventana, a 3.000 pesetas por persona), se encontraron con que la gente no les compraba las gangas, pues por mucho menos podían ir a un club o a un restaurante, esperar sentados y comer cuanto les viniera en gana. Una actriz que tiene un chalet convenientemente situado lo alquiló por 100.000 pesetas «semanales».

En el último momento un periódico sensacionalista anunció «que los contactos eléctricos en las graderías eran defectuosos y que si algún terrorista metía baza millones de personas podían ser electrocutadas». La opinión popular volvió a alarmarse; porque si no se alarma, ¿para qué sirve la opinión popular?

LAS PRECAUCIONES

El buen humor de la gente se despertó a propósito del coste de las graderías que flanqueaban la ruta de la coronación, desde Buckingham Palace («Buck House», para los íntimos) hasta la abadía. ¡Cinco millones de pesetas perdidos en las graderías! El único que las ganó fué, sin duda, el contratista que se encargó de su construcción. «Sin duda—dice el chiste—fué este contratista el que "asesinó" al Rey Jorge VI para hacerse de oro en la coronación de su hija».

Tales fueron los precios de los asientos, que la gente «comme il faut» de Londres que no quería (o no podía) pagarlos llevó varios meses antes intentando poner a la moda una especie de «absenteísmo».

En una reunión mundana uno iba y le preguntaba a una dama elegante:

—Y usted, ¿qué? ¿Tiene ya un asiento para ver la coronación?

—¿Yo? ¡Qué va!—la dama pone cara de hastío—. ¡Ni soñarlo! Yo durante la coronación me iré al campo, porque en Londres no va a ver quien pare con tanto extranjero.

«Quiero y no puedo» se llama esta figura.

OTRAS MINUCIAS

En vista de que muchísimas personas, ingleses de provincias sobre todo, se iban a ver en Londres la noche de la coronación sin tener donde dormir, el Gobierno se puso al habla con los dueños de casi todos los cines céntricos para que mantuviesen

sus locales abiertos toda la noche del primero de junio, así como para que vendiesen botadillos; los dueños convinieron en hacerlo, pero a precios más altos que los habituales. De forma que los que no pudieron costearse una cama de hotel dieron con sus huesos en una butaca de un cine y cenaron un par de «sandwiches» de jamón.

Muchos hoteles del Continente (sobre todo en Bretaña francesa, Holanda y Bélgica) ofrecieron habitaciones a turistas que quisieran ver la coronación y no hubieran encontrado donde dormir en Londres. Cada uno de estos hoteles había contratado un avión, que llevó a los huéspedes a Londres por la mañana temprano y les devolvió al hotel de origen por la tarde, cuando todo hubo acabado.

LAS INVASIONES: VANDALOS Y SUEVOS

La noticia de que Perle Mesta, la célebre ex embajadora de Norteamérica en Luxemburgo, había llegado a Londres a dar el «guateque» del siglo alarmó a sus rivales sociales de Washington y Nueva York.

Así, pues, pisándole los talones a la señora Mesta llegaron acá cuatro históricas hombrunas yanquis, multimillonaria la que menos, dispuestas a dar «guateques» mejores que los de Mesta.

Mesta anunció el suyo para el día 4 de junio, o sea el mismo día que el banquete de gala de Buckingham Palace. No sé si soberbia o modestia, pero así es. Sus rivales aguardaban a ver cómo resultaba el «guateque» en cuestión y quién iba a él, para hacer los suyos mejor e invitar gente más importante aún.

Aparte de convertirse en punto de reunión de millonarias americanas, Londres constituyó el sueño de todos los «gángsters» y todas las mundanas del continente europeo.

Scotland Yard movilizó brigadas especiales destinadas a vigilar la ciudad y limpiarla de maleantes. El 2 de junio el noventa por ciento de la fuerza policiaca de todo el país se concentró en Londres. De París y Estocolmo (donde hay una organización de Policía internacional) fueron llegando a diario informes sobre «gángsters» famosos que trataban de introducirse en Inglaterra; unos fueron cazados y otros no, y Scotland Yard hizo cuanto pudo.

Pero la invasión más densa fué la de «Margaritas Gautier»; según un amigo mío, Francia se quedó desierta, porque con la desbandada ya no quedaban allí más que personas serias. Todas se vinieron a Londres, donde había organizaciones encargadas de facilitarles pisos y adelantarles dinero con que comenzar a batir el tacón por estos Londres.

Una vez aquí se «emboscaban» como masajistas, peluqueros o simplemente como turistas.

LAS INVASIONES: ALANOS

Pero, como si todo esto no fuese poco, Scotland Yard tuvo que habérselas con gente más peligrosa que los «gángsters» y las chicas.

Ante todo los separatistas irlandeses y los «emancipacionistas» escoceses (la única forma

que se me ocurre de traducir «Home Rule»), que, a lo que parece, proyectaban manifestaciones y disturbios.

Scotland Yard tenía pruebas de que los irlandeses separatistas habían estado almacenando armas en Londres; el Gobierno irlandés, sin embargo, reiteró más de una vez no saber nada del asunto, y la Policía irlandesa ha colaborado con Scotland Yard para que la paz no se turbase. Los escoceses son los más violentos: cometieron varios actos de terrorismo, tales como bombardear buzones de Correos y enviar anónimos a varias personalidades políticas. Exigían que el título real fuese cambiado por «Isabel I de Escocia y II de Inglaterra», alegando que jamás hubo una Isabel I en Escocia y que el título tal y como es ahora («Isabel I de Inglaterra y Escocia») anula siglos de historia escocesa.

El objetivo inmediato detrás de todo esto es la emancipación de Escocia de la dictadura política de Westminster, y el lejano (o tal se dice al menos), la completa separación y la creación de una República al estilo irlandés, dentro del sistema económico británico. Eran, pues, republicanos que trataban de mover los ánimos a costa del sentimiento monárquico de los escoceses.

Por otra parte, Scotland Yard tenía sobrados motivos para sospechar que varios líderes del Mau-Mau de Kenya habían estado últimamente en contacto con negros estudiantes de Londres (muchos de ellos amigos de Jomo Kenyatta, de cuando estudiaba aquí) y que estaban preparando algo muy gordo. Los negros pensaron explotar la circunstancia de que la coronación y la apelación de Jomo contra la sentencia de siete años que le impusieron los ingleses coincidieran con relativa exactitud. El golpe maestro había de ser el asesinato del juez inglés que condenó a Jomo, que estaba en Inglaterra, mejor vigilado que Malenkov y sin dirección conocida.

Los rusos, que tenían preparada una estúpida red de sabotajes, turbios y manifestaciones para contribuir a los festejos de la coronación, los suprimieron de pronto, como parte de su campaña de amistad con el Occidente. La sede de los terroristas estaba en Alemania oriental, y ya se habían introducido ocho o nueve: todos ingleses y bien entrenados. El jefe era un tal Wollweber, espía conocido por sus éxitos durante la guerra pasada.

LOS APUROS DEL DUQUE DE NORFOLK

El duque de Norfolk es un hombre muy feudal en sus ideas y firme creyente en la tradición medieval del derecho divino y los privilegios de la sangre.

Así, pues, en su calidad de conde mariscal hereditario, tuvo que organizar el entierro del difunto Rey y la coronación de la Reina. Cuando el entierro, el buen duque, todo tradicional, ordenó a la nación «guardar luto por la muerte del Rey». Un periódico laborista, entonces, publicó un editorial en el que se leía:

«El duque de Norfolk debe ser tonto, porque Inglaterra entera está espontáneamente de luto sin necesidad de que nadie se lo ordene.»

Durante esta coronación el buen duque, impertérrito, lo organizó todo, ayudado por una flota de empleados y secretarios, pero él constantemente a la cabeza. Y constantemente tuvo enfrente a los segundones del partido laborista.

Primero cuando designó a los que habrían de rodear a la Reina y ayudarla durante la ceremonia o llevar los símbolos del poder, la justicia y demás. Todos estos puestos son hereditarios y el duque no tenía más que designarlos, pero los laboristas le cargaron el mochuelo de la designación:

«En vez de tanto duque y tanto conde alrededor de Su Majestad, ¿por qué no nombra obreros y amas de casa, en representación del pueblo leal y trabajador?»

Vino luego el nombramiento de las damas de honor, que tradicionalmente son hijas de conde, marqués o duque, y nunca menos. Mientras que la Prensa tory se quejaba de que una de ellas era hija de un marqués a medias (o sea del heredero de un duque, que lleva el título de marqués sólo mientras viva su padre) y, por tanto, de rango inferior a conde, los laboristas se quejaron «de que con tanta chica de clase trabajadora como hay en Inglaterra, no se sabe por qué razón había que nombrar a aquellas damiselas».

La razón es muy simple: el duque de Norfolk tenía poder para organizar la coronación como lo hicieron sus antepasados, pero no de otra forma.

Es curioso que los líderes del movimiento laborista inglés suben al Poder a fuerza de ardor socialista, y en cuanto están arriba se vuelven «carcas» perdidos. Así Attlee y Morrison, que mientras sus subordinados protestaban contra todo lo que huele a privilegios de clase, no dieron esta boca es mía.

LA CABEZA DEL DUQUE DE NORFOLK

Hace cosa de siete meses un periódico popular (el «Daily Express»), para ser más concretos publicó un largo artículo sobre el duque de Norfolk. El agudo articulista comentaba que, a lo largo de seiscientos años, casi todos los duques de Norfolk han muerto en el patíbulo o han estado a dos dedos de ello. Y concluía: «Bueno; si el actual duque organiza bien la coronación, quizá rompamos con la tradición y le permitamos conservar la cabeza.»

La verdad, considerando que el buen hombre es duque y jamás «dió golpe», no lo ha hecho mal del todo. Se ha pasado un año entero al pie del cañón, dirigiendo y dando conferencias de Prensa, cuidando de que no se falsificaran las invitaciones y de que nadie ganara dinero a costa del erario público. Así y todo ha habido muchísimo estraperlo y mucho abuso, pero es cosa inevitable: invitaciones falsificadas, el mismo billete vendido a diferentes personas, etc.

Yo al duque le vi dos veces. Una en una conferencia de Prensa, donde nos miró a todos con desafío y nos dijo:

«En el cortejo de la coronación la gente irá en coche, a caballo o a pie.



S. M. la Reina sale de la abadía de Westminster.



El regreso al Palacio de Buckingham



La Reina, con el duque de Edimburgo, y sus hijos, recibe, desde el balcón, las aclamaciones del pueblo

Yo me quedé con ganas de preguntar:

«Dígame su excelencia de qué otra forma se puede ir en un cortejo.

Días después le vi por la calle con la duquesa. Norfolk es gordo, con aire sólido y holandés, lleno de sentido común y exactitud. Una vez dijo a un amigo:

«Si me dejan cerraría la mitad de los periódicos ingleses y censuraría todos los demás, menos «The Times».

CERVEZA EN CASA Y EXPECTACION AFUERA

Un laborista explosivo (los laboristas explosivos son una cosa que empieza sacando carbón de una mina y dando gritos contra el capitalismo; de ahí pasa a diputado en el Parlamento, y sigue dando gritos y alarmando a la santa casa; luego llega a ministro del Reino y se vuelve capitalista, «carca» y a veces hasta recibe un título nobiliario) se levantó en el Parlamento para decir «que los fabricantes de cerveza debieran dar varios litros de cerveza gratis a cada ciudadano inglés que lo deseara. «Es la mejor forma de que demuestren su patriotismo», añadió.

Naturalmente, los cerveceros, para quienes «patriotismo» y «negocio» son dos palabras totalmente distintas, se negaron. Y el laborista explosivo se sentó todo amoscado, diciendo:

«Cuando los obreros tengan un poco de sentido común y se den cuenta de que pueden derrotar al capitalismo fabricándose cooperativamente cuanto necesiten...»

Otro laborista explosivo dijo hace poco «que no hay derecho a gastar dinero como arena en coronaciones cuando hacen falta hospitales y escuelas». A lo que respondió un conservador «que no hay derecho a escribir tonterías cuando la ley del movimiento continuo está aún por descubrir».

El punto de vista de los elementos explosivos del partido era que la coronación debiera haber respondido a la realidad, en vez de apestar a duques y condes, que ya no pintan nada, en uniformes que ya no se usan, con símbolos que perdieron su significado.

Otros (más extremistas aún) pensaban que en vez de coronación lo que hacía falta era una República; pero si lo decían estaban expuestos a perder el apoyo de la multitud; de forma que prefirieron callarse.

En tanto, todas las empresas de radio y televisión americanas estuvieron al acecho y tuvieron montados unos servicios especiales de aviones para recoger las películas en cuanto estuviesen hechas y mandarlas a América a velocidades de carrera. Los aviones de la R. A. F. las volarían hasta Labrador, y allí habría «Mustangs» yanquis preparados para arrebatárselas y comenzar un «marathon» en dirección a casa: algunas se proyectaron en la noche del mismo día en que salieron de Inglaterra.

Aquí hubo también un lío con eso de la televisión: el duque de Norfolk se negaba a permitir que la ceremonia fuese televisada, so pretexto de que jamás se había hecho así. Por fin, después de mucho discutir, se convino en televisarlo todo menos la ceremonia misma; fué entonces cuando intervino espectacularmente Churchill y ordenó al duque, «de parte de Su Majestad», que permitiese la televisión «para que todos los súbditos de la Reina pudiesen verla coronada».

En fin, como decía un tío mío, ¡la vida!

EL PROGRAMA DEL PARTIDO LABORISTA, EN EL BORRADOR

Todo a lo largo de mayo y junio los líderes de la extrema iz-

quierda laborista y la mayoría de los elementos sindicales estuvieron tomando el pulso al sentimiento popular.

Después de su derrota en las elecciones pasadas, están dispuestos a coger el Poder por las riendas y no dejarlo hasta que Inglaterra sea de veras un país socialista; según Bevan y muchos líderes sindicales (que esto es lo único en que están de acuerdo), el socialismo jamás existió en Inglaterra.

Bevan y los sindicalistas (cada uno por su lado, porque no se pueden ver) esperan que Attlee y Morrison caigan por sí mismos y desaparezcan; entonces piensan ellos—habrá llegado la hora.

De momento Attlee (que, en el fondo, es un conservador) ha tenido que tascar el freno y contemporeizar con el T. U. C. y con Bevan, cediendo un poco y negando un poco de lo que ambos pedían, porque tampoco se puede ceder por toda la línea y conservar el prestigio necesario para gobernar, siquiera sea nominalmente, un partido tan mixto y amplio como lo es el laborista.

En sus ratos de soledad Attlee debe acordarse de Bevan en términos poco amistosos, porque es Bevan y sólo Bevan el que ha hecho polvo sus sueños dorados de un socialismo fácil, a base de suaves autocríticas, donde conseguir a Attlee ya se era infalible, y cuyas riendas pasarían automáticamente al tupé de mister Morrison.

Pero desde que el galés dimitió por culpa de las condenadas dentaduras postizas ya todo fué de mal en peor. Acuciados por el «socialismo sonoro» de Bevan, los Sindicatos se han visto forzados a pedir más y más socialismo, a fin de no quedarse atrás. Attlee mismo y Morrison, puestos entre la espada y la pared, han hecho agua por todas partes: antiamericanismo, más nacionalizaciones, más lucha de clases; en fin, lo que ustedes quieran.

En el último borrador del programa político laborista hay una cosa que es tan clara como la luz del día: que la coronación de la Reina Isabel (si los laboristas logran el Poder a tiempo) sería la última celebrada con pompa y privilegio por todo lo alto.

BALONES DE OXIGENO PARA EL COMMONWEALTH

El nuevo programa laborista incluye «medidas socialistas totales y a fondo y abolición de ciertas tradiciones y ceremonias». Cuando de borrador pase a limpio sabremos lo que quiere decir. Entretanto, siempre nos queda el recurso de especular.

Esta coronación recién celebrada hará, probablemente, a modo de eje sobre el que Inglaterra dé una vuelta en redondo. Es natural que a medida que Inglaterra se debilita y se empobrece, la unidad del Commonwealth se vuelva más y más laxa, y es preciso darle a modo de balones de oxígeno.

LA REINA ISABEL RESIDIRÁ TAMBIEN EN LOS DOMINIOS

La Prensa ha dicho que, como resultado de conversaciones que han tenido lugar entre los primeros ministros, la Reina, probablemente, vivirá a partir de ahora una parte del año en cada

uno de los dominios. Es ésta una medida muy sabia, porque la verdad es que no hay gente más monárquica que los neozelandeses, los australianos y los canadienses; estos últimos, más que nada, como bastión contra la creciente influencia yanqui, y el sentimiento monárquico es de los más fáciles de explotar.

UNA MALA MARCA

Suráfrica es, sin duda, el único dominio «explosivo» del Commonwealth y, probablemente, el único en que el plan sufrirá algún que otro tropezón. Hace no más de año y medio el Rey Jorge fué poco menos que «disuadido» de ir a visitar Suráfrica, donde «reina ese fascista de Malan», como decía la gente por entonces. Los ingleses tienen la manía de llamar «fascista» a todo el que no les deja mangonear en sus asuntos privados; y no le veo la razón, porque «fascista» es únicamente el nombre de cierto partido político italiano.

«Naturalmente—prosiguen los laboristas—, si la Reina va a residir parte del año en los dominios será preciso simplificar considerablemente el protocolo cortesano, a fin de darle más movilidad.»

Del «Daily Herald» al «Reynolds News», toda la Prensa extremista (sin contar el «Daily Worker», que no pinta nada) se hizo lenguas de la cosa: «¡Simplificar el protocolo!... ¡Cortar el presupuesto real!... En fin, lo de siempre.

Lo de siempre; pero si los laboristas asumiesen el Poder para 1960, por ejemplo, pondrían en práctica lo que desde hace treinta años vienen siendo chachares, tanto más inútiles cuanto que al inglés medio, en el fondo, le traen sin cuidado. Y si coincidiesen en el Poder con la próxima coronación ciertamente que renovarían su ceremonial de arriba abajo.

Entretanto, los primeros ministros del Commonwealth fueron llegando. Llegó el Pandit Nehru, vestido a la europea y con sombrero de fieltro; llegaron los de Nueva Zelanda y Australia; llegó el representante de Canadá.

Vinieron luego docenas de jefes negros, sultanes malayos y reyezuelos exóticos, y de hecho el día de la coronación me encontré sentado en un escaño a cuyo alrededor se oía de todo menos inglés. A lo largo de seis horas mortales aprendí a decir «¡Diable con la lluvia!» y «Estoy harto de esperar» en suahili, kikuyu y hausa.

De todo este mare magnum de reyes y reyezuelos y ministros unos cuantos «hicieron titulares», como se dice en inglés, en todos los periódicos.

LOS «EXPLOSIVOS»

La primera figura que dió que hablar fué la del príncipe Akihito, del Japón; embarcó para Inglaterra y desde aquel mismo instante ya no le dejaron en paz. Todas las asociaciones de ex prisioneros de los japoneses (que son varias y bien provistas de miembros) protestaron de que el Japón estuviese representado en la abadía; todos los periódicos recibieron miles de cartas de protesta y algún que otro periódico popular (socialistas más que nada) publicó rimbombantes editoriales exigiendo al Gobierno

que renunciase a recibir al príncipe.

El príncipe, entretanto, vivía tranquilo en el barco. En cierta competición deportiva ganó un trofeo consistente en una vaso de cristal tallado, con una horca grabada en el fondo; el capitán, que se dió cuenta, ordenó inmediatamente que fuese cambiado por otro (sin horca) a espaldas del príncipe, «no sea que algún malintencionado pudiera interpretarlo mal».

Llegado a Inglaterra fué recibido con todos los honores y el poeta Edmund Blunder le dedicó unos versos de bienvenida. A partir de entonces Akihito se dedicó a pasear por Londres y a comprarse sombreros y corbatas; su «tour» por Inglaterra tuvo, en general, buen éxito.

La segunda explosión vino de Malta. El primer ministro de Malta anunció que no asistiría a la coronación, porque Malta es un dominio con las mismas prerrogativas que el Canadá y a él, en cambio, le iban a poner entre los jefes de tribu de las colonias africanas.

Hubo un poco de jaleo sobre la cuestión y Churchill la puso un «happy end» rogando a mister Borq Oliver que viniera, asegurándole al propio tiempo que se le daría el mismo trato que a los demás primeros ministros del Commonwealth.

El tercer disgusto llegó vía Karachi, en la persona de Mohamed Ali, primer ministro del Pakistán. Este llegó y dió una conferencia de Prensa:

«Estoy harto de la cautela con que los ingleses nos tratan para no molestar a nuestros vecinos de la India—dijo—. La neutralidad inglesa se basa más en miedo a la India que en afecto al Pakistán. Se dice entre nosotros que cuando un inglés ve a un pakistani le da la mano todo amable, pero luego mira alrededor por si había algún indio espionando.»

Siguió Mohamed Ali diciendo que el Pakistán necesitaba con urgencia un millón de toneladas de trigo y un dique que canalizase las aguas del Tibet por las resacas tierras del país, y añadió: «Para todo ello buscaremos capital americano.»

«Si esto es lo que sacamos de habernos mantenido fieles a la Corona—concluyó—, tanto daría declararnos en República.»

Al día siguiente el «News Chronicle» calificó la cosa de vergonzosa: «Es una vergüenza—decía— que un dominio de la Corona tenga que recurrir a los americanos en busca de trigo y de capital para construir un dique. ¿Es que Inglaterra no puede proveerle de ambos?»

Malan dió la nota heroica: «Inglaterra—dijo nada más llegar— está llena de métomentos que no hacen más que meterse con nuestra política sin saber nada de Sudáfrica y de sus problemas. Vienen a Sudáfrica, está allá cuatro o cinco días, hablan con cuatro gatos y escriben un libro diciéndonos lo que tenemos que hacer.» La Prensa socialista replicó «que Inglaterra debiera librar al mundo del malanismo como lo libró del hitlerismo».

VISITANTES EN TONO MENOR

Del territorio de Kenya llegó Josiah, jefe de Kambete, en re-

presentación de todos los demás. Tan insigne honor le cayó en premio por haber mantenido su territorio libre del Mau Mau y en paz; apenas llegado, sin embargo, comenzaron a venirle las malas noticias, que parecía que le pisaban los talones: su hijo, incapaz de mantener la «pax británica» en Kambete, se había suicidado; la comarca entera estaba en manos del Mau Mau y el terror andaba a la orden del día; el jefe Josiah envió sus excusas a la Reina y se volvió a casa «a verse las caras con el Mau Mau».

La Reina Salote, de Tonga, llegó con un pequeño séquito y se hizo muy popular. El «Observer» le dedicó una columna de biografía, con un gran retrato; un periódico socialista la llamó «la otra Reina». Durante la coronación llovió a jarros sobre el cortejo, y la Reina Salote hizo que bajaran el toldo de su carroza; luego, cuando le preguntaron por qué lo había hecho, respondió: «No sé por qué razón voy a estar yo bajo techo mientras millones de espectadores estaban calándose hasta los huesos.»

El príncipe Bertyl de Suecia pasó inadvertido hasta después de la coronación. Fué justamente a los cuatro días cuando, invitado a una gran recepción que dió la señora Mesta (ex embajadora yanqui en Luxemburgo), los periódicos le nombraron: «el soltero más apetecible de Europa».

EL DUQUE DE WINDSOR JUNTO A SU APARATO DE TELEVISION

El primer problema que se presentó fué el de si el duque de Windsor sería o no invitado a la coronación. Sin la duquesa no querría venir, y con ella no podía; sin duda, Churchill (amigo personal del duque) hizo lo que pudo en su favor, pero pudo poco. La Reina y el duque de Windsor se tienen poca simpatía, y se sabe que una vez la princesa Margarita, invitada por su tío a pasar unos días con él en el sur de Francia, no pudo aceptar porque la Reina (que es cabeza de la Familia Real) se lo prohibió. La Reina Isabel ha sido cuidadosísimamente educada para el Trono, y su inteligencia apenas tiene sitio para respirar entre un montón de prejuicios y ataduras constitucionales y rutinarias. En fin, que el duque de Windsor hubo de ver la coronación de su sobrina por televisión, desde Francia.

«THE CASH AND THE CROWN»

Mientras los tories (desde la Prensa y desde la tribuna) se dedicaban a incensar la coronación y a encontrarlo todo bien, que nada les parecía bastante para agasajar a la Reina, los comunistas (desde el «Daily Worker») lo dejaban pasar todo en silencio, y, todo lo más, le dedicaban alguna mención honorífica: «Esa ceremonia medieval que se paga con el dinero del pueblo», y otras de este tipo.

Los laboristas, en cambio, adoptaron la táctica de la austeridad: «Aplaudamos a nuestra Reina como súbditos leales y luchemos para librarla de los tories.» O bien: «Hagamos de la era isabelina una era de justicia esa justicia social que hasta ahora ha sido un sueño en Inglaterra.»



Los fusileros escoceses bendicen la memoria de John Montagu comiéndose un sandwich. Esto es, reponen fuerzas en una espera larga

Los continuos gastos que la coronación imponía eran continuo pretexto para ataques, en los Comunes y en la Prensa, «contra el exagerado presupuesto de la Familia Real»; sus autores eran ese tipo curioso de socialistas tibios, a mitad de camino entre Attlee y Bevan; Attlee y Bevan (justo es decirlo) jamás atacaron el presupuesto real, al menos que yo recuerde.

Bevan mismo acudió a la Abadía de Westminster en un traje negro y corbata gris; su mujer, Jennie Lee, en un precioso vestido de encajes y calados. De ordinario, «los señores de Bevan» evitan la elegancia, porque, como ellos dicen, ser elegante es como insultar a las clases trabajadoras.

LONDRES VESTIDO DE DOMINGO

Es preciso haber estado aquí para darse cuenta del cambio que sufrió Londres, poco menos que de la noche a la mañana. Toda su superficie (equivalente a la provincia entera de Madrid) se llenó de colgaduras y adornos de todas clases, iluminaciones, escudos y estatuas: un almacén de Oxford Street plantificó sobre su ya considerable mole toda una estatua ecuestre de la Reina; los industriales más modestos se contentaron con banderitas y perifoneos por el estilo.

Al mismo tiempo, todas las bisuterías, joyerías y mercerías de Londres, incluso las perfumerías y hasta las tiendas de ultramarinos se dedicaban a vender recuerdos de la coronación; los había de todas clases, y todos con los retratos reales grabados, pintados o esculpidos. Los pape-



La Reina más alta del mundo, Salote (Carlota en polinesio) de Tonga, viuda de Tabú I, se captó las simpatías de los londinenses



Sir David Eccles, ministro de Obras, a quien correspondió la tarea de montar toda la escenografía, construir un escenario dentro de la abadía de Westminster

les de envolver de casi todos los comercios estaban tachonados de coronas y de «slogans» patrióticos. Una tienda muy importante del centro vendió tantísimos recuerdos que se quedó sin ninguno. En vista de que la clientela arrechaba, los directores enviaron orden a los empleados: «Vendan los adornos de la fachada y las colgaduras.» Y allá fueron escudos, retratos, estatuas y todo, dejando la enorme fachada más desnuda que un Ecce homo.

LA OPINION POPULAR SE ALARMA

Medio mes antes de la ceremonia, la opinión popular dejó de discutir sobre si el duque de



Windsor debía o no debía volver a Inglaterra, y comenzó a alarmarse por la decisión de mister Eccles, el ministro de Obras Públicas, de demoler todas las decoraciones urbanas, así como las graderías, para el 22 de junio.

Aunque se protestó por escrito en los periódicos, nada valió de nada. Mister Eccles ni contestó. Las graderías, que afeaban el centro de Londres y tapaban las ventanas y dificultaban incluso el acceso por las puertas, fueron demolidas.

Así, incluso antes del 22, los asientos individuales en las zonas cercanas a la Abadía fueron vendidos públicamente a precios que varían de cinco duros para arriba.

Para evitar que el tumulto de la coronación fuese aprovechado por terroristas y sabotadores, Scotland Yard tomó precauciones exquisitas durante la semana que precedió a la coronación: Inglaterra entera se convirtió en una criba por la que técnicamente no pasaban más que los elementos nórdicamente puros. Y aún está por averiguar si la falta de terrorismos y disturbios se debió a la eficiencia de Scotland Yard o a que todas las alarmas eran completamente infundadas.

Scotland Yard ha pasado meses y meses amaestrando sus escuadrones de policía montada. Los caballos tenían que pasar todos los días entre dos filas de guardias que gritaban, metiendo toda clase de ruidos y precipitándose sobre ellos; al principio, los pobres animales se alarmaban y caracoleaban, pero poco a poco se fueron acostumbrando, y el día de la coronación no hubo multitud que los espantase.

Al día siguiente a la coronación, la Reina decretó tres días de vacaciones «para todos los policías que contribuyeron tan eficazmente a mantener la paz y el orden durante mi coronación».

COLOFON

El único que dijo algo sensato de todos cuantos escribieron sobre la coronación fué el duque de Windsor, ex rey de Inglaterra, que hubo de abdicar justamente antes de haber sido coronado.

«Con estos impuestos confiscatorios—dijo—la nobleza campesina está desapareciendo poco a poco, y con ellos, la base misma del principio hereditario. La Mo-

narquía queda más y más aislada, y la pompa cortesana de que se rodea va perdiendo el significado que, hace no más de treinta años, aun tenía.» El duque de Windsor no condenaba con estas palabras la inevitable revolución social por que está pasando Inglaterra; en todo caso, la lamentaba.

En el banquete que la Reina dió a los primeros ministros, Churchill propuso un brindis a Isabel II:

«Nuestro sistema—dijo—es excelente: la Reina no se equivoca jamás; los malos consejeros se van cuando el pueblo quiere, y otros mejores les sustituyen.»

Quedan ahora dos incógnitas que no tardaremos en ver resueltas: ¿Se meterá monja la Princesa Margarita? ¿Será el Príncipe Carlos nombrado Príncipe de Gales?...

La Princesa Margarita, si la Reina muriese ahora, sería cabeza del Consejo de Regencia; se dice, sin embargo, que el Gobierno piensa alterar la ley de modo que pueda ser Regente el duque de Edimburgo, marido de la Reina y padre del Príncipe.

(De nuestro enviado especial en Londres, Jesús Pardo.)

COOPERACION Y SOLIDARIDAD

EN las Conclusiones aprobadas por la I Asamblea General del Instituto Nacional de Previsión se han dado tres pasos de gigante hacia la meta del pleno desarrollo de la seguridad social en España: la revisión del sistema de aplicación del Seguro de Enfermedad, la propuesta de creación de un amplio seguro social agrícola que ampare totalmente a los trabajadores del campo y la racionalización de los servicios del Instituto, dirigida a simplificar sus trámites burocráticos.

Desde hace un siglo la historia de los movimientos y las instituciones sociales no contiene otros capítulos sustantivos que aquellos que resumen las sucesivas rectificaciones del liberalismo. Así, aparecen los Sindicatos, como enmiendas naturales de la postura liberal de no intervención en el desarrollo de la economía; los movimientos sociales, como correctivos del derecho de propiedad, no limitado antes por ninguna servidumbre social; la legislación laboral, para impedir los abusos nacidos del principio de libre contratación, aplicado al mercado del trabajo, y las instituciones de previsión social, los seguros obligatorios, para remediar la falta de recursos de los asalariados frente a la adversidad, el aumento de necesidades o la pérdida de la capacidad productora.

Todas estas rectificaciones han tenido que luchar contra la oposición de los que encontraron en su privilegiada postura de «económicamente fuertes» la verdadera y nunca confesada razón de su falta de solidaridad social. Pero todas ellas han prevalecido sobre la oposición y van cubriendo con éxito las etapas de su natural e inevitable desarrollo.

La previsión social, nacida como complemento de las leyes protectoras del trabajador y limitada, en sus comienzos, a la implantación de algunos seguros sociales obligatorios, culmina, en nuestros días, en las fórmulas y los programas de la «seguridad social», cuyos últimos fundamentos se encuentran en las teorías cristianas que definen los derechos y las obligaciones recíprocas del hombre y de la sociedad en la que vive.

La seguridad social constituye la expresión más amplia de la idea y de la política de previsión social. Rompe los moldes clásicos de los «seguros sociales», extiende su área de protección a todos los miembros de la comunidad nacional y salta sobre la limitación que pueda fijar, para las prestaciones a que tiene derecho el asegurado, la cuantía de su cotización. No se limita únicamente a cubrir los riesgos previstos por los seguros sociales. Su acción abarca también todas las medidas de índole asistencial. Tiende a aumentar las posibilidades de empleo y a mantenerlo en un alto ni-

vel, a incrementar la producción y las rentas nacionales y a distribuir las equitativamente, a mejorar la salud, la alimentación, el vestuario, la vivienda y la educación general y profesional de los trabajadores y sus familias.

Aparece con una doble significación: como un derecho natural del hombre a la cooperación y solidaridad de los demás miembros de la sociedad y como una nueva proyección del sistema regulador de las relaciones laborales y la condición jurídica de los trabajadores. Y aspira, como las otras rectificaciones del liberalismo, a llenar los vacíos funcionales que produjo la quiebra de la ideología liberal en los Estados modernos.

El fenómeno es general en todo el mundo y se equivoca quien piense que la idea de la seguridad social está adscrita a una posición política determinada. España se anticipó, al recogerla en el articulado de sus dos Fueros, a la proclamación de la Carta del Atlántico y a la Declaración Universal de los Derechos del Hombre, aprobada en la Asamblea General de la O. N. U. en 1948.

Para realizar la política de la seguridad social es preciso someter a tributo a todos en proporción a la capacidad económica de cada uno. Pero no puede discutirse la justicia que ampara esta exacción obligatoria. Para el trabajador está compensada con creces, porque resulta el principal y directo beneficiario del sistema. Para el capital o la Empresa, porque con ella pagan la prima de un aseguramiento de la estabilidad y el orden social, sin los cuales habría resultado imposible la formación y conservación de su capital o la obtención de beneficios en su Empresa.

Podrán discutirse las modalidades de su aplicación, las fórmulas concretas de su ejecución práctica, pero la impugnación de la idea de la seguridad social no puede apoyarse en ninguna razón política decente. Por un elemental principio de ética, nadie puede considerarse ajeno al destino adverso de una clase de la sociedad. Ni pretender que el ahorro privado de las clases trabajadoras, después de la depreciación general de la moneda que sigue a las guerras y ante la multiplicación de necesidades de la vida moderna, sea el instrumento propio y eficaz para cubrir el riesgo de un acontecimiento inesperado que trastorne sus inestables economías.

Sobre cualquier consideración egoísta debe prevalecer un recto instinto de conservación. El mismo, al menos, que advierte a los pasajeros de un buque el peligro de naufragio si se ahoga toda la tripulación marinera.

EL ESPAÑOL

Todo el panorama de la poesía contemporánea, en

POESIA ESPAÑOLA

Se publica un número cada mes y se vende a 13 pesetas

Pedidos y suscripciones en la Direc. y Adm., Pinar, 5 - Madrid



UNA BICICLETA LEVANTE, PARA UNA TIERRA SIN HUELLA

de llegada. Todo con música de fondo actual: la próxima Vuelta a Francia.

QUINCE MIL HOMBRES Y DIEZ MIL MUJERES AL PEDAL EN ELCHE

Los sabios no acaban de comprender cómo esta tierra eminentemente barroca ha aceptado este nuevo ritmo de la marcha, desterrando casi totalmente el caballo enjaezado. Los datos, no obstante, son claros y precisos. En Elche, por ejemplo, hay veinticinco mil bicicletas, lo que, haciendo números, arroja una proporción de una bicicleta por cada dos habitantes. De estas bicicletas, cinco mil se mueven con motor, predominando en un tanto por ciento respetable las de fabricación local, como tuvo a bien decirme, con un gran libro de cuentas abierto, Miguel Santonja, levantino por la gracia de Dios y gran hombre por propio impulso, propietario de una fábrica de motores, como Juan Madoño y Trives, entre algunos más, cuyos nombres no tengo. Junto a los motores ilicitanos —¡buen adjetivo éste!— están los «cucciolos» italianos, por si se pega algo—me decía Santonja—del gran fuelle de los de la «bota».

Seguimos con nuestros datos. De las veinticinco mil bicicletas que corren por Elche, quince mil pertenecen a hombres y diez mil a mujeres. El tránsito por Elche parece, de pronto, imposible. Pero el peatón acostumbrado inventa una estupenda serie de quiebros y escorzos entre los que pasan con toda tranquilidad bicicletas y bicicletas. En dos años, tres accidentes. Este porcentaje mínimo en desgracias hizo exclam-

A QUI en Levante, sudoroso y alegre, cara a un eterno Mediodía, he hallado la sorpresa agradable de una tierra casi virgen. De una tierra casi sin hollar. La mayor parte de los hombres y de las mujeres van y vienen, corren y se pasean, a golpe de pedal, como si temiesen, desde el hondo y justo culto a su buena tierra, estropearla demasiado.

A golpe de pedal, para estar a la altura de las circunstancias, he recorrido lo mejor de este Levante que en este mes se abrasa de tan fértil. Orihuela, donde uno adivina ramos de flores en el manillar de Bernardo Ruiz, corriendo entre saludos por las aldeas de la Aparecida, Hurchillo, Pilar de la Horadada o los caseríos verduplanos y relucientes de Los Rocamoras, Las Siete Casas, Los Cutillos o entrando definitivamente en la ciudad por la barriada de San Pedro.

Monteagudo, con setenta y seis casas y con ciento y pico de bicicletas, aparte de cuatro tabernas donde se habla y se discute heroicamente de la próxima Vuelta a Francia.

O Elche, con su grata escenografía de palmeras, que suelen extrañarse algo cuando se apoya sobre ellas la sencilla máquina polvorienta.

Y Murcia, sobre todo Murcia.

Murcia, la del pimentón, donde, a la hora del cine, multitud de bicicletas con motor y sin motor, pero todas con portabultos detrás, esperan tranquilamente a sus dueños de La Alberca, Los Baños, Barqueros o Cabezo de la Plata.

Levante: paraíso de las bicicletas. Sobre la bicicleta, con la bicicleta en la mano o con la bicicleta con un pinchazo y a la espalda. Pero siempre la bicicleta. Épica de Bernardo Ruiz y erudición de sprints y de cintas



Esta pareja no tiene problemas de transporte

APOR CADA DOS HABITANTES

ASO DEL PEDAL

LA DE PLANTA HUMANA

mar al reverendo Manuel Serrano Sánchez, actual superior de las Congregaciones Marianas en Valencia: «¡Lo que tiene que trabajar por aquí el Angel de la Guarda!...» Y tenía razón.

Aparte de las bicicletas y de los velomotores, hay en Elche más de mil quinientas motocicletas, conducidas frecuentemente por mujeres campesinas. El campo de Elche, como se sabe, es muy extenso, y la prisa por llegar antes a la ciudad forma grandes caravanas de motocicletas. Motocicletas que llegan roncando con sencilla gravedad desde muy cerca de Alicante: Santapola, Guardamar, Aspe, Crevillente...

«DEJE DE BICICLETAS»

Aunque parezca mentira, la bicicleta no ha sido siempre considerada en Levante como elemento deportivo. La topografía casi llana y la población abundante, que excluye las grandes distancias, no es apta para el endurecimiento de músculos y el entrenamiento a grandes distancias, propias de los grandes campeones. Ya hablaremos de Bernardo Ruiz. Más mérito para él, como me dijo un paisano del gran corredor.

Sin embargo, la bicicleta, como elemento de trabajo, goza de una consideración excelente, sólo comparable a la que gozó antaño la caballería. Se puede asegurar que, en Orihuela sobre todo, no hay una sola casa o barraca en la que no exista una bicicleta dedicada al transporte. Son los nuevos burros de carga. Es la tierra de Levante que no quiere que se la pise demasiado. Y, en el fondo, los hombres, que res-

petan los soberanos remilgos de su tierra.

Continuemos. En esta misma Orihuela hay cerca de seis mil máquinas censadas en las Oficinas Municipales, a efectos de impuestos. He podido calcular que, en todo término municipal andan, más o menos camufladas, unas doce mil.

Veintitantos talleres se dedican a la reparación, y existen ya en todo Levante, que se enorgullece de poseerlos, infinidad de aparcamientos, que son como grandes lagos brillantes de acero coronados por enormes carteles que dicen: «Deje de bicicletas».

Y después, los entierros. Los entierros huertanos van seguidos por un verdadero batallón ciclista. Es curioso contemplar los grupos de bicicletas aguantándose las ganas de tragarse kilómetros. Es el homenaje de la máquina al peatón muerto. Porque cuando uno se muere, y aunque sea ciclista, siempre desciende de categoría.

Bicicletas, bicicletas y bicicletas. He presenciado a la puerta del Casino de Murcia la apuesta entre dos hombres, uno de los cuales aseguraba que durante hora y media estarían pasando bicicletas con intervalos de un minuto escaso. Ganó de sobra.

COMO LOS DIOS DEL OLIMPO

Hablar en Levante de sus ciclistas es algo así como hablar de los dioses en el mismísimo Olimpo. En Elche le llenan a uno los oídos con las hazañas de José María Gracia, «El Electricista», que en el año 1935 corrió a la velocidad de un rayo y casi sin respirar la Vuelta a la Mancha, en compañía de otros bravos paisanos: Escuriet, Montes, Cardona... «El Electricista» se clasificó en cuarto lugar, recordándose todavía la etapa de Ciudad Real, que ganó a pesar de unos cuantos pinchazos.

«Y qué me dicen ustedes de Anastasio Coves, que ganó la Vuelta a Ciudad Real un año y al siguiente quedó el segundo? ¿Y de Francisco Miralles, jabato de veinte años, o menos, que hace cuatro años se proclamó cam-



Una tripleta familiar. El padre dirige a los hijos



He aquí dos modalidades distintas de transportar a la familia: el «tándem» y el remolque

peón nacional de ciclismo del Frente de Juventudes? Y ahí tienen ustedes a Luis Navarro, el actual campeón de estas tierras.

Bicicletas, bicicletas y bicicletas. Y cuando los años impiden a uno montar sobre ellas, entonces se crean instituciones con el único fin de promover torneos ciclistas, como hace Vicente Ruiz.

DE ORIHUELA A GRANADA Y VUELTA

Y ya no queda sino hablar de



Modelo de bicicleta que se utilizaba a principios de siglo

Bernardo Ruiz. Bernardo Ruiz Navarrete, cuyo nombre suena hoy más que nunca por esta tierra que suda la emoción de la más importante prueba ciclista de Europa, que se adelanta en la voz de los levantinos para incitar al héroe: «¡Bernardo, vete a Francia; Bernardo, vete a Francia!» Bernardo Ruiz Navarrete, a quien sus padres prohibieron cuando chaval montar en bicicleta, y cuando, ya mayor, sin ánimo de dedicarse al ciclismo profesional, se iba de Orihuela a Granada y vuelta, no tardando en el recorrido más de día y medio. Bernardo Ruiz Navarrete, que fué después el encargado de llevar el periódico «La Verdad» a su pueblo y a Cartagena, con recorrido diario. Bernardo Ruiz Navarrete, con garrafas y paquetes a la espalda, con su historia profesional a la espalda...

Tal vez sea este hombre el símbolo de Levante, que surge de sí mismo por propio impulso. Y después de refrescarse un poco, no hay más remedio que unirse al coro: «¡Bernardo, vete a Francia!»

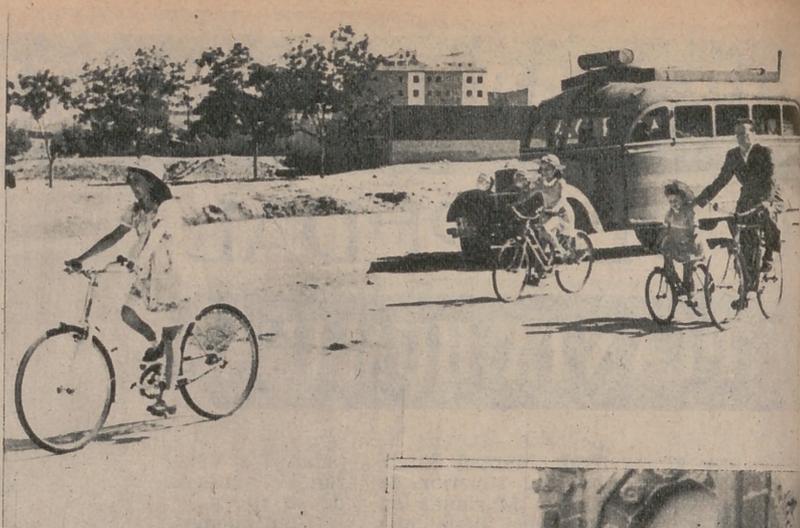
«CORRE COMO LA POLVORA»

En este momento ha cambiado la fisonomía de la ciudad. El café donde escribo se llena de rumores.

¿Qué acaba de suceder esta tarde del 22 de junio en Orihuela? La gente cruza los puentes con demasiada prisa. ¿Será que el Segura amenaza una crecida? Algo gordo debe ser, algo seguramente importante en la vida de la localidad. Caminan los oriolanos a la carrera, muy nerviosos, casi belicosos. Van entrando en los cafés y se sientan en las terrazas con gestos de cataclismo universal. Verdaderamente algo importante tiene que ser para que unos tomen tila en vez de café y otros tomen helados de sofocados que están. ¿Será que le quitan a Orihuela la sede de la diócesis?

Por fin, hemos sabido de lo que se trata. Por lo que sea, porque nadie sabe con ciencia cierta lo que ocurre, Bernardo Ruiz no figurará en la carrera en la Vuelta a Francia.

—Pero, ¿para eso ha estado



Las chicas ya marchan solas. El padre vigila el pedaleo de la pequeña

entrenándose subiendo la cuesta del Seminario hasta desgañitarse?

- La culpa no es suya.
- Pues ¿de quién es?
- La culpa es de la Federación, que ha decidido que no monte.
- Será envidia.
- Claro, claro.
- Nos quieren arrebatarse el trofeo.

Todo Orihuela, la pacífica Orihuela, la franciscana Orihuela, está revuelta esta tarde. No se sabe si cerrará el comercio. Porque quitarle a Bernardo Ruiz su posibilidad de pedaleo es como condenar a la ciudad y a toda la comarca a una especie de parálisis infantil.

La gente habla a gritos en los cafés y protesta. No se sabe bien qué es lo que ha sucedido. Se habla de enviar telegramas y hasta de organizar una manifestación. A todo esto, nadie sabe dónde para Bernardo Ruiz. Porque el ciclista no se debe a sí mismo. Bernardo Ruiz se debe a la atención, y la afición está formada por todos sus paisanos, los que montan en bicicleta y los que ya no pueden montar.



La ducha a cubo durante la ruta es cosa que agradecen los héroes del pedal

Pero, Señor, ¿qué va a ocurrir esta tarde en Orihuela?

UN CABALLO QUE NO SE ENCABRITA

Levante y la bicicleta, la bicicleta y Levante. Da lo mismo. La tierra nos lanza su mensaje práctico y bello. Los hombres que han domado a la tierra han domado también el medio de transcurrir sobre ella. El caballo se encabritaba, iba donde quería si el hombre pegaba un ojo. La máquina, no. La máquina esta perfectamente educada. Las cuatro patas del caballo se hundían sin miramientos en la tierra trabajada, sudada con mucho cuidado. La máquina, no. La máquina necesita tan sólo unos centímetros.

Por si no estuviese justificada sobradamente la bicicleta en Levante, he aquí la justificación que no falla nunca: la justificación sentimental.

(En este reportaje han intervenido Carlos Luis Alvarez, Fulgencio Miñano Ros, enviados especiales de EL ESPAÑOL, y Sánchez Pomares.)



Una carrera ciclista en Elche con motivo de sus fiestas

"EL VIEJO CABEZOTA"

(ASI LLAMAN LOS AMERICANOS AL PRESIDENTE SURCOREANO)

¿Qué nos queda para que podamos temer una tercera guerra mundial?

(dice Syngman Rhee)

"He luchado demasiado tiempo por la independencia de Corea para que lo eche ahora todo a rodar"

DESDE las terrazas de la villa que ocupa Syngman Rhee en una colina próxima a Seúl se divisa un campo de ruinas y desolación de aspecto similar al que ofrece el resto del país. Por él ha pasado cuatro veces, de arriba abajo y de abajo arriba, el rulo de la guerra.

No hace mucho que un americano, preocupado por el temor a la extensión del conflicto, preguntaba al Presidente de Corea del Sur si creía posible que el mundo se librase del comunismo sin llegar a una guerra mundial.

—Mire usted mi país—respondió Syngman Rhee, apuntando con el dedo hacia los campos próximos—; vea cómo ha quedado mi patria desolada. Cuente los millones de tumbas. ¿Qué nos queda para que podamos temer una tercera guerra mundial?

Esta es la clave de la dramática diferencia que hoy vemos planteada entre el pueblo coreano y el Mando de las Naciones Unidas en Corea: el Gobierno de los Estados Unidos, en definitiva.

La acción de Syngman Rhee al dejar en el aire el armisticio con los comunistas nortecoreanos y chinos, al «no oponerse» a la liberación de más de 27.000 prisioneros de guerra que se negaban a regresar al Norte bolchevizado, ha suscitado las más vivas polémicas en el mundo occidental.

Hay quien considera absurdo que un país en ruinas, menesteroso de todo menos de patriotismo, pretenda suicidamente seguir solo una guerra contra los comu-

nistas del Norte, apoyados por Rusia y China. No falta tampoco quien comprende el rasgo de este viejo patriota.

A todos ha causado extrañeza semejante actitud. ¿Quién es ese hombre que se atreve a echar por tierra, con gesto airado, el acuerdo firmado por las Naciones Unidas?

SYNGMAN «GARCIA»

El verdadero nombre de este político coreano es Li Sung Man. «Li» es el apellido más corriente de Corea; una especie de García del extremo asiático, y «Sung Man», el nombre, que los coreanos ponen siempre al final. La transformación ortográfica se debe al deseo de obtener en los países anglosajones una pronunciación que se aproxime a la auténtica, con la «e» doble, que suena «li» en inglés, y con la «L» del nombre cambiada en «R», porque los coreanos—como los chinos de los chascarrillos—no hacen distinción de ninguna clase entre ambas letras.

«El Viejo», como le suele llamar cariñosamente la Prensa de Corea, y menos cariñosamente la

de otros países, es un hombre que confiesa tener setenta y ocho años de edad. Algunos aseguran que anduvo a gatas, por lo menos, otros diez y que ahora los oculta para no echar leña al fuego de las supuestas manías seniles que le atribuyen sus enemigos.

Pero, por muchas cosas que quieran decir de él, lo que nadie puede negar es la identificación absoluta de su personalidad con la lucha coreana por la independencia. Veamos cómo han llegado a su situación actual, indivisiblemente unidos, los destinos de Corea y de Li Sung Man.

RHEE, COREANO DEL NORTE

El Jefe de Corea del Sur nació al norte del paralelo 38, en el seno de una familia acomodada de la pequeña aristocracia rural, y recibió una esmerada educación. Abrazó el protestantismo, pese a la oposición familiar.

La situación geopolítica de la península coreana, «como un cuchillo apuntado al corazón del Japón», ha determinado no sólo la accidentada historia de la na-



El Presidente Rhee, acompañado del general Mc Arthur, presencia un desfile de las fuerzas aliadas en Corea

ción a través de los siglos, sino también las inverosímiles aventuras de Syngman Rhee en los años que van transcurridos del actual.

Corea ha sido históricamente la vía natural de penetración de las culturas continentales de China en el archipiélago japonés. El Imperio nipón ha considerado siempre por ello imprescindible para su seguridad el sometimiento de este país, que si bien tiene características propias, ha asimilado en gran parte la cultura superior de China. Pero no lo consiguió hasta la primera década de nuestro siglo, y la conquista le costó dos guerras sangrientas, una con Rusia y otra con China.

EN LA TRINCHERA DEL PERIODISMO

Desde aquellos momentos el joven Syngman Rhee fué el alma de la resistencia coreana y su vida no tuvo el menor reposo. La fundación de un periódico titulado «Independencia» le valió un primer encarcelamiento por sus ataques al Emperador del Japón. No se doblegó por ello su voluntad, y en cuanto le pusieron en libertad fundó su primer partido político, el «Club de la Independencia», que le costó una nueva detención y sufrimientos mayores. Esta vez, considerado más peligroso por la Policía imperial, fué sometido a tortura.

EN LAS CARCELES DEL JAPON ESCRIBIO SU PROGRAMA POLITICO

En una cárcel del Japón le descuyuntaron los dedos con tacos de madera y le metieron astillas debajo de las uñas. De aquella prueba sólo había de resultar un mayor ardor nacionalista y un tic nervioso, que conserva cincuenta años después: cuando se acalora en una discusión — cosa que le ocurre con frecuencia — se sopla la yema de los dedos, como si acabase de tocar un hierro al rojo.

En la misma cárcel, con las manos destrozadas y el cuerpo maltrecho, escribió un libro titulado «El espíritu de la independencia», que llegó a convertirse en «la Biblia» del Movimiento coreano de liberación.

UN CADAVER SE ESCAPA DE SHANGHAI

Luego, treinta años de exilio fueron otros tantos de afanes y luchas políticas, en los que abundaron las aventuras extraordinarias. Su vida sentimental, incluso, se vió destrozada, pues el amor de su primera esposa no pudo resistir las pruebas a que la actividad política del marido le sometía. Refugiado en Shanghai, organizó inmediatamente un «Gobierno provisional» de Corea, del que se titulaba Presidente. El estallido de la primera guerra mundial y la entrada en ella del Japón hizo insostenible su situación. Tuvo que abandonar la ciudad — entonces internacionalizada — y escapar de ella merced a un rasgo de ingenio rocambolesco: se metió en un ataúd e hizo

que le exportasen como cadáver a las Islas Hawai.

En los Estados Unidos procuró ganar partidarios importantes para la causa de su país, y, mientras tanto, se doctoró en Leyes por la Universidad de Harvard.

WILSON Y LOS «PEQUEÑOS ALIADOS AMARILLOS»

Cuando terminó la guerra se encontraba en Washington, y los famosos catorce puntos del Presidente Wilson llenaron su ánimo de esperanza. Pero los japoneses eran en aquellos días «los pequeños y valerosos aliados amarillos» de Norteamérica y nadie pensó, ni por lo más remoto, en quitarles Corea.

Desengañado y triste, pero sin cejar en su empeño, hizo las maletas y se fué a Europa con el vano intento de hacer oír su voz en la Liga de Naciones.

IDILIO A LAS ORILLAS DEL LEHMAN

La verdad es que su estancia en Suiza no fué inútil para Syngman Rhee, aunque no precisamente porque le hiciesen el menor caso los areopagitas de las orillas del Lehman. En 1932 conoció a una encantadora muchacha austriaca, hija de unos comerciantes, llevada de un interés meramente turístico a la tribuna pública de la sede de la Sociedad de Naciones, de donde no salía el doctor Rhee. Allí se conocieron y allí nació un amor que ha ejercido un influjo decisivo en la vida del luchador coreano. Se casaron dos años más tarde, en Nueva York.

ENTRA EN JUEGO UN CONSEJERO PRIVADO

Francesca María Bárbara Donner, al convertirse en la señora Rhee, se consagró para siempre con alma y vida a un marido que la lleva muchos años y al que quiere, sin embargo, con ternura maternal.

No cabe duda de que la señora de Rhee ha ejercido una influencia tan grande en la política de Corea como la señora de Chiang Kai Chek en China. Pero siempre se ha mantenido en un plano de mayor intimidad. No actúa públicamente. Se ha limitado a convertirse en la sombra y el consejero privado del marido.

No obstante, su criterio pesa de manera decisiva en el ánimo del viejo estadista, y en sus intervenciones, discretas y aparentemente apolíticas, mientras el marido celebra importantes conferencias, han creído observar muchos un plan preconcebido entre ambos para cortar discusiones que no le convenía seguir, o suavizar asperezas, que nunca han faltado en su carrera política.

Al estallar la segunda guerra mundial había ya un Gobierno coreano en exilio establecido en Chungking y patrocinado por el generalísimo Chiang Kai Chek. Pero Rhee se encontraba de nuevo en los Estados Unidos.

Puede asegurarse que la guerra de Corea quedó ya iniciada

con las tristemente célebres concesiones de los «grandes» occidentales al aliado soviético y la descabellada decisión de que ocupasen los rusos el norte y los americanos el sur de la península.

DOSCIENTOS PARTIDOS POLITICOS EN LA ARENA

En su candoroso deseo de hacer partícipes a los coreanos — recién liberados del dominio japonés — de las bendiciones de la democracia liberal parlamentaria, sin tener para nada en cuenta las condiciones históricas, sociales, políticas y económicas del país, los norteamericanos tropezaron con no pocas dificultades. En el «orden» — que nada tenía de tai — democrático recién estrenado se disputaban, por ejemplo, la hegemonía más de doscientos partidos políticos, que afirmaban solemnemente tener un número tal de afiliados que, sumados, ascendían al triple del censo de población total del país.

Aquellos periódicos ingleses que más se han distinguido por su actitud apaciguadora y temerosa frente a Moscú han hecho objeto de continuos ataques a Syngman Rhee y han asegurado que en aquella caótica situación inicial de Corea los americanos no tenían de quién echar mano. Conocían a Rhee y, «por lo menos, se podían entender con él, porque hablaba inglés». Así, según estos periódicos, se formó en 1948 lo que sarcásticamente llaman «el Gobierno de los intérpretes».

¡AL FIN, PRESIDENTE!

Pero la verdad es que no hay en toda Corea figura más popular y querida que la del que ha sido su Presidente desde el primer momento y el campeón de su independencia durante toda la vida. En agosto de aquel año, después de unas elecciones supervisadas por la «United Nations Temporary Commission in Korea (UNTOCK)», la «Taegah» (bandera surcoreana) ondeó por fin al lado de la de las Naciones Unidas, y Syngman Rhee ascendió a la Presidencia acompañado de los plácemes sinceros de su amigo personal, el general Mac Arthur.

Tres semanas más tarde, Kim Il Sung era nombrado primer ministro de la República popular de Corea del Norte y empezaba los preparativos bélicos en su lado del Paralelo 38 y la infiltración de agentes por la zona Sur.

Se ha dicho muchas veces que — excepcionalmente — la guerra de Corea es la única en la que el objetivo que se persigue no es ganarla a toda costa. Esto no reza, sin embargo, con Syngman Rhee, que trabaja incansablemente y aplasta sin miramientos todo lo que pueda debilitar al país o apartarle de su objetivo inmediato de contribuir con la mayor eficacia humanamente posible al esfuerzo de liberación.

Este anticomunismo sin trampa le ha valido innumerables reproches por su «falta de democracia», sus tendencias «autoritarias», por parte de quienes han

pretendido poner cortapisas a su acción patriótica por puro dogmatismo formalista, allanando así el camino de la agresión roja.

MEDIO MILLON DE HOMBRES BIEN ARMADOS

Así, el doctor Rhee ha tenido que sostener una lucha tenaz no sólo contra los comunistas, sino incluso contra sus propios aliados, y en colaboración con el teniente general Wang Yong Duk ha conseguido mantener mejor el orden que la «pureza» democrática» formalista y crear un Ejército de más de medio millón de hombres bien armados e instruidos con material y equipos americanos, que guarnece hoy tres cuartas partes del frente coreano y que está dotado de una excelente moral de victoria. Este Ejército no dudaría en continuar la guerra por su cuenta si se le garantizasen los suministros y el apoyo naval y aéreo correspondiente.

Autócrata, petujante y obstinado le han llamado con frecuencia algunos personajes americanos con los que ha tenido no pocos choques. Estos adjetivos han sido repetidos hasta la saciedad por los grandes diarios de muchos países. Mientras tanto, él ha seguido imperturbable su tarea.

—Sé que no me pueden ustedes ver, pero me tiene sin cuidado— contestó el Presidente Rhee a una nota en la que el Gobierno americano protestaba de que hubiese prohibido unas emisiones de «La Voz de América», en las que se hacían críticas contra su Gobierno.

«EL VIEJO CABEZOTA»

La recíproca antipatía con las autoridades americanas se inició ya con el mismo teniente general John R. Hodge, que al terminar la segunda guerra mundial desempeñaba el mando de las fuerzas de ocupación americanas en Corea, y a quien resultaba bastante incómodo «el viejo cabezota».

Cuando se vió claramente que las Naciones Unidas y los comunistas iban a llegar en Panmunjom a un acuerdo sobre el destino final de 46.000 prisioneros, que se negaban a regresar a la zona comunista, hubo síntomas evidentes de que los surcoreanos no admitirían las condiciones de tregua. El 2 de junio, el doctor Rhee, en una carta dirigida al Presidente Eisenhower, condicionaba su aceptación del armisticio a la conclusión de un pacto de defensa con los Estados Unidos, a la retirada de las tropas chinas y a la unificación de Corea.

«Cualquier acuerdo de tregua—escribía— que permita a los comunistas chinos quedarse en Corea, significará una sentencia de muerte para nuestra nación».

EL TE DE «PAPA»

Durante unos días se acentuó de manera terrible la presión moral ejercida por los norteamericanos sobre Syngman Rhee, para que no plantearse nuevos conflictos en la consecución de la paz. Se sucedían ininterrumpidamente



Última fotografía del Presidente de la República surcoreana, Syngman Rhee, conversando con uno de sus ayudantes de campo

te las visitas de personalidades en la casita de la colina. Francesca acudía solícita y audaz en auxilio del «papá»: con la sonrisa más cándida en los labios irrumpía en el despacho para recordar a su marido que tenía que tomar con ella el té. Así ponía fin a las enojosas conferencias.

«CON EL COLERA MORBO NO PUEDE «COLABORARSE»

Por último recibió carta de Washington. Syngman Rhee se puso a leerla. «Ha llegado el momento de decidir—escribía Eisenhower—si se ha de intentar luchar por la unificación de Corea por medio de la guerra, o si se ha de perseguir este objetivo por métodos políticos o de otra clase... En la conferencia política que siga al armisticio, ese será nuestro objetivo principal...»

Por la mente del Jefe del Gobierno coreano pasaría indudablemente el recuerdo de una conversación sostenida allí mismo, en aquella terraza, con su amigo Robert T. Oliver, a quien había dicho unos días antes: «Con el

colera morbo no puede «colaborarse». Si accediese a una colaboración con los comunistas sería lo mismo que si entregase el país a Rusia. He luchado demasiado tiempo por la independencia de Corea para que lo eche ahora todo a rodar».

A los pocos minutos era el general Wang Yong Duk quien entraba en la casita de la colina. Esta vez, Francesca no interrumpió a su marido para que la acompañase a tomar el té. Lo tomó con ambos y participó en la conferencia. Syngman Rhee estaba tomando quizá la decisión más trascendental de su vida. Se marchó el general.

A las pocas horas, se fugaban los prisioneros de guerra.

Pablo URIARTE

Asegúrese usted

EL ESPAÑOL

todas las semanas

solicitando una suscripción.

EL ESPAÑOL

SEMANARIO DE LOS ESPAÑOLES PARA TODOS LOS ESPAÑOLES

Precio del ejemplar: 2,50 ptas.-Suscripciones: Trimestre, 30 ptas.; semestre, 60; año, 120



“EL VIEJO CABEZOTA”

*(así llaman los americanos al
Presidente de Corea del Sur)*

El general John B. Coulter, subjefe del famoso 8.º Cuerpo de Ejército norteamericano que lucha en Corea, se entretiene, junto al Presidente de la República de Corea del Sur, tocando la trompeta y el Presidente Rhee le acompaña tocando la batería musical

LEA ESTE INTERESANTE REPORTAJE EN LA PAGINA 61

